Henry W. Longfellow

EL CANTO DE HIAWATHA

The Song of Hiawatha

(1855)

BIBLIOTECA UPASIKA

www.upasika.com

Colección "Nativa" Nº 1

"Hiawatha, el gran profeta de la Confederación Iroquesa. Fue un mohawk del clan de la Tortuga, y vivió probablemente hacia el año 1570. Se percató de que las disensiones internas y los mezquinos odios de sangre eran los mayores males que afectaban a los indios, y fundó en consecuencia la Liga Iroquesa, una liga de naciones que se proponía la paz y el bienestar para todos, substituyendo el arbitraje de la guerra por un tribunal de justicia para dirimir las disputas internas.
El poema de Longfellow El Canto de Hiawatha, basado en la versión que dio Henry Rowe Schoolcraft de la tradición relativa a Hiawatha en sus Aigic Researches, es tenida por históricamente correcta en sus grandes líneas."
(Ernest Thompson Seton: "El evangelio del piel roja")

ÍNDICE

Prólogo	4
Nota preliminar	9
Introducción	12
La pipa de la paz	14
Los cuatro vientos	16
La infancia de Hiawatha	19
Hiawatha y Mudjekeewis	22
El ayuno de Hiawatha	25
Los amigos de Hiawatha	28
La navegación de Hiawatha	30
La pesca de Hiawatha	32
Hiawatha y el Gran Pluma-Perlada	35
El galanteo de Hiawatha	39
El banquete de bodas de Hiawatha	42
El hijo del Lucero de la Tarde	45
La bendición de los maizales	49
Pictografía	52
El lamento de Hiawatha	54
Pau-Puk-Keewis	57
La persecución de Pau-Puk-Keewis	60
La muerte de Kwansid	64
Los espíritus	66
Hambre	69
La “huella del hombre blanco”	71
La partida de Hiawatha	74
Apéndice	77
Vocabulario	78
Notas	81

PRÓLOGO

La obra que aquí presentamos es la traducción en prosa de un poema narrativo escrito en 1855 por uno de los poetas norteamericanos más populares del siglo pasado, Henry Wadsworth Longfellow (1807-1882).
Influido por el Romanticismo alemán, pero fiel a modelos victorianos y académicos, Longfellow, típico caballero acomodado de Nueva Inglaterra y poeta elegante y culto, fue un autor de gran prestigio en su tiempo, no sólo en los Estados Unidos, sino también en Europa, donde se sentía por él una gran admiración. A este respecto, sorprende hoy, cuando su fama ha menguado considerablemente y no se le suelen reconocer dotes de auténtico poeta de genio, ver cómo fue traducido, entre otros, por un Baudelaire.
Gozó asimismo del honor, no compartido por ningún otro poeta norteamericano, de que un busto suyo de mármol ocupara un lugar en el «Rincón de los Poetas» de la Abadía de Westminster, auténtica galería de ilustres de la poesía inglesa.
Longfellow fue, como decíamos, enormemente popular en su tiempo, superando de hecho en popularidad a autores como Emerson, Thoreau o Hawthorne, a quienes la posteridad ha situado muy por encima de él. Pues, actualmente, la crítica literaria no suele mostrarse tan favorable con Longfellow como lo hizo en su tiempo, y lo acusa de superficialidad y falta de espontaneidad. Su versificación, clásica y delicada, ha podido dar una sensación de distanciamiento, de falta de autenticidad; y se observa, en general, que su obra se fundamenta más en la literatura que en la vida (Emerson dijo de Longfellow que era un poeta «safe», seguro). Pero en sus poemas hay numerosos ejemplos de lo contrario (su « Mezzo Cammin», por ejemplo), y es innegable que poesía sentido lírico y que supo, además, aproximarse al sentir del pueblo llano. Así, una publicación norteamericana reciente ha podido afirmar que, si bien Longfellow no es el mayor, sí es por lo menos, todavía, el poeta más representativo de su país, el escritor venerado por las masas porque entendió las aspiraciones y las aflicciones de la vida diaria y supo expresarlas en tonos de inconfundible sencillez y sinceridad.

***

Nacido en Portland (Maine) el 27 de febrero de 1807, Longfellow cursó estudios en el Bowdoin College, donde tuvo como condiscípulo a Hawthorne. En sus años de estudiante ya dio muestras de vocación poética, publicando algunos de sus versos en revistas de ámbito nacional. Pero para lo que se reveló como particularmente dotado fue para la traducción, extremo éste que supuso para él que, al terminar sus estudios, en 1825, le ofrecieran el puesto de Profesor de Lenguas Modernas en ese mismo College.
Para prepararse adecuadamente para ese puesto, realizó un viaje de tres años y medio por distintos países de Europa, especialmente Francia, Italia y España, país este último por el que demostraba un especial interés, como se refleja en su obra. Este viaje le suministró, además, el material para su obra Outre-Mer: A Pilgrimage beyond the Sea (Ultramar: peregrinaje al otro lado del mar), trabajo ensayístico en el que combinaba el verso y la prosa, y que apareció en 1834-5.
En 1829, a su regreso de Europa, pasó a ocupar el puesto susodicho, que combinó con el de bibliotecario, funciones que ejerció hasta 1834, año en que fue requerido por la Universidad de Harvard para suceder a George Ticknor en la cátedra «Smith» de Lenguas y Literaturas Modernas. Como anteriormente, Longfellow, antes de pasar a desempeñar este cargo, realizó en 1835 un nuevo viaje a Europa, donde visitó, entre otros países, Inglaterra, Alemania, Suecia y los Países Bajos. En Rotterdam tuvo la desdicha de perder a su esposa, Mary Potter, con la que se había casado en 1831. Se

trasladó entonces a Heidelberg, donde se estableció por cierto tiempo, trabando contacto allí con destacados representantes del Romanticismo alemán.
A su vuelta a los Estados Unidos, en 1836, se estableció en Cambridge, pasando a ocupar la mansión conocida como Craigie House. Emerson dirá, evocando la sensación de inaccesibilidad del poeta en ese marco suntuoso, y que él contrastaba con la figura de Sócrates: «Pero con Longfellow no podemos ir a hablar con él: hay un palacio, y criados, y una fila de botellas de vinos de diferentes colores, y vasos de vino, y elegantes casacas». En esa casa, que le fue otorgada en propiedad años más tarde por su suegro al contraer nuevas nupcias, vivió Longfellow hasta su muerte.
En 1842 realizó otro viaje a Europa, en particular a Alemania, donde pasó el verano haciendo un recorrido por el Rin. Y en 1843 contrajo matrimonio por segunda vez, como decíamos, y nuevamente la desgracia habría de deshacer esta unión: su esposa, Frances Appleton, moría trágicamente años después (en 1861) al prenderse fuego accidentalmente sus ropas en su propia vivienda.
En 1854, Longfellow dejó su cátedra para consagrarse enteramente a escribir, y el primer fruto de esta dedicación exclusiva fue precisamente la obra que aquí nos ocupa, que responde a un proyecto sentido por el autor desde tiempo atrás, pero que no había podido llegar a concretar hasta entonces.
En 1869 realizó un viaje triunfal a Europa, recibiendo honores en las universidades de Oxford y Cambridge. Longfellow siguió escribiendo hasta su muerte, acaecida el 24 de marzo de 1882.

***

Después de esta breve semblanza biográfica, pasaremos a ocuparnos, también brevemente, de la obra de Longfellow. Esta, que fue considerable, no se limitó a la poesía, sino que incluye también novelas, ensayos y piezas dramáticas, así como traducciones.
Se solía señalar como su faceta más floja sus obras dramáticas, pero ahora se reconoce en ellas algunas de sus mejores páginas. Entre esas obras tiene un especial interés The Spanish Student (El estudiante español), publicada en 1843, donde se revela el influjo de La Gitanilla. A esta ,obra se añaden, como más destacadas, The Golden Legend (La Leyenda Aurea), basada en la obra Der arme Heinrich, de Hartmann von Aue, un minnesdnger del siglo XII; The New England Tragedies (Las tragedias de Nueva Inglaterra), de 1866, que incluye dos piezas: John Endicott y Giles Corey of the Salem farms; Judas Maccabaeus, y Michael Angelo, esta última evocando la figura del gran artista italiano, por quien Longfellow sentía un especial interés .
Longfellow sólo escribió dos novelas: Hyperion, publicada en 1839, que le reportó los primeros problemas con la crítica, que le achacó falta de originalidad; y Kavanagh: A T ale, aparecida en 1849. Y entre sus volúmenes de ensayos, destacan, aparte del ya citado Outre- Mer los dos siguientes: Drift Wood (Madera de deriva), aparecido en 1857, y From m y Armchair (Desde mi butaca), de 1879.
Dentro de su producción literaria merecen un lugar destacado sus traducciones de poemas en otros idiomas. Ya este respecto debe resaltarse su labor como traductor de autores españoles. En 1833 publicó su traducción de las Coplas de Jorge Manrique, junto con un estudio sobre la poesía moral y religiosa española. Ya esto hay que añadir sus traducciones de poemas de otros autores castellanos clásicos, como Francisco de Medrano, Lope de Vega, Francisco de Aldana, Santa Teresa.
Su labor como traductor no se limitó, no obstante, a autores españoles, sino que abarca un amplio abanico de lenguas y culturas europeas, de distintas épocas. Longfellow

tradujo del alemán, el francés, el italiano, el sueco, el danés, e incluso el gascón. Y su trabajo más importante en este campo lo constituye su traducción en verso de la Divina Comedia, que apareció en tres volúmenes entre los años 1865 y 1867, a la que podríamos añadir la que realizó de los Sonetos de Miguel Angel.
Pero lo más significativo y abundante de la producción literaria de Longfellow lo constituyen, sin duda, sus poemas.
En 1839 publicó Longfellow su primer volumen importante de poesía: Voices of the Night, donde se incluye uno de sus poemas más famosos, A Psalm of Life (Salmo de la Vida), convertido en un clásico, de obligado aprendizaje en las escuelas primarias norteamericanas, cosa nada sorprendente, dado que refleja muy bien algunos aspectos de la típica concepción norteamericana de la vida.
E n 1841 apareció una importante colección de poemas, titulada Ballads and other Poems, donde destacan « The Wreck of the Hesperus» (El naufragio del H esperus) y « The Skeleton in Armour» (El esqueleto con armadura). De la misma época son dos poemas muy famosos: «Excelsior» y el ya citado « Mezzo Cammin», escrito, como nos informa el propio autor, en Boppard, a orillas del Rin, el día 25 de agosto de 1842, día en que emprendía su viaje de regreso a los Estados Unidos, y en el cual, evocando el primer verso de la Divina Comedia, Longfellow, en el umbral de lo que será la segunda etapa de su vida, reflexiona sobre los años ya idos y proyecta un atisbo hacia el otoño de la misma.
A finales de octubre de 1842, durante la travesía por mar que le devolvía a su patria, escribió Longfellow sus Poems on Slavery (Poemas sobre la esclavitud), otro de sus trabajos más apreciados. Y luego se sucederán, en cuarenta años de fecunda creación literaria, los volúmenes de poesía, entre los que destacan los siguientes: The Belfry of Bruges and other Poems, de 1845; The Seaside and the Fireside, de 1859; Tales of a wayside Inn (Cuentos de una hostería), de 1863, obra realizada sobre el modelo de los Canterbury Tales, y que incluye un poema casi emblemático en los Estados Unidos: «Paul Revere's Ride»; Flower-de-Luce, de 1867; Christus: A Mystery, de 1872, una trilogía sobre el misterio del Cristianismo; The Hanging of the Crane, de 1874; The Masque of Pandora and other Poems, de 1875; K éramos, de 1878; Ultima Thule, de 1880 y In the Harbour, de 1882.
Mención aparte merecen sus tres poemas narrativos sobre temas nacionales: Evangeline: A Tale of Acadie, de 1847, The Courtship of Miles Standish, de 1858, y la que aquí presentamos: The Song of Hiawatha, de 1855.
Evangeline, una de sus obras mds admiradas, es un canto de tonos idílicos compuesto en hexámentos clásicos, cuya acción se desarrolla en Acadia, nombre que recibían las posesiones francesas que pasaron luego a conocerse como Nueva Escocia bajo la dominación británica; y trata sobre la expulsión de muchos acadios, en 1755, por parte de los conquistadores ingleses, y el posterior establecimiento de algunos de ellos en Louisiana. Traducida a varios idiomas, Evangeline no cuenta con traducción al español, pero los mallorquines Guillem Colom y Miquel Forteza realizaron una traducción al catalán, en versos endecasílabos, que fue publicada en Barcelona en 1958, con un prólogo de Llorenç Riber.
The Courtship... (La petición de mano de Miles Standish) trata sobre los puritanos de Nueva Inglaterra, y en la misma se traza una semblanza de dos antepasados del propio Longfellow por vía materna: John y Priscilla Alden.

***

Y llegamos ya a la obra que aquí nos interesa. El Canto de Hiawatha es una composición poética en versos trocaicos estructura da en forma de una narración en la que se entretejen diversas tradiciones mito lógicas de los indios norteamericanos, en especial los de la región de los Grandes Lagos, formando una especie de Mito de los Orígenes o fundacional.

La obra adquiere un interés, que en su día apenas se reconoció, como reflejo precisamente de esas tradiciones mitológicas, acorde con la visión, que actualmente se va extendiendo cada vez más, del indio norteamericano, no como un salvaje primitivo, sino como un ser cuya vida y actitudes, tanto individuales como colectivas, estaban regidos por unos principios de orden estrictamente espiritual (y no solamente naturales: se supera así, también, la noción del «noble salvaje» y del ecologista avant la lettre), principios que resultaban de diversas revelaciones e inspiraciones divinas que habrían recibido a través de figuras proféticas.

En el Canto de Hiawatha se evoca, precisamente, la figura mitológica del personaje así llamado. Semidiós, profeta y hombre de Estado, enviado por el Gran Espíritu para enseñar a los hombres las artes de la paz, Hiawatha ejerce las funciones de un héroe civilizador, y aún de legislador primordial, al modo de otras mitologías clásicas, acumulando, en cierto modo, las funciones de un Minos, un Teseo y un Prometeo.

El nombre de Hiawatha («el que abre ríos») corresponde a un personaje histórico que vivió probablemente a finales del siglo XVI, y al que se atribuye la creación de la famosa « Liga de las Cinco Naciones» o «Confederación Iroquesa», que agrupaba las tribus iroquesas de los mohawks, los oneidas, los onondagas, los cayugas y los senecas, a los que se añadieron los tuscaroras en 1722.

La tradición afirma que Hiawatha era un indio onondaga agregado al Clan de la Tortuga de los mohawks, quien fundó esa Liga, a instancias de un santo personaje, Dekanawidah, indio hurón, al comprobar cómo las disensiones internas y los odios entre tribus eran los mayores males que afectaban a los indios. La Liga se proponía conseguir la paz y el bienestar para todos, substituyendo el clásico arbitraje de la guerra por la institución de un tribunal de justicia que dirimiera las disputas internas. Y en la práctica esta Luga sirvió, además, para dotar a esas naciones indias de una cohesión que les iba a permitir oponer una mayor resistencia al invasor blanco.

La tradición dotó a este personaje de una dimensión mitológica y primordial, y fue esta dimensión, su carácter simbólico más que histórico, lo que recogió Longfellow en su obra. Hiawatha, nacido de la unión del Viento del Oeste y una mujer celeste, dotado de poderes sobrenaturales, enseña al pueblo la agricultura, la navegación, la medicina, la pictografía, los ritos funerarios...; abre ríos a la navegación, limpia pesqueras, sanea ciénagas, somete las fuerzas hostiles; es, en fin, una especie de rey-profeta sabio que asegura la paz y el bienestar a su pueblo. A este respecto hay que decir que Longfellow sitúa la acción del relato entre los ojibways, tribu del grupo algonquino (distinto del iroqués), y concretamente entre los que habitaban la ribera meridional del Lago Superior, la región de lo que es hoy el Alger County, en la Península Superior de Michigan; y la obra abunda en imágenes que evocan esa bella región lacustre .

Longfellow sacó la información relativa a las distintas tradiciones que maneja en su poema, fundamentalmente de las obras de Henry Rowe Schoolcraft (1793-1864). Este, gran explorador y etnólogo, fue quien descubrió las fuentes del M ississippi. Casado con la nieta de Waboojeeg, gran jefe ojibway, Schoolcraft publicó numerosos trabajos sobre los indios, destacando sus Algic Researches, de 1839, reeditada en 1856 como The Myth of Hiawatha precisamente, y la Historical and Statistical Information Respecting the History, Condition, and Prospects of the Indial Tribes of the United States,

voluminosa obra en seis gruesos tomos publicados entre los años 1851 y 1857, de la que Longfellow sólo pudo consultar los tres primeros.
Para el metro, Longfellow se sirvió del tetrámetro trocaico, que le fue sugerido por su lectura del Kalevala finlandés y que se caracteriza, entre otras cosas, por la repetición, o paralelismo, característica ésta que hemos conservado en nuestra traducción en prosa siempre que se ha considerado que ello no resultaba especialmente enfadoso y dotaba a la narración de una agradable cadencia.

J. Q.

NOTA PRELIMINAR

A Evangeline, publicada en 1847, le siguió The Golden Legend en 1851, ya ésta Hiawatha en 1855. La intención general de servirse de material sobre los indios parece haber existido en la mente del poeta durante cierto tiempo, pero la idea, tal como cobró forma finalmente, fue concebida en el verano de 1854. Longfellow escribe en su Diario con fecha 22 de junio: «Por fin se me ha ocurrido un sistema para escribir un poema sobre los indios americanos, que me parece el único correcto. Se trata de entretejer en una trama única sus bellas tradiciones. También he dado con un metro, que me parece el único apropiado para un tema como ése».

Pocos días antes, Longfellow había estado leyendo con gran placer la epopeya finlandesa Kalevala, y este poema le había sugerido el metro y tal vez le trajo a la memoria las leyendas indias, que guardan con las finesas esa semejanza que surge de un estadio de desarrollo intelectual común y de una comunidad general de costumbres y ocupación.

Longfellow sentía de hacía mucho un interés por los indios, y en sus apuntes en prosa estaba reservado un lugar para los cuentos indios. Había podido ver algunos de los restos dispersos de los algonquinos en Maine, y había leído a Heckewelder en sus años de estudiante. Había presenciado el espectáculo de Halcón Negro y sus sioux en el Boston Common, y unos aÑos antes había conocido al jefe ojibway Kah-ge-gah-bowh y lo había invItadO a su casa, creyendo muy probable poder obtener de él valiosas indicaciones

Tan pronto como sus ideas variables sobre una obra tomaron una forma definida, se mostró ansioso por llevarla a ejecución. El 25 de junio escribe:

«No he podido evitar trabajar esta noche en el comienzo de Manabozho, o como quiera que se vaya a llamar este poema. Sus aventuras constituirán, en cualquier caso, el asunto del mismo». Y al día siguiente escribe: «Vistazo a la gran obra de Schoolcraft sobre los indios: tres gruesos volúmenes en cuarto, y sin ningún índice. Escribo algunas líneas del poema».

La autoridad sobre la que se apoyaba en lo tocante a las leyendas y a todo el material en general de su poema era, básicamente, la obra de Schoolcraft, junto a la composición más literaria de este mismo autor, Algic Researches, y los relatos de Heckewelder .

Pronto empezó a hacer uso del otro nombre de Manabozho, más eufónico éste: Hiawatha, y se entregó con verdadero placer a su tarea. «He trabajado en el Hiawatha -escribía a fines del mismo mes-, como suelo hacer poco más o menos cada día. Se inscribe puramente en el terreno de la fantasía. Después de merendar, les he leído a los niños la historia del Cisne Rojo.» «Hiawatha -escribía en Octubre- me ocupa y me deleita. ¿No tengo dudas a su respecto? Sí, a veces. Pero entonces el tema se apodera de mí y me impulsa a seguir, y ellas desaparecen.»

Sus temores tomaron forma concreta, no obstante, unos días después, cuando le leyó a un amigo algunas páginas de su obra. «Teme que al poema le falte interés humano. F. también lo ve así. Y asimismo el autor. Debo infundirle un corazón vivo y palpitante.»

Longfellow empezó a escribir Hiawatha, como hemos visto, el 25 de junio de 1854. Lo terminó el 29 de marzo de 1855, y lo publicó el 10 de noviembre de ese mismo año. Es dudoso que el poeta escribiera otra de sus obras largas con más entrega, con más pasión por su tarea, con una sensación más viva de la originalidad de su empeño, y, como consecuencia, con más perplejidad cuando pensaba en sus lectores. Sometió la obra a la consideración de sus amigos con más libertad de lo que solía hacerlo, y con resultados varios.

Su propio parecer, cuando se acercaba la prueba de la publicación, vacilaba continuamente. «Pruebas de imprenta de Hiawatha -escribía en junio de 1855-. Me estoy volviendo estúpido acerca de este canto. Ya no sé si es bueno o malo.» y añadía más adelante: «Grandes dudas acerca del canto de Hiawatha, si conservarlo o suprimirlo. Es curioso lo confuso que puede uno llegar a estar en estas cuestiones como consecuencia de mirárselo demasiado.»

Tan pronto como se publicó el poema, su popularidad estuvo asegurada; y se vio sometido a las más duras pruebas. Fue leído por rapsodas ante grandes auditorios, y pocos años más tarde fue musicado por Stoepel y representado en el Boston Theatre con lecturas explicativas de Matilda Heron. Fue parodiado -uno de los indicios más claros de popularidad- y sobrevivió a sus parodias, indicio más claro aún de su intrínseca incopiabilidad. Fue criticado con palabras encendidas y fue objeto de controversia. La naturaleza elemental de su poesía produjo violentas acusaciones de plagio, y el poeta se vio envue1to en una violenta logomaquia que le recordó su experiencia con Hyperion. Sintió en lo vivo lo poco razonable de aquel ataque a su honestidad acusándole de haber tomado tanto el metro como los incidentes del Kalevala. El no ocultaba que éste le había sugerido el primero: había usado, por lo demás, una forma reconocida, que no era exclusivamente finesa. Y por lo que se refiere a las leyendas, confesaba abiertamente su deuda hacia Schoolcraft en las mismas notas del poema.

Refiriéndose a un artículo aparecido en un periódico de Washington que se hacía eco de todas esas acusaciones, escribía a Sumner, el 3 de diciembre de 1855: «Este es verdaderamente uno de los mayores atropellos literarios de que tengo noticia. Pero pienso que se hace, principalmente, para poner de relieve la erudición de quien lo escribe... Este aparecerá finalmente como alguien que hace afirmaciones públicas que no puede justificar. Por las citas, ya puedes ver qué peso tiene la acusación de copia.

En cuanto a que yo «he tomado muchos de los incidentes más notables de la epopeya finesa y los he traspasado a los indios americanos», es una afirmación absurda. Puedo dar capítulo y versículo de cada una de esas leyendas. Su principal valor radica en el hecho de que son leyendas indias.

Conozco muy bien el Kalevala, y es muy cierto que algunas de sus leyendas se parecen a las historias indias preservadas por Schoolcraft, pero la idea de responsabilizarme a mí de ello es ridícula.»

Freiligrath le escribía, en relación a una discusión que se producía en el Athenoeum de Londres a propósito del metro: «En cuanto eché una ojeada al libro exclamé:

Launawater, Frau die alte,

y me reía con usted de nuevo a propósito de las páginas de las Finnische Runen, como hace trece años en el Rin. La característica principal, que muestra que usted ha tomado el metro de los fineses, es el paralelismo adaptado con tanto arte y tanta elegancia en el Hiawatha.» En una nota en su Diario a propósito de esta carta, Longfellow apostillaba: «No parece percatarse de que el paralelismo, o repetición, es una característica tanto del canto indio como del finés.»

Freiligrath tradujo Hiawatha, como había traducido otro de los poemas de Longfellow; y al acusar recibo de la traducción, el poeta escribió, con fecha 29 de junio de 1857: «La traducción que usted ha hecho es admirable, como sabía que iba a serlo por las muestras que me había mandado. Un millón de gracias, y ojalá que Cotta le pague a usted, como le paga el chamarilero a Guzmán de Alfarache, con moneda *sahumada y lavada con agua de ángeles* (N. del T.: en español en el original). Se cambió un párrafo en las pruebas que mandé a Bogue [el editor inglés], que éste prometió hacerle llegar a usted.

Es en la descripción del esturión, que queda así: «... cuando pasó sobre él Hiawatha en su canoa de abedul, con su sedal de cedro», porque me pareció que el esturión no era culpable del delito de asustar o comerse a los otros peces... Lo que usted dice en el Prefacio, acerca del final del poema,
es muy cierto: el contacto entre Saga e Historia es demasiado repentino.
Pero ¿cómo podía remediarlo sin haber de alargar mucho más el poema? Sentí ese choque y su conmoción pero no pude evitarlo ni eludirlo.»
Mientras, el libro obtenía unas ventas sin precedentes, y las cartas que el poeta recibía de Emerson, Hawthorne, Parsons, Taylor y otros mostraban el juicio que les merecía su obra a aquellos cuya percepción poética no estaba embotada por los hábitos de la crítica profesional ni cautivada por la novedad.
Unos años más tarde, el profesor de Universidad Francis W. Newman tradujo una parte del poema al latín para uso como texto escolar. Samuel Longfellow relata, en su Vida del poeta, la anécdota siguiente, que demuestra la popularidad alcanzada por el poema:
«Contaba una señora, que, pasando un día por delante del escaparate de una joyería en Nueva York, le llamó la atención oír una voz que salía de un grupo de gente que se hallaba frente al mismo y que decía, con un inconfundible acento irlandés: «¡Ya lo creo! Y eso es por Hiawatha.» El que hablaba era un harapiento obrero irlandés, con el pelo largo y sin afeitar. La dama miró y vio una barca de plata con la figura de un indio en la proa. «Eso debe de ser -continuó el que hablaba- para un regalo al poeta Longfellow; esas dos líneas grabadas en el costado de la barca son de su poesía.» «¡Eso es fama!», le dijo una amiga a quien la dama le contó la anécdota. »

EL CANTO DE HIAWATHA

INTRODUCCIÓN

Si me preguntáis de dónde provienen estas historias, de dónde estas leyendas y tradiciones, impregnadas de los aromas de los bosques, del rocío y la humedad de los prados, de las volutas de humo de los wigwams, con el ímpetu de los grandes ríos, con sus frecuentes repeticiones y con sus salvajes ecos semejantes al retumbo del trueno en las montañas, os responderé, os diré: «De los bosques y las praderas, de los grandes lagos del Norte, de la tierra de los ojibways, de la tierra de los dakotas, de las montañas, los páramos y cenegales en que se alimenta la garza real, la Shuh-shuh-gah, entre las cañas y los juncos. Las repito tal como las oí de labios de Nawadaha, el músico, el dulce cantor.»

Si me preguntáis dónde halló Nawadaha estos cantos tan salvajes y bravíos, dónde encontró estas leyendas y tradiciones, os responderé, os diré: «En los nidos de los pájaros de los bosques, en las madrigueras del castor, en las huellas de las pezuñas de los bisontes, en las peñas en que el águila construye su nido. Todas las aves silvestres se los cantaron, en los marjales y las ciénagas; Chetowaik, el chorlito, los cantó; los cantaron Mahng, el somorgujo, y Wawa, el ganso silvestre, la Shuh-shuh-gah, la garza azul, y la perdiz blanca, la Mushkodasa.»

Si todavía me preguntáis, diciendo: «¿Quién fue Nawadaha? Háblanos de ese Nawadaha», responderé a vuestras preguntas, sin rodeos, con estas palabras: «En el valle de Tawasentha (1), en el verde y silencioso valle, junto a los amenos arroyos, vivía el cantor Nawadaha. Alrededor del poblado indio se extendían los prados y los maizales, y más allá comenzaba el bosque, se levantaban los susurrantes pinares, verdes en verano, blancos en invierno, siempre suspirando, siempre cantando.

» Y esos amenos cursos de agua, los podíais seguir con la vista por todo el valle, gracias al rabión en primavera, los alisos en verano, la niebla blanca en otoño, la negra línea en invierno. Y junto a ellos vivía el cantor, en el valle de Tawasentha, en el verde y silencioso valle.

»Allí cantó de Hiawatha, cantó el Canto de Hiawatha, cantó acerca de su nacimiento y su ser prodigiosos, de cómo rezó y ayunó, cómo vivió, trabajó y sufrió, para que las tribus de los hombres prosperaran, para que su pueblo progresara. »

Vosotros a quienes gustan los parajes naturales, que gustáis del prado soleado y el bosque umbrío, que os gusta el viento soplando entre las ramas, el aguacero y la nevasca, y las avenidas de los grandes ríos por entre sus palizadas de pinos; y el trueno en la montaña, cuyos ecos innumerables semejan los aleteos de las águilas en sus aguileras: ¡escuchad estas tradiciones salvajes, este Canto de Hiawatha!

Vosotros a quienes gustan las leyendas de las naciones, las baladas de los pueblos, que como voces lejanas nos invitan a detenernos y escuchar, y que hablan con tonos tan llanos e infantiles que apenas puede el oído distinguir si son cantadas o relatadas: ¡escuchad esta leyenda india, este Canto de Hiawatha!

Vosotros que tenéis corazones limpios y sencillos, que tenéis fe en Dios y en la Naturaleza, que creéis que, en todas las épocas, un corazón de hombre es humano; que incluso en pechos salvajes anidan ansias, anhelos y afanes por el bien que no comprenden; que las manos débiles e impotentes, buscando a tientas en la oscuridad, tocan la mano derecha de Dios en esa oscuridad y son fortalecidas y elevadas: ¡escuchad esta historia sencilla, este Canto de Hiawatha!

Vosotros quienes a veces, en vuestros paseos por las verdes veredas del campo, donde los agracejos se enredan y cuelgan sus manojos de bayas carmesí sobre muros de piedra cubiertos de musgo, os detenéis junto a algún camposanto olvidado para meditar un instante y reflexionar sobre una inscripción medio borrada, redactada con poca habilidad poética, expresiones familiares, pero en las que cada letra está llena de esperanza a la vez que de congoja, llena de toda esa tierna emoción de este Mundo y el Otro: ¡quedaos y leed esta tosca inscripción, leed este Canto de Hiawatha!

LA PIPA DE LA PAZ

Sobre las montañas de la pradera, sobre la gran cantera de piedra roja para pipas descendió Gitche Manitú, el poderoso, el Señor de la Vida, y erguido sobre los rojos peñascos de la cantera, convocó a las naciones, reunió junto a sí a las tribus de los hombres (2).
De las huellas de sus pies manó un río, que saltó en la luz de la mañana despeñándose por el precipicio, brillando como Ishkoodah, el cometa. Y el Espíritu, inclinándose hacia la tierra, trazó con su dedo, en el prado, un sinuoso curso para él, diciéndole: «¡Corre por ahí!»
De la roja piedra de la cantera rompió con su mano un fragmento, lo vació en forma de una cazoleta de pipa, lo talló y lo adornó con figuras; de la orilla del río tomó un largo junco para hacer el cañón de la pipa, con sus largas hojas verde oscuro. Llenó la pipa con corteza de sauce, con corteza del sauce rojo; lanzó su aliento sobre el bosque cercano, haciendo que sus grandes ramas frotaran unas contra otras, hasta que se inflamaron y encendieron; y erguido sobre las montañas, Gitche Manitú, el poderoso, fumó el calumet, la Pipa de la Paz, como una señal para las naciones.
Y el humo se elevó, lento, lento, por el aire tranquilo de la mañana; primero, una tenue línea oscura, luego un vapor más denso, más azulado, después una nívea nube que se abría, como las copas de los árboles del bosque, subiendo, subiendo, siempre subiendo, hasta llegar a la bóveda del cielo, donde se quebró y se esparció envolviendo a éste.
Desde el valle de Tawasentha, desde el valle de Wyoming, desde los bosques de Tuscaloosa, desde las lejanas Montañas Rocosas, desde los ríos y lagos del Norte, todas las tribus contemplaron la señal, vieron el humo elevándose a lo lejos, el Pukwana de la Pipa de la Paz.

Y los Profetas de las naciones dijeron: «¡Contempladlo, contemplad el Pukwana! Con esta señal que nos llega de muy lejos, que se dobla como una rama de sauce, que ondea como una mano haciendo señas, Gitche Manitú, el poderoso, convoca a las tribus de los hombres, llama a los guerreros a su consejo.»
Por ríos y praderas llegaron los guerreros de las naciones; llegaron los delawares y los mohawks, los choctaws y los comanches, los shoshonies y los pies negros, los pawnees y los omahas, los mandans y los dakotas, los hurones y los ojibways, todos ellos atraídos por la señal de la Pipa de la Paz a las Montañas de la Pradera, a la gran cantera de la roja piedra para pipas.
Y allí se encontraron en el prado, con sus armas y sus equipos de guerra, pintados como las hojas del otoño, pintados como el cielo matinal, mirándose ferozmente unos á otros. Severos y desafiantes sus rostros, en los corazones llevaban los seculares odios de sangre, el odio heredado, la ancestral sed de venganza.
Gitche Manitú, el poderoso, el creador de las naciones, los contempló con compasión, con amor paternal y piedad; vio su ira y sus disputas como riñas de niños, como peleas de muchachos. Y extendió sobre ellos su mano derecha para atemperar su porfiado natural, para mitigar su sed y su fiebre con la sombra de su mano derecha. Les habló con voz majestuosa, como el sonido de aguas lejanas hundiéndose en profundos abismos, amonestando, reprendiendo; de esta guisa les habló:
«¡Hijos míos, pobres hijos míos! ¡Escuchad las palabras sabias, las amonestaciones que salen de los sabios del Gran Espíritu, del Señor de la Vida que os creó! Os he dado tierras donde cazar, os he dado corzos y renos, gansos y castores; he llenado los marjales de aves, los ríos de peces; ¿por qué no estáis satisfechos, pues? , ¿por qué guerreáis unos contra otros?

»Estoy cansado de vuestras peleas, cansado de vuestras guerras y de tanto derramamiento de sangre, cansado de vuestros ruegos pidiendo venganza, de vuestras querellas y discordias. Toda vuestra fuerza está en la unión, en la desunión vuestra flaqueza. ¡Haced las paces, pues, y de ahora en adelante vivid juntos como hermanos!
»Os mandaré a un Profeta, un Salvador de las naciones, que os guiará e instruirá, que trabajará y sufrirá con vosotros. Si escucháis sus consejos, os multiplicaréis y prosperaréis; si desoís sus amonestaciones poco a poco os extinguiréis.
»¡Bañaos ahora en el río que discurre ante vosotros, quitaos las pinturas de guerra de las caras, las manchas de sangre de los dedos! ¡Enterrad las mazas de guerra y las armas! ¡Con fragmentos de la piedra roja de esta cantera haced Pipas de la Paz; coged los juncos que crecen junto a vosotros y engalanad los con vuestras plumas más vistosas; y de ahora en adelante vivid como hermanos!»
Entonces los guerreros arrojaron al suelo sus mantos y camisas de piel de gamo, arrojaron sus armas y sus equipos de guerra, saltaron al impetuoso río y se quitaron las pinturas de guerra de la cara. Más arriba de donde estaban corría clara el agua, limpia y clara como manaba de las huellas de los pies del Señor de la Vida; oscura corría más abajo de ellos, sucia y teñida de listas carmesí, como si se hubiera mezclado con sangre.
Del río salieron los guerreros, limpios y sin rastro de sus pinturas de guerra; enterraron las mazas en las orillas, todas sus armas de guerra enterraron. Gitche Manitú, el poderoso, el Gran Espíritu, el creador, sonrió a sus indefensos hijos.
y en silencio todos los guerreros arrancaron fragmentos de la piedra roja de la cantera, los desbastaron y vaciaron en forma de Pipas de la Paz, cortaron los largos juncos que crecían en las orillas del río, bs adornaron con sus plumas más vistosas y cada cual partió hacia su hogar. Mientras el Señor de la Vida, ascendiendo, a través de las cortinas de nubes, a través de las puertas del cielo, desapareció de su vista, envuelto en el humo que se enroscaba a su alrededor, el Pukwana de la Pipa de la Paz.

II

LOS CUATRO VIENTOS

«¡Honor a Mudjekeewis!», gritaron los guerreros y los ancianos cuando éste regresó triunfalmente a casa con el sagrado Cinturón de Wampum, desde las regiones del Viento del Norte, del reino de Wabasso, de la tierra del Conejo Blanco.
Había robado el Cinturón de Wampum del cuello de Mishe- Mokwa, el Gran Oso de las montañas, terror de las naciones, mientras éste dormía pesadamente en la cima de las montañas, como una roca cubierta de musgo, de musgo pardo y ceniciento.
Silenciosamente, Mudjekeewis se aproximó a él hasta que las rojas uñas del monstruo casi le rozaron, casi le rasguñaron, hasta que el ardiente aliento de sus narices calentó las manos de Mudjekeewis mientras éste le quitaba el cinturón pasándolo por encima de las redondas orejas, que no oían, y por delante de los ojillos, que no veían, y del largo hocico, el negro hocico de cuyas narices salía el pesado aliento que calentaba las manos de Mudjekeewis. Entonces éste blandió en alto su maza de guerra, lanzó con fuerza y sostenido su grito de guerra y golpeó al poderoso Mishe-Mokwa en medio de la frente, justo entre los ojos le golpeó.
Aturdido por el fuerte golpe, se alzó el Gran Oso de las montañas, pero las rodillas le temblaron y gimió como una mujer, mientras avanzaba tambaleándose y se sentaba sobre sus ancas. Y el poderoso Mudjekeewis, poniéndose sin miedo frente a él, se mofó de él ruidosamente, con desdén le habló de esta guisa: «¡Oye, oso! ¡Eres un cobarde, y no tienes nada de valiente como pretendías! De lo contrario, no llorarías ni gimotearías como una mujer desdichada. ¡Oso!, sabes bien que nuestras tribus son enemigas, enzarzadas en guerras llevan mucho tiempo; ahora que compruebas que somos más fuertes, andas furtivamente por los bosques, te escondes en las montañas. Si me hubieras vencido en combate, ni un gemido habría lanzado, pero tú, oso, estás aquí sentado lloriqueando, y deshonras a tu tribu con tus lloros, como un despreciable Shaugodaya, como una vieja cobarde (3).»
De nuevo levantó Mudjekeewis su maza de guerra, de nuevo golpeó al Mishe-Mokwa en medio de la frente y le fracturó el cráneo, como rompe el hielo quien va a pescar en invierno. Así fue muerto el Mishe-Mokwa, el Gran Oso de las montañas, terror de las naciones.
«¡Honor a Mudjekeewis! -gritó el pueblo aclamándole-, ¡honor a Mudjekeewis! ¡De ahora en adelante él será el Viento del Oeste, y en adelante y para siempre ejercerá el supremo dominio sobre todos los vientos del cielo! ¡No le llamemos más Mudjekeewis, llamémosle Kabeyun, el Viento del Oeste!»
De este modo fue elegido Mudjekeewis Padre de los Vientos del cielo. Guardó para sí el Viento del Oeste y dio a sus hijos los otros. A Wabun le dio el Viento del Este, dio el Viento del Sur a Shawondasee, y el Viento del Norte, salvaje y cruel, al feroz Kabibonokke.
Joven y hermoso era Wabun; él era quien traía la mañana, eran sus flechas de plata las que expulsaban la noche de valles y colinas; sus mejillas se arrebolaban con los más luminosos tonos carmesí, y su voz despertaba al poblado, llamaba al ciervo y llamaba al cazador.
Solo estaba Wabun en el cielo. Aunque los pájaros le cantaran alegremente, aunque las flores silvestres de los prados llenaran para él de aromas el aire, aunque los bosques y los ríos cantaran y susurraran al verlo llegar, su corazón estaba triste porque estaba solo en el cielo.

Pero, una mañana, al mirar con atención hacia la tierra, mientras el poblado aún dormía y la niebla descansaba sobre el río, como un fantasma que huye al amanecer, vio a una muchacha que caminaba sola por un prado, recogiendo lirios y juncos junto a un arroyo.
"Cada mañana, mirando fijamente en dirección de la tierra, la primera cosa que veía allí eran sus ojos azules que le miraban, dos lagos azules entre los juncos. Y se enamoró de esta solitaria muchacha que esperaba de ese modo su llegada; pues los dos eran solitarios, ella en la tierra y él en el cielo.
Y la galanteó con caricias, la cortejó con su sonrisa de sol, con sus palabras lisonjeras la cortejó, con su suspiro y su canto, los más suaves susurros en las ramas, la música más dulce, los más dulces perfumes, hasta que la atrajo a su regazo, envuelta en su manto carmesí, y la convirtió en estrella, temblorosa aún en su regazo. Y para siempre en los cielos se les ve caminar juntos, a Wabun y la Wabun-Annung, Wabun y el Lucero del Alba.
Pero el feroz Kabibonokka tenía su morada entre los icebergs, en las nieves eternas, el reino de Wabasso, la tierra del Conejo Blanco. Su mano era la que en otoño pintaba todos los árboles de escarlata, manchaba las hojas de rojo y amarillo. El era quien enviaba los copos de nieve, que pasaban como tamizados, silbando, por el bosque, quien helaba los lagos, los ríos y las charcas, quien empujaba hacia el sur al somorgujo y la gaviota, y empujaba al cormorán y el zarapito hacia sus nidos de juncia y plantas acuáticas en los dominios de Shawondasee.
En una ocasión, salió el feroz Kabibonokka de su cabaña de nieves, de su casa en medio de los icebergs. Sus cabellos, rociados de nieve, ondeaban a su espalda como un río, como un negro río invernal, mientras él aullaba y corría hacia el sur, sobrevolando lagos y marjales helados.
Allí, entre los juncos y las cañas, encontró a Shingebis, el colimbo, que arrastraba tras de sí sartas de pescados por los helados marjales, en los que se había demorado aunque su tribu hubiera emprendido hacía mucho el camino hacia la tierra de Shawondasee.
Gritó el feroz Kabibonokka: «¿Quién es ese que se atreve a desafiarme, que osa quedarse en mis dominios cuando el Wawa ya se ha ido, cuando el ganso silvestre se ha marchado hacia el sur, y la garza, la Shuh-shuh-gah, ha mucho que se fue? ¡Entraré en su wigwam y le apagaré el fuego!»
Y por la noche llegó Kabibonokka a la cabaña, aullando salvajemente, amontonó la nieve alrededor de ésta, sopló dentro del cañón de la chimenea, sacudió los postes de la cabaña en su furor y agitó la cortina de la puerta. Shingebis, el colimbo, no se asustó ni se inmutó. Cuatro gruesos leños tenía para el fuego, uno para cada luna del invierno; y de comida, con los pescados le bastaba. Se sentó junto a su brillante fuego, caliente y contento, comiendo, riendo y cantando: «¡Oh Kabibonokka, no eres sino un mortal como yo!»
Entonces Kabibonokka penetró en la cabaña, y aunque Shingebis, el colimbo, notó su presencia por el frío, por el gélido aliento que le envolvía, no por ello dejó de cantar ni de reír; sólo movió un poco el leño para avivar el fuego, haciendo que las chispas subieran por el cañón de la chimenea.
De la frente de Kabibonokka, de sus cabellos rociados de nieve, cayeron gruesas gotas de sudor que hicieron pequeños hoyos en las cenizas, igual como la nieve que se derrite en primavera gotea de los aleros de las cabañas y las ramas de los abetos, y forma hoyos en los montones de nieve.
Hasta que, por fin, no pudiendo soportar más el calor y la risa, ni el alegre cantar, Kabibonokka se levantó derrotado. Atravesó precipitadamente la puerta, pisoteó la costra de los montones de nieve, pisoteó los ríos y los lagos, endureciendo la nieve que los recubría, haciendo aumentar de grosor el hielo que flotaba sobre ellos; y desafió a

Shingebis, el colimbo, a salir y luchar con él, a salir y luchar desnudo sobre los helados páramos y marjales.
Y Shingebis, el colimbó, salió y luchó toda la noche con el Viento del Norte, luchó desnudo en los marjales con el fiero Kabibonokka, hasta que el resuello de éste se volvió más débil, hasta que su helado abrazo se tornó más blando y retrocedió tambaleándose. Y, desconcertado y derrotado, Kabibonokka regresó al reino de Wabasso, la tierra del Conejo Blanco, oyendo todavía la estrepitosa risa, oyendo a Shingebis, el colimbo, cantar: «¡Oh Kabibonokka, no eres sino un mortal como yo!»
Shawondasee, gordo y holgazán, tenía su hogar muy al sur, bajo el soporífero sol, en el interminable Verano. Él era quien enviaba hacia el norte a los pájaros del bosque: enviaba al Opechee, el petirrojo, al Owaissa, el azulejo; enviaba a la Shawshaw, la golondrina, y al Wawa, el ganso salvaje; y también enviaba los melones y el tabaco, y las uvas en racimos color de púrpura.
El humo que ascendía de su pipa llenaba el cielo de vapor y brumas, llenaba el aire de adormeced ora suavidad, hacía centellear las aguas, daba un toque de suavidad a las ásperas montañas, llevaba el suave veranillo de San Martín a las melancólicas tierras del Norte, en la triste Luna de las raquetas de nieve.
¡Indolente y despreocupado Shawondasee! Sólo una sombra tenía en su vida, una sola pena albergaba en su corazón. En una ocasión, cuando miraba con atención hacia el Norte, vio sobre una pradera, muy a lo lejos, a una muchacha, vio a una alta y esbelta muchacha de dorados cabellos.
Pero estaba demasiado gordo y era demasiado perezoso para ponerse a cortejarla; en efecto, era demasiado indolente y comodón para ir tras ella y convencerla. Así que se contentaba con mirarla; sentado, suspiraba de pasión por la muchacha de la pradera.
Hasta que una mañana, al mirar hacia el norte, vio que los dorados cabellos se habían vuelto blancos, como si estuvieran cubierto de blanquísimos copos de nieve.
«¡Ay, hermano de las tierras del Norte, del reino de Wabasso, de la tierra del Conejo Blanco! ¡Me has robado a la muchacha, has puesto tu mano sobre ella, has cortejado y conquistado a mi muchacha con tus historias de las tierras del Norte!»
Así lanzaba al aire su pena el infeliz Shawondasee, y el Viento del Sur corría cálido por la pradera con suspiros de pasión, con los suspiros de Shawondasee, hasta que el aire pareció llenarse de copos de nieve, y la pradera, de borrilla de cardo, y la muchacha con los cabellos como el sol desapareció de su vista para siempre: nunca más vio Shawondasee a la muchacha de los cabellos de oro.
¡Pobre iluso Shawondasee! No era una mujer a la que mirabas, no era una muchacha aquella por la que suspirabas. Aquella que contemplaste con tanto anhelo durante todo el soporífero verano, aquella por la que suspiraste con tanta pasión era el diente de león de la pradera, que ahora el aire de un suspiro se ha llevado. ¡Ay, pobre Shawondasee!
De este modo se dividieron los cuatro vientos, de este modo tuvieron los hijos de Mudjekeewis sus estaciones en los cielos, en los confines del cielo. Para sí guardó el poderoso Mudjekeewis sólo el Viento del Oeste.

III

LA INFANCIA DE HIAWATHA

En los días olvidados, en las edades sin recuerdo, de la luna llena cayó Nokomis, cayó la hermosa Nokomis, a través del crepúsculo vespertino. Esposa era, pero no madre. .
Se divertía con sus doncellas, meciéndose en un columpio de vides, cuando su rival, la rechazada, llena de odio y de celos, cortó en dos mitades el frondoso columpio, cortó por la mitad las trenzadas parras, y Nokomis cayó, aterrada, a través del crepúsculo vespertino, en el Muskoday, el prado, en la pradera cubierta de flores.
«¡Mirad! ¡Cae una estrella! -dijo la gente-. ¡Del cielo cae una estrella!»
Allí en el Muskoday, el prado, entre musgos y helechos, entre los lirios, a la luz de la luna y las estrellas, Nokomis dio a luz a una hija. Y la llamó Wenonah, porque era la primogénita de sus hijas. Y la hija de Nokomis creció como los lirios del prado, convirtiéndose en una muchacha alta y esbelta, bella como la luz de la luna, bella como la luz de las estrellas.
Y Nokomis le advertía, repitiéndoselo a menudo: «¡Guárdate de Mudjekeewis, el Viento del Oeste! ¡No escuches sus palabras! ¡No te acuestes sobre el prado, no te inclines entre los lirios, no sea que venga el Viento del Oeste y te haga daño!»
Pero ella no hizo caso de la advertencia, desoyó esas sabias palabras.
Y el Viento del Oeste llegó por la tarde, caminando ligero por la pradera, susurrando a las hojas y las flores, doblando la hierba; y encontró a la hermosa Wenonah, acostada allí entre los lirios. Y la cortejó con sus dulces palabras, con sus suaves caricias, hasta que ella dio a luz con pesar a un hijo, un hijo del amor y el dolor.
Así nació Hiawatha, así nació el niño prodigioso. Pero la hija de Nokomis, la dulce madre de Hiawatha, murió de congoja, abandonada por el Viento del Oeste, falso y desleal, por el despiadado Mudjekeewis.
Mucho y muy amargamente lloró por su hija la desconsolada Nokomis. «¡Ojalá hubiera muerto yo! -murmuraba- ¡Ojalá estuviera yo muerta, como tú lo estás! ¡No más fatigas, no más lágrimas! ¡Wahonowin! ¡Wahonowin!»
En las riberas del Gitche Gumee, junto a las relucientes aguas del Gran Lago, se levantaba el wigwam de Nokomis, hija de la Luna. Detrás de éste se alzaba el oscuro bosque, los negros y sombríos pinos, los abetos cargados de piñas. Delante, batían las brillantes aguas, batían las claras y soleadas aguas del Gran Lago.
En aquel lugar crió la vieja y arrugada Nokomis al pequeño Hiawatha; allí lo meció en su cuna de madera de tilo, muellemente acomodada en un lecho de musgo y cañas, y sujetada firmemente con tendones de reno; allí calmó su llanto impaciente diciéndole: «¡Chist, que el Oso Desnudo te oirá! (4)» y lo arrulló cantando: «¡Ewa-yea! ¡Mi pequeño mochuelo! ¿Quién es el que ilumina el wigwam, el que con esos ojazos da claridad a la choza?
¡Ewa-yea! ¡Mi pequeño mochuelo!»
Muchas cosas le enseñó Nokomis de las estrellas que brillan en el cielo: le mostró a Ishkoodah, el cometa, Ishkoodah el de ígneos cabellos; le mostró la Danza de la Muerte de los espíritus, guerreros con sus plumas y mazas de guerra que fulguraban muy lejos hacia el norte en las heladas noches de invierno; y le mostró la ancha vía blanca del cielo, sendero de los espíritus, las sombras, que discurre recta a través de los cielos con su multitud de espíritus y sombras.
A la puerta se sentaba el pequeño Hiawatha en las tardes de estío. Oía el susurro de los pinos, el chapaleteo de las aguas; sones musicales, prodigiosas palabras. «¡Minne-wawa!», decían los pinos; «¡Mudway-aushka!», decía el agua.

Veía a la luciérnaga, Wah-wah-taysee, revoloteando al anochecer y alumbrando, con el centelleo de su luz, las zarzas y los arbustos. Y cantaba la canción infantil, la canción que Nokomis le había enseñado: «¡Wah-wah-taysee, pequeña luciérnaga, ilumíname con tu lucecita, antes de que me acueste en la cama, antes de que el sueño me cierre los párpados!»
Vio cómo la luna salía del agua, formando ondas, redondeándose; vio sus manchas y sus sombras. Y preguntó muy bajito: «¿Qué es eso, Nokomis?» Y la buena Nokomis respondió: «Una vez, un guerrero, muy encolerizado, agarró a su abuela y la arrojó al cielo, a medianoche; contra la luna la arrojó: su cuerpo es lo que ahora ves allí.»
Vio el arco iris en el cielo, en el cielo oriental, y preguntó bajito:
«¿Qué es eso, Nokomis?» y la buena Nokomis respondió: «Es el paraíso de las flores lo que allí ves. Todas las flores silvestres del bosque, todos los lirios del prado florecen en ese cielo que hay encima de nosotros cuando en la tierra se marchitan y mueren.»
Cuando oyó el ulular de los búhos y sus risas, a medianoche en el bosque, gritó aterrorizado: «¿Qué es eso, Nokomis?» Y la buena Nokomis respondió: «No es más que el búho y el mochuelo, que hablan en su lengua nativa, que hablan y regañan.»
Y el pequeño Hiawatha aprendió el lenguaje de todos los pájaros, aprendió sus nombres y todos sus secretos; cómo construían sus nidos en verano, dónde se escondían en invierno. Hablaba con ellos cuando quiera que los encontrara, y les llamaba los «Polluelos de Hiawatha».
Aprendió el lenguaje de todos los animales, aprendió sus nombres y todos sus secretos; cómo construía su madriguera el castor, dónde escondía la ardilla sus bellotas, por qué corría tan veloz el reno, por qué era tan tímido el conejo. Hablaba con ellos cuando quiera que los encontrara, y les llamaba los «Hermanos de Hiawatha.»
Más tarde Iagoo, el gran fanfarrón, el maravilloso narrador de historia, el viajero y parlanchín, amigo de la vieja Nokomis, le hizo un arco a Hiawatha. Lo hizo de una rama de fresno, y de una rama de roble hizo las flechas, rematadas con puntas de pedernal y adornadas con plumas; y la cuerda la hizo de piel de gamo.
Entonces le dijo a Hiawatha: «¡Ve al bosque, hijo mío, allí donde se reúnen en manada los ciervos rojos, y mata para nosotros un macho, mata para nosotros un ciervo con cornamenta!»
Sin dilación, Hiawatha se internó en el bosque, solo, orgulloso con su arco y sus flechas. Y los pájaros, a su alrededor y sobre su cabeza, cantaban: «¡No nos mates, Hiawatha!»
Cantaba el petirrojo, el Opechee, cantaba el azulejo, el Owaissa: «¡No nos mates, Hiawatha!»
En lo alto del roble, muy cerca de él, saltaba de rama en rama Adjidaumo, la ardilla. Tosía y parloteaba en el roble. Y reía, diciendo entre risas: «¡No me mates, Hiawatha!»
Y el conejo se apartó de un salto del camino, y a distancia se sentó sobre sus patas traseras, diciendo, medio asustado, medio divertido, al pequeño cazador: «¡No me mates, Hiawatha!»
Pero Hiawatha no hacía caso, no los oía, pues tenía el pensamiento puesto en los ciervos rojos, tenía los ojos clavados en su rastro, que bajaba hasta el río, hasta el vado que cruzaba el río; y caminaba como un sonámbulo.
Oculto entre los alisos, esperó la llegada de los ciervos, hasta que vio alzarse dos astas, y dos ojos que miraban en la espesura y un hocico que venteaba; y apareció un ciervo que bajaba por el camino, moteado con luz y sombras por las hojas. Y el corazón le latió más fuerte en el pecho, se agitó como las hojas que había sobre su cabeza, como la hoja del abedul palpitó, mientras el ciervo bajaba por el camino.
Entonces, alzándose sobre una rodilla, Hiawatha lanzó una flecha. Ni una ramita crujió con este movimiento suyo, ni una sola hoja se agitó, pero el cauteloso macho se

sobresaltó, pateó la tierra con sus cuatro pezuñas, escuchó con una pata en el aire, y brincó como si quisiera salir al encuentro de la flecha. ¡Ay, la silbante y funesta flecha! Zumbó como una avispa y le picó.
Y el ciervo quedó tendido en el bosque, muerto, junto al vado del río.
Su tímido corazón no volvió a latir, pero el corazón de Hiawatha sí palpitaba y gritaba, exultante, al regresar a casa con el ciervo rojo, donde Iagoo y Nokomis saludaron su llegada con aplausos.
Con la piel del ciervo rojo hizo Nokomis un manto para Hiawatha, con la carne del ciervo rojo preparó Nokomis un banquete en su honor.
Todo el poblado acudió al banquete y todos los comensales alabaron a Hiawatha, llamándole Corazón-Fuerte, Soan-ge-taha, llamándole Corazón-de-Somorgujo, Mahn-go-taysee.

IV

HIAWATHA Y MUDJEKEEWIS

Nuestro Hiawatha había crecido y pasado ya de niño a hombre, experto en todas las artes de los cazadores, instruido en todos los saberes de los ancianos, en todos los juegos y pasatiempos juveniles, en todos los trabajos propios de los hombres.
De pie ligero era Hiawatha: ¡podía arrojar una flecha y correr con :anta rapidez, que la fecha caía detrás de él! De brazo fuerte era Hiawatha: ¡podía disparar diez flechas hacia lo alto, dispararlas con tanta fuerza y rapidez, que la décima abandonaba la cuerda del arco antes de que la primera hubiera caído al suelo!
Tenía unos mitones, Minjekahwun, unos mágicos mitones hechos de piel de gamo. Cuando los llevaba puestos, podía hacer añicos las rocas, podía reducirlas a polvo. Tenía también unos mocasines encantados, mágicos mocasines de piel de gamo. Cuando se los ataba a los tobillos, cuando se los sujetaba a los pies, a cada paso que daba recorría una milla.
Mucho le preguntó a la vieja Nokomis acerca de su padre Mudjekeewis. Por ella conoció el secreto mortal de la belleza de su madre, de la falsedad de su padre. Y su corazón se inflamó y fue como una brasa ardiente en su pecho.
Y dijo entonces a la vieja Nokomis: «¡Iré a ver a Mudjekeewis, iré a ver cómo le va a mi padre, en las puertas del Viento del Oeste, en los portales del Ocaso! »
De su cabaña salió Hiawatha, vestido para el viaje, armado para la caza; vestido con camisa y polainas de piel de gamo, ricamente adornadas con plumas de ave y wampum. En la cabeza llevaba sus plumas de águila; ceñía su cintura un cinturón de wampum; en la mano llevaba su arco de madera de fresno, tensado con tendones de reno. En la aljaba llevaba flechas de roble, con punta de jaspe y provistas de plumas. Y llevaba puestos sus mitones, Minjekahwun, y sus mocasines encantados.
La vieja Nokomis le advirtió, le dijo: «¡No vayas, Hiawatha! ¡No vayas al reino del Viento del Oeste, a los dominios de Mudjekeewis, no sea que te dañe con su magia, que te mate con su astucia!»
Pero el arrojado Hiawatha no hizo caso de la advertencia. A grandes pasos se adentró en el bosque, ya cada paso que daba cubría una milla.
Lóbrego le pareció el cielo sobre su cabeza, lóbrega la tierra bajo sus pies; caliente y sofocante el aire que lo envolvía, lleno de humo y ardientes vapores, como si los bosques y las praderas estuvieran en llamas. Y todo porque el corazón le ardía en el pecho como una brasa encendida.
Y viajó siempre hacia poniente. Atrás dejó a los más veloces ciervos, atrás al antílope y el bisonte. Cruzó el impetuoso Esconaba y el poderoso Mississippi. Dejó a su espalda las Montañas de la Pradera, la tierra de los crow y los fox, las moradas de los pies negros. Y llegó a las Montañas Rocosas, al reino del Viento del Oeste, sobre cuyas borrascosas cumbres se hallaba el viejo Mudjekeewis, señor de los vientos del cielo.
De temor reverencial se llenó Hiawatha al ver el aspecto de su padres.
Sus cabellos de nubes ondeaban y flotaban salvajemente en el aire alrededor de él; como nieve amontonada brillaban sus cabellos, deslumbrando como Ishkoodah, el cometa, como la estrella de ígneos cabellos.
De gozo se llenó Mudjekeewis al fijar su mirada en Hiawatha. Vio su juventud revivir ante sus ojos en el rostro de Hiawatha, vio la belleza de Wenonah levantarse de la tumba ante él.
«¡Bienvenido, Hiawatha! -dijo- ¡Bienvenido al reino del Viento de Oeste! ¡Mucho tiempo he estado esperándote! La juventud es hermosa, la vejez es solitaria; la juventud

es fuego, la vejez es hielo. Tú me devuelves los días que se fueron, me devuelves mi pasión juvenil; y también a la hermosa Wenonah.»
Durante muchos días hablaron juntos; se preguntaron, escucharon esperaron, respondieron. Y el poderoso Mudjekeewis se jactó grandemente de sus antiguas hazañas, de sus arriesgadas aventuras, de su valor indomable, su cuerpo invulnerable.
Hiawatha escuchaba pacientemente, sentado, las jactancias de su padre. Con una sonrisa escuchaba, pero sin proferir amenaza alguna. Ni un mirada, ni una palabra le traicionaban, pero en su pecho el corazón le ardía, como un ascua encendida era su corazón.
Entonces dijo: «¡Oh Mudjekeewis! ¿No hay nada que pueda lastimar te, nada que temas?» y el poderoso Mudjekeewis, espléndido y benévolo en su jactancia, respondió y dijo: «Nada, salvo ese peñasco negro de allá; nada salvo el fatal Wawbeek.»
Y Mudjekeewis miró a Hiawatha con una mirada juiciosa y benigna, con expresión paternal, contempló con orgullo la belleza de su alta y graciosa figura, y dijo: «¡Oh mi Hiawatha! ¿Hay algo que pueda lastimarte, algo que temas?»
Pero el cauto Hiawatha hizo una pausa antes de contestar, como si dudara; guardó silencio, como si meditara. Y al fin respondió: «Nada, salvo ese junco de allá; nada salvo el gran Apukwa.»
Y como Mudjekeewis, levantándose, ya alargaba la mano para arrancar el junco, Hiawatha gritó aterrado, gritó con un bien fingido espanto: «¡Kago! ¡Kago! ¡No lo toques!» «¡Ah, Kaween! -dijo Mudjekeewis-. Claro que no, no lo tocaré.»
Luego se pusieron a hablar de otros asuntos. Primero, de los hermanos de Hiawatha: Wabun, el Viento del Este, Shawondasee, el Viento del Sur, Kabibonokka, el del Norte. Luego hablaron de la madre de Hiawatha, la hermosa Wenonah, de cómo dio a luz en el prado, y de su muerte, tal como la vieja Nokomis lo había recordado y relatado.
Y Hiawatha gritó: «¡Ah, Mudjekeewis! ¡Tú fuiste quien mató a Wenonah, quien le arrebataste su juventud y su belleza! Segaste el Lirio de los Prados, lo hollaste con tus pies. ¡Confiésalo! ¡Confiésalo!»
Y el poderoso Mudjekeewis agitó su cabellera al viento, inclinó su canosa cabeza acongojado y asintió sin decir una palabra.
Entonces Hiawatha se puso en pie de un salto y, con mirada y gesto amenazadores, puso su mano sobre el negro peñasco, sobre el fatal Wawbeek. Con sus mitones, Minjekahwun, partió en dos la peña saliente, a golpes la redujo a fragmentos, que arrojó salvajamente a su padre, el arrepentido Mudjekeewis, porque el corazón le ardía en el pecho como una brasa encendida.
Pero el Señor del Viento del Oeste repelió los fragmentos con su aliento, con la tempestad de su ira los devolvió a su atacante. Agarró el junco, el Apukwa, y lo arrancó con raíces y fibras de la margen del prado, de su limo arrancó al gigantesco junco. ¡Fuerte y sostenida fue la risa de Hiawatha!
Empezó entonces la lucha a muerte, cuerpo a cuerpo, sobre las montañas. Desde su aguilera chilló el águila, la Keneu, la gran águila guerrera, se posó sobre los riscos que los rodeaban y, batiendo las alas, describió círculos sobre sus cabezas.
Como un árbol grande batido por la tempestad, se doblaba y agitaba violentamente el gigantesco junco; y en moles enormes y pesadas caía con estrépito haciéndose añicos el fatal Wawbeek. Hasta que la tierra se estremeció con el tumulto y la confusión de la batalla, el aire se llenó de clamores, y el trueno de las montañas, despertando, respondió: «¡Baim-wawa!»
Se batió en retirada Mudjekeewis, precipitándose hacia el oeste por encima de las montañas, avanzando dando traspiés por las montañas hacia el oeste. Tres días enteros retrocedió luchando, perseguido siempre por Hiawatha, hasta llegar a las puertas del

Viento del Oeste, a los portales del Ocaso, hasta el confín más remoto de la tierra; allí donde, hacia los espacios vacíos, se hunde el sol, como se deja caer un flamenco en su nido, al anochecer, en las melancólicas lagunas.
«¡Detente! -gritó finalmente Mudjekeewis- ¡Detente, hijo mío, mi Hiawatha! Es imposible matarme, pues no puedes dar muerte a un inmortal. Te he sometido a esta prueba sólo para conocer y aquilatar tu valor. ¡Recibe ahora el premio al valor! Vuelve a tu casa y con tu gente, vive entre ellos, trabaja con ellos. Limpia la tierra de todo aquello que le resulta nocivo, limpia las pesqueras y los ríos, acaba con todos los monstruos y magos, todos los Wendigoes, los gigantes, todas las serpientes, las Kenabeeks, como yo terminé con el Mishe-Mokwa, el Gran Oso de las montañas. Y al final, cuando se te aproxime la muerte, cuando los espantosos ojos de Pauguk te miren ferozmente en la oscuridad, yo compartiré mi reino contigo. Señor serás a partir de entonces del Viento del Noroeste, Keewaydin, el Viento de los Lares».
Así se libró esa famosa batalla en los días terribles de Shah-shah, en los días ha mucho huidos, en el reino del Viento del Oeste. Aún descubre el cazador trazas de ella, esparcidas por montes y valles. Ve el junco gigante que crece junto a las charcas y los arroyos, ve las moles del Wawbeek yaciendo inmóviles en todos los valles.
Hiawatha regresó entonces a su casa. Grato era el paisaje que le rodeaba, agradable el aire que le acariciaba, pues el rencor había huido completamente de él; de su cabeza se había borrado todo deseo de venganza, y se había apagado el ardiente fuego de su corazón.
Sólo una vez aflojó el paso, sólo una vez se detuvo brevemente: para comprarle puntas de flecha al viejo flechero, en la tierra de los dakotas, allí donde las Cascadas de Minnehaha relucen y destellan entre los robles y riendo saltan hacia el valle (5).
Allí hacía el viejo flechero sus puntas de flecha de piedra arenisca, de calcedonia, de pedernal y jaspe; puntas de flecha de cantos lisos y afilados, duras y pulimentadas, agudas y costosas.
Con él vivía su hija de ojos oscuros, mudable como el Minnehaha, con sus momentos de sol y de sombra. Sus ojos tan pronto sonreían como miraban con ceño. Sus pies eran rápidos como el río, sus cabellos ondeaban como el agua, y su risa era igual de melodiosa. Y su padre le han puesto el nombre del río, el nombre de la cascada, Minnehaha, Agua-que-ríe.
¿Hizo un alto, pues, Hiawatha en la tierra de los dakotas para procurarse puntas de flecha, puntas de flecha de calcedonia, de pedernal y de jaspe? ¿No fue acaso para ver a la muchacha, para ver el rostro de Agua-que-ríe mirando furtivamente desde detrás de la cortina, para oír el susurro de sus vestidos detrás de la flotante cortina, tal como ve uno a la cascada de Minnehaha, que destella y mira por entre las ramas, tal como oye uno al Agua que ríe detrás de su cortina de ramas?
¿Quién puede decir qué pensamientos y visiones llenan los ardientes corazones de los jóvenes? ¿Quién podrá decir qué sueños de belleza llenaron el corazón de Hiawatha? Todo lo que éste contó a la vieja Nokomis cuando llegó a la cabaña al anochecer fue su encuentro con su padre, su lucha con Mudjekeewis; ni una palabra dijo de flechas, ni una sola de Agua-que-ríe.

V

EL AYUNO DE HIAWATHA

Sabréis ahora cómo rezó y ayunó Hiawatha en el bosque, no para obtener mayor habilidad en la caza, ni mayor arte en la pesca, como tampoco para alcanzar el triunfo en el combate y fama entre los guerreros; ayunó y rezó para el provecho del pueblo, para el beneficio de las naciones.
Primero construyó una cabaña de ayunos, construyó un wigwam en el bosque, junto al reluciente Gran Lago. La construyó en la alegre y agradable Primavera, en la Luna de las Hojas. Y favorecido con muchos sueños y visiones, ayunó durante siete días con sus noches.
Durante el primer día de ayuno, vagó por el frondoso bosque. Vio al ciervo saltar en la espesura; vio al conejo en su madriguera; oyó al faisán, a Bena, tamborilear; oyó a la ardilla, a Adjidaumo, que hacía castañetear su provisión de bellotas; vio a la paloma torcaz, la Omeme, construir nidos en los pinos; y vio bandadas de gansos salvajes, de Wawa, que volaban hacia los marjales del Norte, batiendo ruidosamente las alas y gimiendo, muy alto sobre su cabeza.
«¡Señor de la Vida! -gritó, desalentado- ¿Han de depender nuestras vidas de esas criaturas?»
Al día siguiente, paseó por la orilla del río, a través del Muskoday, el prado. Vio el arroz silvestre, Mahnomonee, vio el arándano, Meenahaga, la fresa, Odahmin, y la grosella, Shahbomin; y las cepas de la vid, la Bemahgut, trepando por las ramas de los alisos y llenando el aire de fragancia.
«¡Señor de la Vida! -gritó, desalentado- ¿Han de depender nuestras vidas de esas cosas?»
Al tercer día de su ayuno, se sentó a meditar junto al lago, junto a las tranquilas y transparentes aguas. Vio a Nahma, el esturión, saltar y rociar con gotas semejantes a cuentas de wampum; vio la perca dorada, la Sahwa, como un rayo de sol dentro del agua; vio el lucio, el Maskenozha, y el arenque, Okahahwis, y al Shawgashee, el ástaco.
«¡Señor de la Vida! -gritó, desalentado- ¿Han de depender nuestras vidas de esos seres?»,
Al cuarto día de ayuno se tumbó en su cabaña, agotado. Desde su lecho de hojas y ramas, observaba, con los párpados entornados y lleno de sueños y vagas visiones, el trémulo paisaje, que parecía bailar ante sus ojos, el brillo de las aguas, el esplendor del ocaso.
Y vio acercársele un joven con vestiduras de color verde y amarillo, que llegaba a través del purpúreo crepúsculo, que atravesaba el esplendor del ocaso. Sobre su frente cimbraban plumas de verdor, y su cabellera era sedosa y dorada.
Se detuvo en la entrada, abierta, de la tienda y contempló a Hiawatha un buen rato, mirando con piedad y compasión su rostro demacrado, su cuerpo consumido. Y, con tonos semejantes al susuro del Viento del Sur en las copas de los árboles, dijo: «¡Oh Hiawatha! Todas tus oraciones son escuchadas en el cielo, porque tú no rezas como los demás. No rezas pidiendo más habilidad en la caza, ni mayor arte en la pesca; tampoco pides alcanzar el triunfo en el combate y fama entre los guerreros. Rezas para el provecho del pueblo, para el beneficio de las naciones.
»Enviado por el Señor de la Vida, yo, Mondamín, el amigo del Hombre, vengo para advertirte e instruirte, para mostrarte cómo con trabajo y esfuerzo puedes obtener aquello por lo que has rezado. ¡Levántate de tu lecho de ramas! ¡Levántate, joven, y lucha conmigo!»

Desfallecido por la falta de alimento, Hiawatha se levantó de un salto de su lecho de ramas; del crepúsculo de su wigwam emergió al arrebol del ocaso, salió y luchó con Mondamín. A su contacto, Hiawatha sintió que en su interior latía un nuevo valor, sintió correr nueva vida, esperanza y vigor por todos sus nervios y músculos.
Así pues, lucharon los dos en la gloria del ocaso. Y cuanto más se esforzaban y luchaban, más fuerzas cobraba aún Hiawatha. Hasta que la oscuridad los rodeó, y la garza, la Shuh-shuh-gah, lanzó desde su nido en los pinos un grito de lamento, un chillido de dolor y de hambre.
«¡Ya basta! -dijo entonces Mondamín, sonriendo a Hiawatha-. Pero mañana, cuando se ponga el sol, vendré de nuevo a probarte.»
Y se desvaneció, desapareció de la vista. Si fue penetrando en la tierra como penetra la lluvia, o elevándose en el aire como se levanta la niebla.
Hia:watha no lo supo. Sólo vio que había desaparecido, dejándolo solo y débil, con el lago brumoso a sus pies y las titilantes estrellas sobre su cabeza.
Al día siguiente, cuando el sol, descendiendo por el cielo como un rojo carbón encendido del hogar del Gran Espíritu, se hundía en las aguas del oeste, llegó Mondamín para la prueba, para luchar con Hiawatha. Llegó tan silencioso como llega el rocío, que surge del aire vacío y al aire vacío regresa, que toma forma al tocar la tierra; invisible a los hombres en su llegar y su partir.
Tres veces lucharon, en la gloria del ocaso, hasta que la oscuridad los rodeó, hasta que la garza, la Shuh-shuh-gah, lanzó su agudo grito de hambre desde su nido en los pinos, y Mondamín se detuvo para escuchar. Alto y hermoso, con sus vestiduras de color verde y amarillo, estaba allí, de pie.
Sus plumas ondeaban sobre su cabeza y oscilaban de un lado para otro al compás de su respiración, y el sudor del combate se condensaba como gotas de rocío sobre su cuerpo.
Y gritó: «¡Oh Hiawatha! Has luchado bravamente conmigo; tres veces has luchado tenazmente conmigo, y el Señor de la Vida, que nos ve, te concederá a ti el triunfo. »
Luego sonrió y añadió: «Mañana es el último día de tu combate, el último día de tu ayuno. Tú me superarás y me vencerás. Luego, prepárame un lecho en que yacer, donde la lluvia pueda caer sobre mí, donde el sol pueda ir a calentarme. Quítame estas vestiduras, verdes y amarillas, quítame también este ondeante plumaje. Entiérrame y esponja bien la tierra que me cubra. No permitas que mano alguna turbe mi sueño. Haz que ninguna mala hierba ni lombriz me molesten; no dejes que Kahgahgee, el cuervo, se acerque a importunarme. Ven tú solo a vigilarme hasta que despierte y me levante, y vuelva a la vida, hasta que salte al interior de la luz del sol.» Y diciendo esto, se fue.
Hiawatha durmió plácidamente. No obstante, oyó a la Wawonaissa, oyó a la chotacabras quejarse, posada sobre su solitario wigwam; oyó al saltarín Sebowisha, oyó al arroyuelo murmurar cerca de él, en charla con el oscuro bosque; oyó el susurro de las ramas, al subir y bajar mecidas por el viento de la noche. Lo oyó como oye uno entre sueños murmullos lejanos, susurros vagos.
Por la mañana llegó Nokomis, al séptimo día del ayuno. Traía comida para Hiawatha, suplicando y lamentándose, de miedo que el hambre le venciera, temiendo que su ayuno le resultara fatal.
Pero él no quiso probar nada, y se limitó a decirle: «Nokomis, espera a que el sol se ponga, a que las tinieblas nos rodeen, a que la garza, la Shuh-shuh-gah, gritando desde las desoladas lagunas, nos anuncie que el día ha terminado. »
Llorando, Nokomis regresó a casa, muy triste por su Hiawatha, temiendo que las fuerzas le fallasen, que su ayuno resultara fatal. El, mientras tanto, se quedó sentado, extenuado, esperando la llegada de Mondamín. Hasta que las sombras, alargándose hacia oriente, cubrieron los campos y los bosques, hasta que el sol descendió del cielo,

flotando sobre las aguas hacia poniente, como cae una roja hoja en otoño y se va flotando sobre las aguas, para acabar hundiéndose en éstas.
y he aquí que el joven Mondamín, con sus sedosos y relucientes cabellos, con sus vestiduras de color verde y amarillo, con su largo y lustroso plumaje, apareció en el umbral y lo llamó por señas. Y Hiawatha, como quien anda en sueños, pálido y ojeroso, pero impertérrito, salió del wigwam y luchó con Mondamín.
El paisaje daba vueltas en torno a él, el cielo y el bosque giraban juntos, pero su fuerte corazón saltaba en su pecho como salta el esturión y se debate en la red para romper sus mallas. Como un anillo de fuego, llameaba y fulguraba a su alrededor el encendido horizonte, y un centenar de soles parecían observar a los dos contendientes luchando.
De pronto, sobre la alfombra de hierba, sólo quedó en pie Hiawatha, jadeando por el violento esfuerzo, palpitando por la dura lucha. Y ante él, sin aliento, sin vida, yacía el joven, con los cabellos desordenados, las plumas destrozadas y las vestiduras desgarradas; yacía muerto allí bajo la luz del ocaso.
y el victorioso Hiawatha hizo la sepultura tal como se le había ordenado. Le quitó las ropas a Mondamín, le quitó el desgarrado plumaje, lo enterró y dejó la tierra suelta y esponjosa sobre él. Y la garza, la Shuh-shuh-gah, lanzó un grito de lamento desde los melancólicos marjales, un grito de dolor y de angustia.
A casa regresó entonces Hiawatha, a la cabaña de la vieja Nokomis, y sus siete días de ayuno fueron cumplidos y completados. Pero no olvidó el lugar donde había luchado con Mondamín, como tampoco olvidó ni desatendió la tumba donde yacía éste, durmiendo bajo la lluvia y el sol, donde sus plumas y sus vestidos esparcidos se desteñían bajo el sol y la lluvia.
Cada día iba Hiawatha a esperar y vigilar junto a la tumba, mantenía esponjoso el oscuro mantillo que la recubría, la conservaba limpia de insectos y de malas hierbas, y espantaba, con gritos y burlas, a Kahgahgee, el rey de los cuervos.
Hasta que, por fin, brotó lentamente de la tierra una pequeña pluma verde, y luego otra, y otra; y antes de que terminara el verano, el maíz se mostró con toda su belleza, con su brillante atavío y sus largos, sedosos y dorados cabellos. Y extasiado, Hiawatha exclamó: «¡Es Mondamín! ¡Sí, es el amigo del Hombre, es Mondamín!»
Llamó luego a la vieja Nokomis y a Iagoo, el gran fanfarrón. Les mostró el lugar donde crecía el maíz, les contó su maravillosa visión, su combate y su triunfo, y les habló de este nuevo don para las naciones, que en lo sucesivo constituiría su alimento.
y más tarde, cuando el otoño trocó en amarillo el verde de las largas hojas, y los dulces y jugosos granos se convirtieron en una especie de wampum amarillo y duro, entonces Hiawatha recogió las espigas maduras, las despojó de las secas hojas, como había desnudado una vez al luchador.
Y Hiawatha organizó el primer Festín de Mondamín e hizo que el pueblo conociera este nuevo don del Gran Espíritu.

VI

LOS AMIGOS DE HIAWATHA

Dos buenos amigos tenía Hiawatha, escogidos entre todos, unidos a él con estrecha unión ya quienes, en la alegría como en la tristeza, él daba la mano derecha de su corazón: Chibiabos, el músico, y Kwasind, el muy fuerte.
Entre ellos se extendía una derecha senda, en la que nunca crecía la hierba. Los pájaros cantores, que profieren falsedades, los cuentistas, los chismosos no encontraban oído dispuesto a escuchar, ni podían alimentar la mala voluntad entre ellos. Pues ellos sólo se aconsejaban entre sí, y hablaban con corazones francos, meditando mucho y discurriendo mucho sobre cómo podrían hacer prosperar a las tribus de los hombres.
El más querido de Hiawatha era el bondadoso Chibiabos, el mejor de los músicos y el más dulce de los cantores. Hermoso y aniñado era Chibiabos, valiente como lo es el hombre, tierno como lo es la mujer, flexible como una rama de sauce, majestuoso como un ciervo astado.
Cuando él cantaba, el poblado escuchaba; todos los guerreros se congregaban en torno suyo, todas las mujeres se acercaban para oírle. Ora inflamaba la pasión en sus almas, ora las inclinaba a la compasión.
Con las cañas huecas confeccionaba flautas tan dulces y melodiosas, que el riachuelo, el Sebowisha, cesaba su murmullo en el bosque, los pájaros interrumpían su canto, y la ardilla, Adjidaumo, dejaba de parlotear en el roble, y el conejo, el Wabasso, se sentaba sobre sus patas traseras para mirar y escuchar.
Sí, el riachuelo, el Sebowisha, deteniéndose, decía: «¡Oh Chibiabos, enseña a mis aguas a correr con música, haz que fluyan suavemente como tus palabras al cantar!»
Sí, el azulejo, el Owaissa, envidioso, decía: «¡Oh Chibiabos, enséñame esas notas tan salvajes y caprichosas, enséñame esas canciones tan llenas de frenesí!»
Sí, el petirrojo, el Opechee, alegre, decía: «¡Oh Chibiabos, enséñame esas notas tan dulces y suaves, enséñame esas canciones tan llenas de alegría!»
Y la chotacabras, Wawonaissa, sollozando, decía: «¡Oh Chibiabos, enséñame esas notas tan melancólicas, enséñame esas canciones tan tristes!»
Los muchos sonidos de la naturaleza tomaban prestada la dulzura de su canto; los corazones de los hombres se ablandaban con la emoción de su música. Pues él cantaba a la paz y la libertad, a la belleza, el amor y el anhelo; cantaba a la muerte ya la vida imperecedera en las Islas de los Bienaventurados, en el reino de Ponemah, en la tierra del Más Allá.
Muy querido de Hiawatha era el tierno Chibiabos, el mejor de los músicos, el más dulce de los cantores. Por su bondad le quería, y por la magia de su canto.
Querido de Hiawatha, también, era el hombre muy fuerte, Kwasind, el más fuerte de los mortales, el más poderoso entre muchos. Precisamente por su fuerza le quería, por su fuerza unida a la bondad.
Perezoso era en su juventud Kwasind, indiferente, torpe y soñador.
Nunca jugaba con los otros niños, jamás cazaba ni pescaba; no era como los demás niños. Pero éstos veían que ayudaba a menudo, que mucho rogaba a su Manitú, que mucho le suplicaba a su Angel Custodio.
«¡Kwasind, holgazán! -le dijo su madre- ¡Nunca me ayudas en mi trabajo! Durante el verano vagabundeas por campos y bosques; en invierno te acurrucas en el wigwam junto a los tizones. En los días más crudos del invierno yo tengo que romper el hielo para poder pescar, ¡y tú nunca me echas una mano con mis redes! Las redes están

colgadas a la entrada, chorreando Y helándose. ¡Ve a escurrirlas, Yenadizze! ¡Ponlas a secar al sol!»
Lentamente, Kwasind se levantó de su asiento al lado de los tizones, sin una sola palabra de enojo como respuesta, salió de la cabaña en silencio, cogió las redes, que colgaban goteando y helándose a la entrada, y las retorció como si fueran un manojito de paja, y como si fueran un hacecillo de paja las deshizo; pues no podía retorcerlas sin romperlas, tanta era su fuerza.
«¡Kwasind, holgazán! -le dijo su padre- Nunca me ayudas cuando voy de caza. Arco que tocas, lo rompes; y las flechas, las partes por la mitad. Pero, aun así, ven conmigo al bosque: traerás la caza a casa.»
Iban por un desfiladero, en el que un arroyuelo les indicaba el camino y en el que el rastro de ciervos y bisontes se imprimía en el barro tierno de las orillas, cuando se encontraron con que no podían seguir adelante, porque el camino estaba completamente obstruido por unos árboles arrancados que estaban atravesados e impedían cualquier avance.
«Hemos de retroceder -dijo el padre-, pues no podemos superar esta barrera de troncos; ni siquiera una ardilla podría hacerlo; y ni una marmota podría pasar por en medio de ellos.»
Y diciendo esto encendió su pipa y se sentó a fumar y reflexionar. Pero antes de que se hubiera terminado la pipa, vio libre el paso ante sí.
Kwasind había cargado con todos los troncos y los había ido arrojando a derecha e izquierda; los pinos, como si fuesen flechas, los cedros, como lanzas.
«¡Kwasind, holgazán! -dijeron los jóvenes, mientras se divertían en el prado- ¿Por qué te quedas ahí mirándonos sin hacer nada, apoyado en esa roca que tienes detrás? ¡Ven a jugar con los demás! ¡Arrojemos juntos el tejo!»
El perezoso Kwasind no contestó, no respondió a su desafío; simplemente se levantó y, dándose la vuelta poco a poco, agarró entre sus manos la enorme roca, la arrancó de su profundo cimiento, la sostuvo en el aire un instante y la arrojó al fondo del río, al fondo del impetuoso Pauwating, donde todavía se la puede ver en verano.
En una ocasión en que Kwasind navegaba con sus compañeros por este espumeante río, por los rápidos del Pauwating, vio en la corriente a un castor, vio a Ahmeek, el Rey de los Castores, que luchaba contra la impetuosa corriente y que tan pronto emergía como se hundía en el agua.
Sin decir palabra y sin vacilar, Kwasind se echó al río, se sumergió en las hirvientes aguas, y fue tras el castor entre los remolinos, lo siguió entre las isletas, y estuvo tanto tiempo debajo del agua, que sus horrorizados compañeros exclamaron: «¡Ay! ¡Adiós, Kwasind! ¡No volveremos a ver a Kwasind!» Pero éste reapareció triunfante, llevando sobre sus hombros relucientes, muerto y chorreando, al Rey de todos los Castores.
Y estos dos, como os he dicho, eran los amigos de Hiawatha: Chibiabos, el músico, y Kwasind, el muy fuerte. Vivieron juntos en paz durante mucho tiempo, hablando con el corazón en la mano, meditando mucho y discurriendo mucho sobre cómo podrían hacer prosperar a las tribus de los hombres.

VII

LA NAVEGACION DE HIAWATHA

«¡Dame tu corteza, abedul! ¡Dame tu corteza amarilla, abedul, que creces junto al impetuoso río, que te levantas alto y majestuoso en el valle!
Yo me construiré una canoa ligera, una veloz Cheemaun para navegar, que irá por el río como una hoja amarilla en otoño, como un amarillo nenúfar.
¡Despójate de tu manto, abedul! ¡Despójate de tu envoltura de piel blanca, pues llega el verano y el sol calienta en el cielo, y no necesitas ninguna envoltura de blanca piel!»
Así dijo en voz alta Hiawatha en el solitario bosque, junto al impetuoso Taquamenaw. Los pájaros cantaban alegremente, cantaban durante la Luna de las Hojas; y el sol, despertando de su sueño, se levantó de un salto y dijo: «¡Contempladme! ¡Contemplad a Gheezis, el gran Sol!»
Y el árbol, meciendo sus ramas en la brisa de la mañana, dijo, con un suspiro de resignación: «¡Coge mi manto, Hiawatha!»
Este, con su cuchillo, hizo una incisión circular en la corteza del árbol; cortó justo por debajo de sus ramas más bajas, justo por encima de las raíces, hasta que la savia rezumó al exterior. De arriba abajo del tronco, partió la corteza en dos, la levantó con una cuña de madera y la quitó del tronco sin romperla.
«¡Dame tus ramas, cedro! ¡Dame tus fuertes y flexibles ramas, para hacer más segura mi canoa, para que bajo el peso de mi cuerpo sea más firme y más fuerte!»
Un rumor, un grito de horror, un murmullo de resistencia recorrieron la copa del cedro, pero éste, doblándose hacia el suelo, dijo muy bajo: «¡Coge mis ramas, Hiawatha!»
Éste cortó las ramas del cedro y las transformó inmediatamente en una armazón: le dio la forma de dos arcos, de dos arcos doblados juntos.
«¡Dame tus raíces, Tamarack! ¡Dame tus nervudas raíces, alerce, para que pueda atar mi canoa, para atar los dos extremos, a fin de que no penetre el agua, de que el río no me moje!»
Y el alerce, temblando con todas sus fibras en el aire de la mañana, le tocó la frente con sus piñas y dijo, con un largo suspiro de pesar: «¡Cógelas todas, Hiawatha!»
Éste arrancó de la tierra las correosas raíces del alerce, cosió estrechamente la corteza y la sujetó firmemente a la armazón.
«¡Dame tu bálsamo, abeto; tu bálsamo y tu resina, para cerrar las costuras a fin de que no penetre el agua, de que el río no me moje!»
Y el abeto, alto y sombrío, sollozó a través de todos sus mantos de oscuridad, resonó como una playa de guijarros y respondió, llorando: «¡Coge mi bálsamo, Hiawatha!»
Y éste cogió las lágrimas de bálsamo, cogió la resina del abeto, y untó con ellas todas las costuras y fisuras, hizo estanca toda grieta.
«¡Dame tus púas, erizo! ¡Dame todas tus púas, oh Kagh el Erizo! Haré un collar con ellas, haré un cinto para mi bella, y dos estrellas para adornar su pecho.»
Desde el hueco de un árbol, el erizo le miró con sus ojos adormilados y disparó sus relucientes púas, como flechas, diciendo con un soñoliento murmurio, a través de la maraña de sus bigotes: «¡Coge mis púas, Hiawatha!»
Y éste recogió del suelo todas las púas, las pequeñas y relucientes flechas, y las pintó de rojo, azul y amarillo con el jugo de raíces y bayas. Y las incorporó a su canoa, brillante cinto en torno a su talle, reluciente collar en torno a su proa; en su pecho, dos estrellas resplandecientes.
Así fue construida la Canoa de Abedul, en el valle, junto al río, en el corazón del bosque. En ella latía toda la vida del bosque, todo su misterio y su magia; la ligereza del

abedul) la dureza del cedro, los flexibles tendones del alerce. Y se deslizó sobre las aguas del río, como una hoja amarilla en otoño, como un amarillo nenúfar.
Remos no tenía Hiawatha, ni tampoco los necesitaba, pues sus pensamientos le servían de remos y sus deseos. de timón. Aprisa o despacio, a voluntad se deslizaba, y a derecha o izquierda a voluntad viraba.
Entonces llamó a gritos a su amigo Kwasind el fuerte y le dijo: «¡Ayúdame a desembarazar este río de los troncos hundidos y de los bancos de arena!»
Y Kwasind se lanzó al agua como si fuera una nutria, se zambulló como si fuera un castor. Se puso de pie en el agua, que le llegaba a la cintura, luego hasta las axilas, y nadó y voceó en el río, tirando fuerte de todos los troncos y las ramas sumergidos. Con las manos sacó los bancos de arena; con los pies, el cieno y las algas.
Y así pudo navegar nuestro Hiawatha por el impetuoso Taquamenaw.
Navegó por sus recodos y sus meandros, por sus aguas profundas y sus bajíos, mientras su amigo, Kwasind el fuerte, atravesaba a nado los lugares profundos, vadeaba los bajos.
Arriba y abajo del río fueron los dos, navegando entre sus isletas.
Limpiaron su lecho de raíces y arena, extrajeron los árboles muertos de su cauce, dejaron el camino expedito, haciendo un sendero para su pueblo, desde su manantial en las montañas hasta las aguas del Pauwating, hasta la bahía de Taquamenaw.

VIII

LA PESCA DE HIAWATHA

Hiawatha salió, solo y alborozado, en su canoa de abedul, al Gitche Gumee, a la reluciente Agua Grande, con su sedal de cedro, de corteza retorcida de cedro; salió para atrapar al esturión Nahma, Mishe-Nahma, el Rey de los Peces.
Podía ver a los peces nadar en las profundidades a través de las claras y transparentes aguas. Vio a la perca dorada, la Sahwa, como un rayo de sol en el agua, y vio al Shawgashee, el ástaco, igual que una araña en el fondo, en el blanco y arenoso fondo.
Hiawatha estaba sentado en la popa, con su sedal de cedro. La brisa de la mañana jugueteaba con sus plumas como lo hace con las ramas del abeto. En la proa, con la cola levantada, estaba sentada la ardilla, Adjidaumo; y la brisa de la mañana jugueteaba con su pelo como lo hace con la hierba de la pradera.
Sobre la arena blanca del fondo yacía el monstruo, Mishe-Nahma, yacía el esturión, Rey de los Peces. Respiraba por sus agallas; con sus aletas aventaba el fondo arenoso; con su cola barría el lecho de arena.
Yacía allí revestido con toda su armadura. En cada costado un escudo lo protegía; en la frente tenía placas de hueso; placas de hueso de las que sobresalían púas revestían sus costados y su dorso. Llevaba sus pinturas de guerra, franjas de amarillo, rojo y azul, manchas pardas y negras. Y yacía allí en el fondo, agitando sus aletas de color púrpura, cuando pasó sobre él Hiawatha en su canoa de abedul, con su sedal de cedro.
«¡Muerde mi cebo! -gritó Hiawatha a las profundidades- ¡Muerde mi cebo, Nahma el Esturión! ¡Sal a la superficie y veamos quién es el más fuerte!»
Y hundió su sedal de cedró a través de las claras y transparentes aguas, esperando en vano una respuesta. Mucho rato esperó, sentado, una respuesta, repitiendo cada vez más fuerte: «¡Muerde mi cebo, Rey de los Peces!»
Tranquilo yacía el esturión, Nahma, agitando lentamente las aletas dentro del agua, mirando a Hiawatha y oyendo sus voces y su clamor, su innecesario alboroto. Hasta que se cansó de tanto grito y dijo entonces al Kenozha, el lucio, el Maskenozha: «¡Muerde el cebo de ese grosero, rompe el sedal de Hiawatha!»
Hiawatha sintió cómo el sedal daba una sacudida y se tensaba entre sus dedos; y cuando lo recogía, éste dio un estirón tan fuerte, que la canoa de abedul quedó de punta en el agua, como un tronco de abedul, con la ardilla, Adjidaumo, encaramada y dando brincos en su proa alzada.
Hiawatha se llenó de desdén cuando vio emerger al pez, cuando vio al lucio, el Maskenozha, que se acercaba cada vez más a él. Y gritó a través del agua: «¡Esa! ¡Bah! ¡Tú no eres más que el lucio, Kenozha, no eres el pez que yo quiero! ¡No eres el Rey de los Peces!»
Retrocediendo hacia el fondo, se sumergió el lucio, avergonzado. Y el poderoso esturión, Nahma, le dijo entonces a Ugudwash, el peje-sol, al sargo, de escamas carmesí: «¡Muerde el cebo de ese gran fanfarrón, rompe el sedal de Hiawatha!»
Y el Ugudwash, el peje-sol, subió lentamente a la superficie, titubeante, reluciente. Agarró el sedal de Hiawatha, se cargó con todo su peso sobre él, formó un remolino en el agua e hizo girar la canoa una y otra vez sobre sí misma, en gorgoteante remolino, hasta que los círculos del agua alcanzaron las lejanas playas de arena, hasta que los lirios y los juncos se inclinaron en las lejanas riberas.
Pero cuando Hiawatha lo vio, subiendo lentamente desde el fondo, elevando su refulgente disco, le gritó con desdén: «¡Esa! ¡Bah! ¡Tú eres Ugudwash, el peje-sol, no eres el pez que yo quiero! ¡No eres el Rey de los Peces!»

Al fondo volvió lentamente, titubeante, reluciente, el Ugudwash, el peje-sol, y de nuevo oyó el esturión, Nahma, el grito de Hiawatha, de nuevo oyó su desafío, el innecesario alboroto, que resonaba a través del agua.
De la blanca arena del fondo se levantó con gesto airado, con nervio estremecido, batiendo las planchas de su armadura, reluciente con sus pinturas de guerra. Hecho una furia, se lanzó hacia arriba, emergió a la luz del sol como un relámpago, abrió sus enormes fauces y se tragó la canoa y a Hiawatha.
Y al interior de esa oscura caverna se precipitó el temerario Hiawatha, como un tronco caído en un negro río se precipita por los rápidos. Se encontró en una oscuridad total, y fue tanteando, impotente y asombrado, hasta que encontró un gran corazón que palpitaba en aquella completa oscuridad.
Y golpeó con el puño, con rabia, el corazón de Nahma, y notó cómo se estremecían todas las fibras del poderoso Rey de los Peces, oyó cómo el agua gorgoteaba a su alrededor mientras éste saltaba y se tambaleaba bajo ésta angustiado, y débil y fatigado.
Entonces atravesó Hiawatha su canoa de abedul para asegurarse de que, con la confusión y el alboroto, no fuese arrojado por las fauces de Nahma y pereciese.
Y la ardilla, Adjidaumo, brincaba y parloteaba muy alegre, y se afanó y se esforzó junto con Hiawatha remolcando la canoa hasta que se completó el trabajo. Entonces le dijo Hiawatha: «¡Oh amiga mía, mi pequeña ardilla! Has trabajado denodadamente para ayudarme, recibe ahora el reconocimiento de Hiawatha y el nombre que él te da; pues desde ahora y para siempre los niños te llamarán Adjidaumo, «Cola-en-Alto», así te llamarán los chiquillos.»
Y de nuevo el esturión, Nahma, boqueó y se revolvió dentro del agua; luego, se quedó quieto y fue llevado por la corriente hacia tierra, hasta que encalló en los guijarros. Y el atento Hiawatha lo oyó encallar en la ribera, lo sintió varar en los guijarros; y supo que Nahma, el Rey de los Peces, yacía allí muerto en la orilla.
Oyó entonces un estruendoso batir de alas, como si se congregaran numerosas aves, oyó chillidos y confusión, como de aves de presa peleando. Vio brillar en lo alto un rayo de luz, que atravesaba las costillas de Nahma, y vio los ojos rutilantes de unas gaviotas, de KayoshkJ que le observaban por la abertura. Y oyó que se decían unas a otras: «¡Ese es nuestro hermano Hiawatha!»
Y él gritó desde su encierro, gritó alborozado desde la caverna: «¡Oh gaviotas! ¡Oh hermanas mías! He dado muerte al esturión, a Nahma. ¡Abrid un poco más las hendeduras, ensanchad las aberturas con vuestras garras y liberad me de esta oscura prisión! y de ahora en adelante y para siempre, los hombres hablarán de vuestras proezas, y os llamarán Kayoshk, las gaviotas, sí, Kayoshk, las Nobles Arañadoras.»
Y las salvajes y alborotadoras gaviotas, trabajando con los picos y las garras, ensancharon las hendeduras y las aberturas en las poderosas costillas de Nahma, y liberaron a nuestro Hiawatha de peligro y de cautiverio; lo liberaron del cuerpo del esturión y del peligro del río.
De pie junto a su wigwam, en la orilla del río, Hiawatha llamó a la vieja Nokomis, llamó e hizo señas a Nokomis, señalando al esturión, a Nahma, que yacía sin vida sobre los guijarros y era presa de las gaviotas.
«¡He dado muerte al Mishe-Nahma, he acabado con el Rey de los Peces! -dijo- Mira, las gaviotas se lo están comiendo; sí, mis amigas Kayoshk, las gaviotas. No las ahuyentes, Nokomis, me han salvado de un gran peligro en el interior del cuerpo del esturión. Espera hasta que hayan terminado su festín, hasta que sus garras se sacien, y regresen entonces volando, al anochecer, hacia su hogar, hacia sus nidos en los marjales. Luego, trae todas las cazuelas y marmitas y prepáranos aceite para el invierno.»

Y ella esperó hasta que el sol se puso, hasta que la pálida luna, el sol nocturno, brilló sobre las tranquilas aguas, hasta que las Kayoshk, las saciadas gaviotas se alzaron ruidosas de su festín y se fueron volando a través del encendido crepúsculo, camino de lejanas islas, de sus nidos entre los juncos.

Y Hiawatha se fue a dormir y Nokomis a su tarea, trabajando pacientemente a la luz de la luna hasta que ésta y el sol cambiaron de sitio y el cielo enrojeció con la aurora, y las Kayoshk, las hambrientas gaviotas, llegaron de sus islas cubiertas de cañas, ruidosas, para su festín matinal.

Tres días enteros con sus noches se alternaron la vieja Nokomis y las gaviotas para quitarle la oleosa carne a Nahma, hasta que las olas lamieron las descarnadas costillas y las gaviotas no volvieron, y sobre la arena sólo quedó el esqueleto de Nahma.

IX

HIAWATHA Y EL GRAN PLUMA-PERLADA

En las playas del Gitche Gumee, de la reluciente Agua Grande, estaba Nokomis, la anciana. Señalaba con el dedo, por encima del agua, hacia el oeste, hacia las nubes color púrpura del ocaso.
El rojo sol, descendiendo, encendía su curso por los cielos, inflamaba el espacio tras de sí, como hacen las expediciones guerreras, que, al retirarse, incendian las praderas en su sendero de la guerra. Y la luna, el sol nocturno, saliendo de repente de su emboscada, al oriente, seguía veloz esas huellas de sangre, seguía ese furioso sendero de guerra, que proyectaba su brillo sobre su faz.
Y Nokomis, la anciana, señalando con el dedo hacia el oeste, dijo estas palabras a Hiawatha:
«Allá a lo lejos habita el gran Pluma-Perlada, Megissogwon, el mago, Manitú de la Salud y del Wampum, custodiado por sus feroces serpientes, guardado por la negra agua de brea. Puedes ver a sus feroces serpientes, las Kenabeek, las grandes serpientes, retorciéndose y jugando en el agua; puedes ver la negra agua de brea, que se extiende hasta muy lejos, hasta las nubes purpúreas del ocaso.
»Fue él quien mató a mi padre, con sus malas artes, cuando bajó de la luna, cuando bajó a la tierra a buscarme. El, el más poderoso de los magos, envía las fiebres desde las ciénagas, manda los vapores pestilentes, los efluvios venenosos; manda la niebla blanca desde los pantanos, siembra la enfermedad y la muerte entre nosotros.
»Coge tu arco, oh Hiawatha, coge tus flechas, de punta de jaspe, coge tu maza de guerra, Puggawaugun, y tus mitones, Minjekahwun; coge tu canoa de abedul para navegar, y el aceite de Mishe-Nahma, a fin de untar sus costados para que puedas cruzar más rápido por la negra agua de brea.
»¡Mata a ese despiadado mago, libra al pueblo de las fiebres que él exhala a través de los pantanos, y venga el asesinato de mi padre!»
Al punto nuestro Hiawatha se armó con todo su equipo de guerra, botó su canoa, dándole palmaditas en los costados mientras decía, alegre:
«¡Mi querida Cheemaun, mi canoa de abedul, salta hacia adelante, hacia donde veas las feroces serpientes, donde veas la negra agua de brea!»
Y hacia adelante saltó Cheemaun con alborozo, y el noble Hiawatha cantó su canción de guerra salvaje y triste, y sobre su cabeza el águila guerrera, la Keneu, la gran águila guerrera, la señora de todas las aves, chillaba y daba vueltas en el cielo.
Pronto llegó Hiawatha a donde estaban las feroces serpientes, enorme masa que flotaba, reluciente, formando ondas en el agua, enroscadas a lo ancho del paso, con sus brillantes crestas levantadas, exhalando ardientes nieblas y vapores, para que nadie pudiese ir más allá.
Pero el intrépido Hiawatha gritó fuerte, y habló de esta suerte: «¡Dejadme seguir mi camino, Kenabeek, dejad me proseguir mi viaje!» y ellas respondieron, silbando ferozmente; con su feroz aliento dieron respuesta: «¡Atrás, vuelve atrás, Shaugodaya! ¡Vuelve con la vieja Nokomis, cobarde!»
Entonces, el airado Hiawatha agarró su fuerte arco de fresno, cogió sus flechas de punta de jaspe y las disparó raudas entre las serpientes. Cada vibración de la cuerda del arco era un grito de guerra y un grito de muerte, cada zumbido de una flecha era una canción de muerte de una Kenabeek.

Revolcándose en la ensangrentada agua, murieron todas las feroces serpientes, y por en medio de ellas pasó Hiawatha en su canoa, ileso, y gritó regocijado: «¡Adelante, mi querida Cheemaun! ¡Adelante hacia la negra agua de brea!»
Entonces, tomó aceite de Nahma y untó la proa y los costados de la canoa, los embadurnó bien con aceite, a fin de que pudiera atravesar rápidamente la negra agua de brea.
Durante toda la noche la surcó, navegó por las perezosas aguas, cubiertas de un mantillo de siglos y negras por la putrefacción de los juncos, de olor fétido debido a las hojas de lirios, estancadas, sin vida, tristes, tétricas, iluminadas por la trémula luz de la luna y por fuegos fatuos, fuegos encendidos por espíritus de hombres muertos en sus campamentos nocturnos.

La luz de la luna comunicaba al aire una tonalidad blancuzca las sombras volvían más negra el gua; y alrededor de Hiawatha, el Suggem, el mosquito, cantaba su canción de guerra, las luciérnagas, las Wah-wah-taysee, agitaban sus antorchas para despistarlo; y la rana, la Dahinda, sacó la cabeza a la luz de la luna, clavo sus ojos amarillos en el sollozo y se sumergió.
Y al cabo de un momento un millar de silbidos respondieron desde todos los rincones del pantano, y la garza, la Shuh-shuh-gah, en la distante orilla cubierta de cañas, anunció la llegada del héroe.
Así navegó Hiawatha hacia el oeste, hacia los dominios de Megissogwon, las tierras del Pluma-Perlada, hasta que la luna, a flor del agua, le miró al rostro pálida y macilenta, hasta que el sol abrasó a sus espaldas y le quemó en los hombros. Entonces, ante él, en la meseta, vio el Wigwam Reluciente del Manitú del Wampum, del más poderoso de los magos.
Una vez más Hiawatha dio unas palmaditas a Cheemaun, a su canoa de abedul, y le dijo: «¡Adelante!» y todas las fibras de ésta se estremecieron y, con un fuerte brinco de triunfo, saltó entre los nenúfares, saltó por entre lirios y juncos enmarañados, y en la playa que había una vez pasados éstos desembarcó Hiawatha a pie enjuto.
Al punto cogió éste su arco de fresno, apoyó un extremo del mismo en la arena, presionó el centro con la rodilla, tensó más la fiel cuerda del arco, cogió una flecha de punta de jaspe y la disparó al Wigwam Reluciente, la mandó zumbando en calidad de heraldo, como portador de su mensaje, de su desafío fuerte y altivo: «¡Sal de tu cabaña, Pluma-Perlada! ¡Hiawatha te espera!»
Inmediatamente salió del Wigwam Reluciente el poderoso Megissogwon, alto de estatura, de anchas espaldas y aspecto sombrío y terrible.
Vestía de la cabeza a los pies con wampum, iba armado con todas sus armas de guerra, e iba pintado como el cielo matinal, con franjas de color carmesí, azul y amarillo, con un penacho de grandes plumas de águila, que ondeaban hacia arriba y hacia atrás.
«¡Te conozco bien, Hiawatha! -gritó con voz de trueno y tono de burla- ¡Vuelve atrás a toda prisa! ¡Regresa corriendo con las mujeres, con la vieja Nokomis, cobarde! ¡Te mataré en el mismo sitio donde estás, como antaño maté a su padre!»
Pero nuestro Hiawatha respondió sin intimidarse, sin miedo alguno: «¡Las bravatas no golpean como las mazas de guerra, la jactancia no es una cuerda de arco, la mofa no es tan aguda como las flechas: mejor son los hechos que las palabras, las acciones son más fuertes que las baladronadas!» ,
Y entonces dio comienzo el mayor combate que el sol hubiera jamás presenciado, que nunca vieran las aves de guerra. Duró todo un día de verano, desde el amanecer hasta el anochecer, pues los dardos de Hiawatha golpeaban sin causar mella en la camisa de wampum, como tampoco la causaban los golpes que descargaba con sus mitones,

Minjekahwun, o con su pesada maza de guerra. Ésta podía hacer pedazos las rocas, pero no podía romper las mallas de esa mágica camisa de wampum.
Hasta que, al ocaso, Hiawatha, apoyándose en su arco de fresno, herido, fatigado y abatido, con su poderosa maza de guerra rota, sus mitones hechos jirones y sólo tres flechas inservibles, se detuvo para descansar bajo un pino, por cuyas ramas trepaba el musgo y cuyo tronco estaba recubierto con la piel de mocasín del Hombre-Muerto, el hongo blanco y amarillo.
De repente, en las ramas del pino, cantó el Mama, el pájaro carpintero: «¡Dirige tus flechas, oh Hiawatha, a la cabeza de Megissogwon, alcanza el mechón de cabellos que la cubre, da en las raíces de sus largos cabellos negros; sólo ahí puede ser herido!»
Emplumada y con su punta de jaspe, veloz partió la flecha de Hiawatha justo en el instante en que Megissogwon, inclinándose, agarraba una gruesa piedra para arrojársela. Le dio justo en la coronilla, en la raíz de sus largos cabellos, y Megissogwon se tambaleó, cayendo como un bisonte herido, sí, como Pezhekee el bisonte cuando la pradera se halla cubierta de nieve.
Más veloz voló aún la segunda flecha, por el mismo camino que la anterior, penetrando más hondo aún que la primera, hiriendo más gravemente que ella. Y las rodillas de Megissogwon temblaron como juncos al viento, se doblaron y estremecieron como éstos.
Pero la tercera y última flecha voló todavía más rápido, e hirió más gravemente aún. Y el poderoso Megissogwon vio los ojos de fuego de Pauguk, vio los ojos de la muerte clavados en él, y oyó su voz llamarle en la oscuridad.
A los pies de Hiawatha quedó tendido sin vida el gran Pluma-Perlada, el más poderoso de los magos.
Entonces el agradecido Hiawatha llamó a Mama, el pájaro carpintero, posado en las ramas del melancólico pino, y, en honor de su servicio, tiñó con sangre el copete de plumas de la cabecita de Mama; y todavía hoy lo lleva, lleva el copete de plumas carmesí, como símbolo de su servicio.
Luego Hiawatha le quitó a Megissogwon la camisa de wampum como trofeo de combate, como signo de su victoria. Dejó el cuerpo en la playa, mitad en el agua, mitad en la tierra: los pies enterrados en la arena, y el rostro, en el agua. Y, en lo alto, describía círculos y gritaba la Keneu, la gran águila guerrera, volando en círculos cada vez más estrechos, cerniéndose cada vez más cerca.
Hiawatha se llevó del wigwam todos los tesoros de Megissogwoll, toda su riqueza en pieles y wampum: pieles de bisonte y de castor, de marta y de armiño; cinturones, collares y zurrones de wampum, aljabas adornadas con cuentas de wampum, llenas de flechas con puntas de plata.
A casa regresó entonces Hiawatha, regocijado, regresó a casa navegando por la negra agua de brea, pasando por en medio de los cuerpos amontonados de las serpientes, con los trofeos del combate, con una canción de victoria.
En la playa esperaban la llegada del héroe la vieja Nokomis, Chibiabos y Kwasind el fuerte, escuchando sus cantos de victoria. Y las gentes del poblado lo recibieron con canciones y danzas, lo agasajaron con un alegre banquete y gritaron: «¡Honor a Hiawatha! ¡Ha matado al gran Pluma-Perlada, al más poderoso de los magos, el que nos mandaba las ardientes fiebres y la niebla blanca desde los pantanos, el que sembraba entre nosotros la enfermedad y la muerte!»
Siempre caro para Hiawatha fue el recuerdo de Mama. Y como muestra de su amistad y en señal de su recordación, adornó el cañón de su pipa con el copete de pluma carmesí, con la cresta de color rojo de sangre de Mama. Pero las riquezas de Megissogwon, todos

los trofeos del combate, éstos los compartió con su pueblo, los repartió equitativamente entre ellos.

X

EL GALANTEO DE HIAWATHA

«Así como la cuerda es para el arco, lo mismo es la mujer para el hombre; aunque lo dobla, le obedece, aunque lo atrae, no obstante le sigue. ¡De nada sirve el uno sin el otro!» Así se decía Hiawatha, reflexionando en su corazón, agitado por sentimientos diversos: indiferencia, anhelo, esperanza, temor, pensando todavía en Minnehaha, la hermosa Agua-que-ríe de la tierra de los dakotas.

«¡Cásate con una muchacha de tu pueblo! -le aconsejaba la vieja Nokomis- ¡No vayas al este, no vayas al oeste en busca de una extranjera que no conocemos! Como la lumbre del hogar es la hacendosa hija de un vecino, como la luz de la luna o de las estrellas es la más bella de las forasteras.»

Así hablaba Nokomis con la esperanza de disuadirle, pero nuestro Hiawatha respondió sólo esto: «¡Querida vieja Nokomis, muy agradable es la lumbre del hogar, pero prefiero la luz de las estrellas, prefiero la luz de la luna!»

Dijo entonces la vieja Nokomis, con tono preocupado: «¡No traigas aquí a una holgazana, no traigas aquí a una mujer que no sirva para nada, de manos torpes, de pies mal dispuestos; trae una esposa con dedos ligeros, corazón y manos que se muevan de concierto, pies diligentes para hacer los mandados!»

Y Hiawatha, sonriendo, contestó: «En la tierra de los dakotas vive la hija del flechero, llamada Minnehaha, Agua-que-ríe, la más bella de las mujeres. La traeré a tu wigwam y ella hará diligente tus mandados: será tu luz de luna, de las estrellas, del fuego del hogar. Será el sol de mi pueblo.»

Todavía con ánimo de disuadirle, añadió Nokomis: «¡No traigas a mi cabaña una extranjera de la tierra de los dakotas! Son muy fieros los dakotas. A menudo se encienden guerras entre ellos y nosotros, y existen odios de sangre que no se han olvidado, heridas que duelen y que pueden volver a abrirse.»

Y Hiawatha, riendo, respondió: «Por esa razón, si otra no hubiera, me casaría con la bella dakota: para que nuestras tribus se unieran, para que los antiguos odios fueran olvidados y las viejas heridas cicatrizaran para siempre.»

Y diciendo esto, Hiawatha se encaminó a la tierra de los dakotas, la tierra de las bellas mujeres, andando a grandes zancadas por páramos y praderas, atravesando bosques interminables, en medio de un silencio constante.

Calzado con sus mocasines mágicos, a cada zancada recorría una milla. Sin embargo, el camino se le hacía largo y su corazón corría más que sus pies. Y viajó sin descanso hasta oír la risa de la catarata, hasta oír las Cascadas de Minnehaha que le llamaban a través del silencio. «Agradable es el sonido -musitó él-, agradable es la voz que me llama.»

En las lindes del bosque, entre el sol y la sombra, pacían manadas de gamos, que no vieron a Hiawatha. A su arco murmuró éste: «¡No falles!».

Y a su flecha le susurró: «¡No te desvíes!» Lanzó la flecha silbando a hacer su mandado, directa al rojo corazón del macho. Se cargó luego éste al hombro y prosiguió su camino sin detenerse.

El viejo flechero estaba sentado a la puerta de su wigwam, en la tierra de los dakotas, haciendo puntas de flecha de jaspe y de calcedonia. A su lado, radiante de belleza, estaba sentada la encantadora Minnehaha, su hija Agua-que-ríe, trenzando esteras de junco. Los pensamientos del anciano se ocupaban del pasado, los de la joven del futuro.

El primero pensaba, sentado allí, en los días en que con flechas como aquéllas había cazado al ciervo y el bisonte, en el Muskoday, el prado; en que había alcanzado al vuelo al ganso salvaje, el ruidoso Wawa, que volaba hacia el sur a lomos del viento. Pensaba en las grandes expediciones guerreras que venían a comprarle las flechas, pues no podían combatir sin ellas. ¡Ay, ya no era posible encontrar en la tierra nobles guerreros como aquellos! Ahora los hombres eran todos como mujeres: ¡Su única arma era la lengua!

La muchacha pensaba en un cazador de otra tribu, de otro país, joven, alto y bien parecido, que una mañana de primavera había ido a comprarle flechas a su padre, se había sentado a descansar en el wigwam, se había demorado en la entrada v había mirado hacia atrás al partir. Ella había oído a su padre alabar a aquel joven, elogiar su valor y su prudencia. ¿Volvería por más flechas a las Cascadas de Minnehaha? Sus manos descansaban ociosas sobre la estera y tenía los ojos entornados, soñadores.

En medio de sus pensamientos, oyeron una pisada, un crujido entre las ramas. Y de improviso, saliendo del arbolado, se apareció ante ellos, Hiawatha, con el venado en los hombros y las mejillas y la frente coloradas.

Al punto levantó la vista de su trabajo el anciano flechero con expresión grave, puso a su lado la flecha sin terminar y le rogó que entrara, diciendo, mientras se levantaba para recibirle: «¡Bienvenido, Hiawatha!»

Hiawatha depositó su carga a los pies de Agua-que-ríe, descargó el ciervo rojo que llevaba en los hombros; y la joven levantó los ojos de su estera de juncos y lo miró, y dijo con una dulce mirada y una voz suave: «¡Bienvenido, Hiawatha!»

El wigwam era muy espacioso. Estaba hecho de pieles de ciervo adobadas y blanqueadas, en las que estaban dibujados y pintados los dioses de los dakotas; y la entrada era tan alta, que Hiawatha apenas tuvo que agacharse para entrar, sus plumas de águila casi no rozaron.

Entonces se levantó Agua-que-ríe, se alzó del suelo la bella Minnehaha, dejó a un lado la estera sin terminar, trajo comida y la puso delante de ellos, y les trajo agua del arroyuelo. Les sirvió comida en vasijas de barro, les dio de beber en cuencos de madera de tilo. Escuchó mientras hablaba el invitado, escuchó cuando respondía su padre, pero no despegó los labios ni una sola vez, no pronunció una sola palabra.

En efecto, ella escuchó, como en un sueño, las palabras de Hiawatha cuando éste habló de la vieja Nokomis, que lo había criado en su infancia, cuando habló de sus compañeros, Chibiabos el músico y Kwasind el fuerte; y de la felicidad y abundancia de la tierra de los ojibways, tan amena como pacífica.

«Después de muchos años de guerras, de enemistad y de derramamiento de sangre, reina la paz entre los ojibways y la tribu de los dakotas», prosiguió Hiawatha; y luego añadió, hablando muy despacio: «¡A fin de que esta paz dure eternamente, que nuestras manos se estrechen más fuertemente y nuestros corazones estén más unidos, dad me por esposa a esta doncella, a Minnehaha, Agua-que-ríe, la más bella de las mujeres dakotas!»

Y el anciano guerrero hizo una pausa antes de responder, fumó un poco en silencio, mientras miraba a Hiawatha con orgullo ya Agua-que-ríe con ternura, y respondió gravemente: «Te la doy, Hiawatha, si Minnehaha así lo desea. ¡Que hable tu corazón, Minnehaha!»

Y la hermosa Agua-que-ríe pareció más hermosa aún cuando se puso de pie y, acercándose sin apresuramiento ni vacilación a Hiawatha, se sentó delicadamente a su lado y dijo, ruborizándose: «¡Te seguiré, esposo mío!»

Éste fue el galanteo de Hiawatha. Así obtuvo a la hija del anciano flechero, en la tierra de los dakotas.

Se alejó del wigwam llevando consigo a Agua-que-ríe. Se fueron los dos cogidos de la mano por bosques y prados, dejando al anciano solo a la puerta de su wigwam. Y oyeron las Cascadas de Minnehaha que les llamaban desde la lejanía, que les gritaban desde muy lejos: «¡Adiós, Minnehaha! ¡Adiós!»

Y el anciano flechero volvió a su trabajo. Se sentó al sol, a la puerta de su cabaña, murmurando para sí y diciendo: «¡Así es como nos dejan nuestras hijas, aquellas a las que amamos, aquellas que nos aman! Cuando han aprendido a ayudarnos, cuando, en nuestra vejez, nos apoyamos en ellas, llega un joven con ostentosas plumas, con su flauta de caña; llega un extranjero que va por la aldea tocando la flauta, hace una seña a la doncella más hermosa, y ésta le sigue adonde él la conduzca, dejándolo todo por él. »

Agradable fue el viaje de regreso al hogar, atravesando bosques interminables, cruzando prados, montes, ríos, collados y cañadas. Corto se le hizo a Hiawatha, a pesar de que viajaban muy lentamente, pues él debía aminorar su paso para acomodarlo al de Agua-que-ríe. Cogía en brazos a la muchacha para cruzar los anchos e impetuosos ríos, y le parecía tan ligera como una pluma, como la pluma de su tocado; le desbrozaba el camino, apartando las ramas balanceantes; y por la noche construía una choza de ramas y un lecho de ramos de abeto, y encendía un fuego frente a la puerta con piñas secas.

Todos los vientos viajeros les acompañaron a través de los prados y bosques. Por la noche todas las estrellas los contemplaban, observándoles desveladas mientras ellos dormían. Desde su escondite en el roble les miraba furtivamente la ardilla, Adjidaumo; con ojos vivos observaba a los enamorados. Y el conejo, el Wabasso, se escapaba corriendo cuando ellos llegaban por el camino, y sentado sobre sus patas posteriores, observaba con curiosidad desde su madriguera a la pareja.

Agradable fue el viaje de regreso al hogar. Todos los pájaros cantaban fuerte y dulcemente canciones de felicidad y de sosiego. Cantaba el azulejo, el Owaissa: «¡Feliz eres tú, Hiawatha, de tener una esposa como ésa que te ama!» Cantaba el petirrojo, el Opechee: «¡Feliz eres tú, Agua-que-ríe, de tener a tan noble esposo! »

Desde el cielo, benigno, el sol los contemplaba por entre las ramas, diciéndoles: «¡Oh hijos míos, el amor es luz, el odio, oscuridad; la vida está tejida de luz y de sombra: gobierna con el amor, oh Hiawatha!»

Desde el cielo la luna los contemplaba, llenando la choza con esplendores místicos, y les susurraba: «¡Oh hijos míos, el día no conoce descanso, la noche es tranquila; el hombre es imperioso, la mujer, débil! La mitad me pertenece, aun cuando yo sólo sigo: ¡gobierna con la paciencia, oh Agua-que-ríe!»

Así se desarrolló su viaje de regreso a casa; así fue como Hiawatha llevó a la cabaña de la vieja Nokomis la luz de la luna, la de las estrellas, la del hogar; como llevó a su pueblo la luz del sol: Minnehaha, Agua-que-ríe, la más bella de las mujeres de la tierra de los dakotas, la tierra de las bellas mujeres.

XI

EL BANQUETE DE BODAS DE HIAWATHA

Os contaré ahora cómo bailó en la boda de Hiawatha Pau-Puk-Kee-wis, el bello Yenadizze; cómo cantó el tierno Chibiabos, el más dulce de los músicos, sus canciones de amor y de anhelo; y cómo Iagoo, el gran fanfarrón, el magnífico narrador, contó sus historias de extrañas aventuras, para que la fiesta fuera más alegre, pasara el rato más agradablemente y los convidados quedaran más satisfechos.
Suntuoso fue el banquete que preparó Nokomis en la boda de Hiawatha. T odas las escudillas eran de madera de tilo, blancas y bien pulidas; las cucharas, de cuerno de bisonte, negras y bien pulidas.
Mandó por todo el poblado a mensajeros portando ramas de sauce en señal de invitación, como indicación del banquete; y los convidados acudieron, ataviados con sus mejores galas: mantos de pieles y cinturones de wampum, espléndidos con sus pinturas y plumajes, bellos con sus abalorios y borlas.
Comieron primero el esturión, Nahma, y el lucio, el Maskenozha, pescado y cocinado por la vieja Nokomis; luego se regalaron con pemmican y tuétano de bisonte, pierna de venado y giba de bisonte, amarillas tortas de Mondamín y arroz silvestre del río.
Pero el generoso Hiawatha, la hermosa Agua-que-ríe y la prudente Nokomis no probaron los manjares que tenían delante; sólo sirvieron a los demás, sirvieron a sus convidados en silencio.
Y cuando todos los comensales hubieron terminado, la vieja Nokomis, enérgica y activa, sacó de una bolsa de piel de nutria tabaco de las tierras del sur mezclado con corteza de sauce rojo y hierbas y hojas aromáticas, y llenó con ello las pipas de piedra roja. Y luego dijo: «¡Oh Pau-Puk-Keewis baila para nosotros tus alegres danzas, baila la Danza del Mendigo para complacernos, para que la fiesta sea más alegre, pase el rato
De manera más agradable y nuestros convidados queden mas satisfechos!»
Entonces el apuesto Pau-Puk-Keewis, el perezoso Yenadizze, el divertido enredador al que la gente llamaba «Tormenta Loca», se levantó entre los convidados. Diestro era en juegos y pasatiempos, en la alegre danza de las raquetas de nieve, en el juego de los tejos y en el juego de pelota; hábil era en el juego de azar, en todos los juegos de destreza y de azar: Pugasaing, el juego del cuenco y las fichas, Kuntasoo, el juego de los huesos de ciruela.
Aunque los guerreros le llamaban medroso, le llamaban cobarde, Shaugodaya, holgazán, jugador, Yenadizze, poco caso hacía él de sus chanzas, poco le preocupaban sus insultos, pues las mujeres y las muchachas adoraban al guapo Pau-Puk-Keewis.
Vestía una camisa de piel de ante, blanca y suave, con orla de armiño, toda ella adornada con cuentas de wampum; llevaba polainas de gamuza, ribeteadas con púas de erizo y armiño, y mocasines de ante, recamados con púas y abalorios. En la cabeza llevaba un tocado de plumón de cisne; en los talones, rabos de zorras; en una mano llevaba un abanico de plumas, una pipa en la otra.
Rayas de color rojo y amarillo cruzaban el rostro de Pau-Puk-Keewis, rayas de color azul y de subido bermellón, que lo hacían resplandecer. Los cabellos le caían por la frente, lisos y partidos como los de las mujeres, relucientes de aceite, trenzados y con guirnaldas de hierbas olorosas, cuando se levantó el bello Pau-Puk-Keewis entre los convidados reunidos, a los sones de flautas y de canto, de tambores y de voces, y comenzó sus místicas danzas.

Primero bailó un compás solemne, muy pausado y comedido de ademán, moviéndose entre los pinos, entre las sombras y la luz, como una pantera. Luego fue más rápido, y después, más rápido todavía, girando muy deprisa, describiendo círculos, saltando por encima de los convidados reunidos, rodeando el wigwam como un remolino; hasta que las hojas se arremolinaron con él, hasta que el polvo y el aire trazaron juntos remolinos en torno suyo. Por último, danzó con frenesí por la arenosa ribera del lago, el Agua Grande, pateando fuerte y levantando nubes de arena; hasta que el viento se convirtió en un torbellino y llevó la arena de acá para allá, formando montones esparcidos por el paisaje, creando dunas en las playas, las Colinas de Arena del Nagow Wudjoo (6).
De este modo bailó el alegre Pau-Puk-Keewis su Danza del Mendigo para complacerles. Y, regresando a su sitio, se sentó riendo entre los convidados reunidos; se sentó y se abanicó tranquilamente con su abanico de plumas de pavo.
Entonces le dijeron a Chibiabos, el amigo de Hiawatha, el más dulce de los cantores, el mejor de los músicos: «¡Canta para nosotros, Chibiabos! Canta canciones de amor y de anhelo, para que la fiesta sea más alegre, pase el rato de modo más agradable y nuestros convidados queden más satisfechos.»
Y el bondadoso Chibiabos cantó con acentos dulces y tiernos, con acentos cargados de honda emoción, canciones de amor y canciones de anhelo. Mirando aún a Hiawatha, mirando a la bella Agua-que-ríe, cantó dulcemente, de esta guisa cantó:
«¡Onaway! ¡Despierta, amada mía!, tú, la flor silvestre del bosque, tú, el pájaro de la pradera, tú, la de los dulces ojos de cervato.
»Si por lo menos me mirases, sería feliz; sería feliz como los lirios del prado cuando sienten sobre sí el rocío.
»Perfumado es tu aliento, como la fragancia de las flores silvestres por la mañana, como su fragancia al atardecer, en la Luna de las hojas que caen.
»¿No salta toda mi sangre, no sale a tu encuentro saltando, como salta la primavera al encuentro del sol en la Luna de las noches más claras?
»¡Onaway! Mi corazón te canta, canta de alegría cuando tú estás cerca, como susurran y cantan las ramas en la grata Luna de las fresas.
»Cuando tú no estás contenta, amada, mi corazón se entristece y anubla, como se oscurece el brillante río cuando las nubes proyectan sus sombras sobre él.
»Cuando tú sonríes, amada, se alegra entonces mi afligido corazón, como centellean al sollos rizos que forma en el río el frío viento.
»Sonríe la tierra, sonríen las aguas, sonríen los cielos sin nubes sobre nuestras cabezas, pero yo pierdo la sonrisa cuando te apartas de mi lado.
»¡Mírame! ¡Mírame! ¡Sangre de mi corazón palpitante, mírame! ¡Despierta, ay, despierta, amada! ¡Onaway! ¡Despierta, amada! (7)»
Así cantó el tierno Chibiabos su canción de amor y de anhelo. Y Iagoo, el gran fanfarrón, el magnífico narrador, amigo de la vieja Nokomis, envidioso del dulce músico, envidioso del aplauso que le brindaron, creyó ver en los ojos que le rodeaban, en todos los gestos y miradas, que los convidados a la boda estaban impacientes por oír sus amenas historias, sus enormes mentiras.
Iagoo era muy jactancioso: no oía jamás una aventura, que no dijera haber corrido él otra mayor; nunca un acto de arrojo, que no afirmara haber realizado otro de mayor audacia; nunca una historia maravillosa, que no pudiera él contar otra más extraña. De dar crédito a sus jactancias, jamás había arrojado nadie una flecha tan lejos y tan alto como él; nadie había pescado tantos peces, ni abatido tantos venados, ni atrapado tantos castores. Nadie podía correr tan rápido como él, ni zambullirse tan profundo, ni nadar hasta tan lejos. Nadie había hecho tantos viajes, ni visto tantas maravillas, como este prodigioso Iagoo, este magnífico narrador.

De este modo, su nombre pasó a ser objeto de irrisión, motivo de guasa. Y si alguna vez un cazador se jactaba en demasía de su propia habilidad, o un guerrero, volviendo a casa, se gloriaba en exceso de sus hazañas, todos cuantos le oían gritaban: «¡Iagoo! ¡Ya tenemos aquí a Iagoo!»

Fue él quien labró la cuna del pequeño Hiawatha, quien la talló en madera de tilo y la reforzó con tendones de reno. Fue él quien, más adelante, le enseño a hacer sus arcos y flechas, a hacer los arcos de madera de fresno y las flechas de madera de roble.

Así pues, entre los convidados reunidos en la boda de nuestro Hiawatha, estaba Iagoo, viejo y feo, estaba el magnífico narrador. Y le dijeron:

«¡Buen Iagoo, cuéntanos una historia maravillosa, cuéntanos alguna extraña aventura, para que la fiesta sea más alegre, pase el rato de modo más agradable y nuestros convidados queden más satisfechos.»

Y Iagoo respondió inmediatamente: «Vais a oír una historia maravillosa, vais a escuchar las extrañas aventuras de Osseo el Mago, que descendió del Lucero de la Tarde.

XII

EL HIJO DEL LUCERO DE LA TARDE

¿Es acaso el sol que desciende sobre la lisa llanura del agua?, ¿o es el Cisne Rojo que se cierne volando, herido por la flecha mágica, y tiñe las ondas de carmesí, el carmesí de su sangre vital, llenando el aire de esplendor, el esplendor de su plumaje ?
Sí, es el sol que desciende, que se hunde en el agua. Todo el cielo se arrebola de púrpura, el agua se tiñe de carmesí. No, es el Cisne Rojo que se cierne, que se hunde en el agua. Sus alas están levantadas al cielo, su sangre enrojece las aguas (8).
En lo alto, el Lucero de la Tarde titila y se funde en el púrpura, suspendido en el crepúsculo. No, es una cuenta de wampum del manto del Gran Espíritu cuando éste atraviesa el crepúsculo, cuando cruza los cielos en silencio.
Con gozo contemplaba Iagoo este espectáculo, y dijo con prontitud: «¡Mirad! ¡Ved el sagrado Lucero de la Tarde! Os contaré una historia maravillosa. Oiréis la historia de Osseo, el hijo del Lucero de la Tarde.
» Una vez, en días ya olvidados, en edades más próximas al origen, cuando los cielos estaban más cerca de nosotros y los dioses nos eran más próximos, vivía en las tierras del Norte un cazador. Tenía diez hijas jóvenes y gentiles, altas y cimbreñas como ramas de sauce. La menor, Owenee, la voluntariosa y caprichosa, la doncella callada y soñadora, era sin embargo la más bella de todas.
»Nueve de estas mujeres se casaron con guerreros, se unieron con hombres bravos y arrogantes. Pero Owenee, la menor, se rió de sus pretendientes, de sus jóvenes y apuestos enamorados, los rechazó con menosprecio y se casó con el viejo Osseo, pobre y feo, quebrantado por la edad y débil de tanto toser, de toser siempre como una ardilla.
»Ah, pero era bello el espíritu que animaba a Osseo en su interior, que descendía de la Estrella de la Tarde, Estrella de Tarde, Estrella de la Mujer, estrella de ternura y de pasión. Todo el fuego de ésta brillaba en su interior; toda su belleza, en su espíritu; todo su misterio, en su ser; todo su esplendor, en su hablar .
» Y todos los pretendientes de Owenee, los rechazados, hombres apuestos con cinturones de wampum, con pinturas y plumas, la señalaban con el dedo en plan de mofa y se reían y chanceaban. Pero ella decía: "¡No hago caso de vosotros! No me dicen nada vuestros cinturones de wampum, ni vuestras pinturas y plumas. No me preocupan vuestras risas y chanzas: soy feliz con Osseo."
»En una ocasión, fueron invitadas todas las hermanas a un gran banquete. A través de la niebla y la oscuridad del anochecer iban las diez junto con sus maridos. Detrás caminaba, lentamente, el viejo Osseo, con la bella Owenee a su lado. Los demás charlaban animadamente, sólo ellos dos caminaban en silencio.
»Osseo tenía la mirada absorta en el cielo de poniente, como si implorara; se detenía a menudo y observaba implorante la trémula Estrella de la Tarde, la tierna Estrella de la Mujer. Y le oyeron decir en voz baja: "¡Ah, showain nemeshin, Nosa!, ¡Piedad! ¡Ten piedad de mí, padre mío!"
»"¡Escuchad! -dijo la hermana mayor- Le reza a su padre. ¡Qué lástima que ese viejo no tropiece en el camino y se rompa el cuello al caer!» y todos rieron hasta que el bosque entero resonó con su risa inconveniente.
»En su camino por el bosque se encontraron un roble atravesado. Desarraigado por las tormentas, estaba atravesado el tronco de un roble, medio enterrado entre hojas y musgo, pudriéndose, desmenuzándose, enorme y hueco.

» Y Osseo, al verlo, lanzó un grito, un grito de angustia, y penetró de un salto en su amplia caverna. Por un extremo entró un anciano, consumido, arrugado, viejo y feo; por el otro salió un hombre joven, alto, erguido, fuerte y bello.
»De este modo se transfiguró Osseo, así le fue devuelta la juventud y la belleza. Pero, ¡ay del bueno de Osseo y la fiel Owenee!, pues, misteriosamente, también ella se transfiguró. Transformada en una vieja decrépita, demacrada, arrugada y fea, caminaba, tambaleándose, apoyada en un bastón. Y las hermanas y sus maridos rieron hasta que el eco de sus risas inconvenientes resonó por todo el bosque.
»Pero Osseo no se apartó de ella. Caminó a su lado, con paso más lento, le cogió la mano, amarillenta y ajada como una hoja de roble en invierno, la llamó "dulce amada", Nenemosha, y la tranquilizó con palabras benévolas y dulces, hasta que llegaron a la cabaña donde se celebraba el banquete, hasta que se sentaron en el interior del wigwam, consagrado a la Estrella de la Tarde, a la tierna Estrella de la Mujer.
»Absorto en visiones, perdido en ensoñaciones, se sentó al banquete Osseo. Todos estaban alegres, todos estaban contentos, todos menos Osseo. No probó ni la comida ni la bebida, tampoco habló ni escuchó, sino que estuvo sentado como quien está desconcertado, mirando tristemente y como en sueños, primero a Owenee, luego hacia arriba, al brillante cielo.
»Entonces se oyó una voz, un susurro, que llegaba de la lejanía estrellada, de la inmensidad vacía, suave, musical y tierna; y la voz decía: "¡Oh Osseo, oh hijo mío muy querido! Rotos están los hechizos que te encadenaban, rotos todos los encantamientos del mago, los mágicos poderes del mal. ¡Ven hacia mí, asciende, Osseo! Prueba los manjares que tienes delante: son benditos y encantados; poseen mágicas virtudes que te convertirán en un espíritu. Tus escudillas y tus marmitas dejarán de ser madera y arcilla: las escudillas se convertirán en wampum y las marmitas serán plata; brillarán como conchas escarlata, como el fuego brillarán y resplandecerán. Y las mujeres dejarán de soportar la pesada carga del alumbramiento y serán transformadas en aves, y resplandecerán con la belleza de la luz de las estrellas, pintadas con los esplendores crepusculares de los cielos y las nubes del atardecer. "
»Lo que Osseo oyó como susurros, lo que como palabras entendió, no fue sino música para los demás, música como de pájaros cantando muy a lo lejos, como de la solitaria Wawonaissa, la chotacabras, cantando en el sombrío bosque.
»Entonces la cabaña empezó a temblar, al punto empezó a estremecerse y temblar, y sintieron cómo se elevaba, se elevaba, cómo ascendía lentamente por el aire, saliendo de las sombrías copas de los árboles, para emerger a la luz de las estrellas y al aire húmedo de rocío, dejando atrás las ramas más altas. Y ¡oh maravilla!, los platos de madera se transformaron en conchas de escarlata, las marmitas de barro se convirtieron en cuencos de plata; y los mástiles que sostenían el techo del wigwam semejaban relucientes varas de plata, y el techado de corteza que les cubría, brillantes élitros de escarabajo.
»Entonces Osseo miró a su alrededor y vio a las nueve hermanas y a sus maridos transformados en aves de variado plumaje. Unas eran arrendajos, otras urracas; algunas tordos, otras mirlos. Y brincaban y cantaban, y gorjeaban, levantando la cabeza y agitando todas sus plumas, pavoneándose con su reluciente plumaje y desplegando sus colas como abanicos.
»Pero Owenee, la menor, no se había transformado, y estaba sentada; en silencio, demacrada, arrugada, vieja y fea, mirando tristemente a las demás; hasta que Osseo, mirando intensamente hacia arriba, lanzó otro grito de aflicción, un grito como aquel que había lanzado junto al roble, en el bosque.

» Y entonces le fueron devueltas a Owenee su juventud y su belleza, y sus sucios y raídos vestidos se transformaron en mantos de armiño; y su bastón se convirtió en una pluma, sí una reluciente pluma de plata.
» Y de nuevo se estremeció el wigwam, osciló al viento y fue llevado por corrientes de aire a través de nubes y vapores transparentes; y entre esplendores celestiales se posó sobre la Estrella de la Tarde, como un copo de nieve se deposita sobre otro copo de nieve, como se posa una hoja sobre el río, como el vello del cardo se posa sobre el agua.
»Con alegres palabras de bienvenida salió el padre de Osseo, de brillantes cabellos de plata y ojos serenos y tiernos, y dijo: "Osseo, hijo mío, cuelga la jaula de pájaros que traes ahí, cuelga la jaula de barras de plata y los pájaros de refulgentes plumas a la puerta de mi wigwam."
» Y a la puerta del wigwam colgó Osseo la pajarera, y luego entraron y escucharon con satisfacción al padre de Osseo, el soberano de la Estrella de la Tarde, cuando dijo: "¡Oh Osseo, hijo mío! Me he compadecido de ti, te he devuelto la juventud y la belleza; en pájaros de variado plumaje he convertido a tus hermanas y sus maridos, los he transformado así porque se burlaron de ti cuando tenías el aspecto de un viejo triste y arrugado y no vieron bajo ese aspecto tu corazón ardiente, tu juventud inmortal.
Sólo la fiel Owenee vio tu corazón al desnudo y te amó.
»"En la cabaña que brilla allá con luz trémula, en la pequeña estrella que titila entre los vapores, a la izquierda, vive el envidioso Espíritu del Mal, el Wabeno, el mago, quien te transformó en un anciano. Ten cuidado que sus rayos de luz no te alcancen, pues los rayos que arroja en derredor son el poder de su encantamiento, son las flechas que él emplea."
»Muchos años vivió Osseo con su padre, con paz y tranquilidad, en la apacible Estrella de la Tarde; muchos años, con gorjeos y revoloteos, estuvo colgada a la puerta del wigwam la jaula de barras de plata.
» Y la fiel Owenee le dio un hijo a Osseo, que poseía la belleza de su madre y el valor de su padre. Y el muchacho creció y se desarrolló; y Osseo, para darle gusto, le hizo pequeños arcos y flechas, abrió la gran jaula de plata, y soltó a sus tías y sus tíos, todos aquellos pájaros de brillantes plumas, para que el chico se ejercitara disparándoles.
»Revolotearon los pájaros, llenando de música la Estrella de la Tarde, con sus cantos de júbilo y libertad; y llenándola de esplendor con su revoloteo. Hasta que el muchacho, el pequeño cazador, tensó su arco y arrojó una flecha, una veloz y fatal flecha, y un pájaro de brillantes plumas cayó gravemente herido a sus pies.
»Pero, ¡oh, qué prodigiosa transformación! No vio a un pájaro ante sí, sino a una hermosa y joven mujer con la flecha clavada en el pecho.
Cuando su sangre cayó sobre el astro, sobre la sagrada Estrella de la Tarde, se rompió el hechizo, sin fuerza quedó el extraño encantamiento, y el muchacho, el intrépido arquero, se vio de repente descendiendo, sostenido por manos invisibles, se vio bajando por los espacios vacíos, atravesando nubes y vapores, hasta que se detuvo sobre una isla, una isla verde y herbosa, allá en el Agua Grande.
»A continuación vio descender tras él a todos los pájaros de relucientes plumas, aleteando, cayendo, llevados hacia abajo por el aire como las hojas coloreadas del otoño; y la cabaña con varas de plata, con su techado semejante a alas de escarabajos, a relucientes élitros de escarabajos, elevada por los vientos del cielo cayó lentamente sobre la isla, devolviendo aquí abajo a Osseo ya la fiel Owenee.
»Entonces los pájaros, de nuevo transformados, recobraron su forma de mortales, su forma, que no su estatura, y pasaron a ser el Pequeño Pueblo, los enanos, los Puk-Wudjies; y en las suaves noches de verano, cuando brillaba la Estrella de la Tarde,

cogidos de la mano danzaban por los escarpados promontorios de la isla, en las bajas y arenosas playas.
» Todavía se puede ver allí su reluciente wigwam en las tranquilas noches de verano, y en la costa el pescador oye a veces sus alegres voces y los ve danzar a la luz de las estrellas.»
Cuando hubo terminado su relato, cuando la historia maravillosa hubo concluido, Iagoo añadió con solemnidad, paseando la mirada en torno por su auditorio: «Existen grandes hombres, y de esos tales yo he conocido, a quienes su pueblo no comprende, de quienes incluso se burlan y hacen mofa. Aprendamos de esta historia de Osseo la suerte reservada a los burlones.»
Todos los convidados a la boda escucharon con deleite esta maravillosa historia, la escucharon riendo y aplaudiendo, y se susurraban unos a otros: «¿Lo dice por él? ¿Somos nosotros los tíos y las tías?»
Y luego de nuevo cantó Chibiabos, cantó una canción de amor y de anhelo, con aquellos acentos dulces y tiernos, con aquellos acentos de meditabunda tristeza. Cantó el lamento de una muchacha por su enamorado, un algonquino:
«Cuando pienso en mi amado, ¡ay de mí!, cuando mi corazón piensa en él, ¡oh amado mío, mi algonquino!
» ¡Ay de mí!, cuando me separé de él, colgó en torno a mi cuello el wampum como prenda, el wampum blanco como la nieve, ¡oh amado mío, mi algonquino!
»Iré contigo, susurró, ¡ay de mí!, a tu tierra natal; déjame ir contigo, susurró, ¡oh amado mío, mi algonquino!
»Lejos, muy lejos, respondí, ¡ay de mí!, está mi tierra natal, ¡oh amado mío, mi algonquino!
»Cuando me volví para mirarle, desde donde nos habíamos despedido todavía me seguía con la mirada, ¡oh amado mío, mi algonquino!
»Cuando pienso en mi amado, ¡ay de mí!, cuando mi corazón piensa en él, ¡oh amado mío, mi algonquino! (9)»
Así fue la boda de Hiawatha, así la danza de Pau-Puk-Keewis, así la historia de Iagoo, así las canciones de Chibiabos; y de este modo terminó el banquete, y los convidados se despidieron, dejando a Hiawatha feliz con la noche y Minnehaha...

XIII

LA BENDICIÓN DE LOS MAIZALES

¡Háblanos ahora, oh Canto de Hiawatha, acerca de los días felices que siguieron en la tierra de los ojibways, en la tierra grata y pacífica! ¡Canta los misterios de Mondamín, canta la Bendición de los Maizales! (10)

Enterrada estaba el hacha sangrienta, enterrada la terrible maza de guerra, enterradas todas las armas, y el grito de guerra se había olvidado.

Había paz entre las naciones. Los cazadores recorrían seguros sus senderos, construían sus canoas de abedul, pescaban en lagos y ríos, abatían al ciervo y atrapaban al castor; las mujeres trabajaban tranquilas, haciendo su azúcar de arce, recolectando arroz en los prados, adobando las pieles de ciervo y de castor.

Alrededor del feliz poblado se extendían los maizales, verdes y brillantes; ondeaban las verdes plumas de Mondamín, ondeaban sus suaves cabellos al sol, llenando toda la tierra de abundancia. Eran las mujeres quienes en primavera sembraban los anchos y fértiles campos, quienes enterraban a Mondamín; eran ellas quienes, en otoño, quitaban las rubias espatas a la cosecha, le quitaban las ropas a Mondamín, tal como Hiawatha les había enseñado.

Un año, cuando todo el maíz ya estaba sembrado, Hiawatha, prudente y previsor, habló y dijo así a Minnehaha, su esposa: «Esta noche tú bendecirás los maizales, trazarás un círculo mágico a su alrededor para protegerlos de la destrucción, del tizón y la roya, de los insectos, de Wagemin, el ladrón de los maizales, y de Paimosaid, que roba las espigas de maíz.

»Por la noche, cuando todo esté en silencio; por la noche, cuando todo sea oscuridad; cuando el Espíritu del Sueño, Nepahwin, cierre las puertas de los wigwams, para que ningún oído pueda oírte, ni ningún ojo pueda verte, levántate en silencio de la cama, despójate de todas tus ropas, camina en torno de los campos que sembraste, rodea los maizales, cubierta sólo con tus cabellos, con la oscuridad como único vestido.

»De este modo los campos darán más fruto, y tus pasos trazarán un círculo mágico a su alrededor para que ni el tizón ni la roya, ni gusano o insecto alguno rebase el perímetro; y para que tampoco lo hagan ni la libélula, Kwo-ne-she, ni la araña, Subbekashe, ni el saltamontes, Pah-puk-keena, ni la fuerte oruga, Way-muk-kwana, la de piel de oso, reina de todas las orugas (11).»

En las copas de los árboles próximos a los maizales estaban posados los hambrientos grajos y cuervos; estaba Kahgahgee, el Rey de los Cuervos, con su cuadrilla de negros merodeadores. Y se rieron de Hiawatha, hasta que las copas de los árboles se estremecieron con su risa, con su risa lúgubre a las palabras de Hiawatha. «¡Oídle! -dijeron- ¡Oíd al hombre sabio! ¡Oíd las maquinaciones de Hiawatha!»

Cuando la silenciosa noche descendió, ancha y oscura, sobre los campos y los bosques; cuando la lastimera Wawonaissa cantó afligida entre los abetos, y el Espíritu del Sueño, Nepahwin, cerró las puertas de los wigwams, Agua-que-ríe se levantó de la cama, se despojó de todas sus ropas y, vestida y protegida por la oscuridad, libre de vergüenza y de temor, caminó con firmeza en torno de los maizales, trazó el sagrado círculo, el círculo mágico de sus pasos alrededor de los mismos.

Sólo la Medianoche contempló su belleza en la oscuridad, sólo la Wawonaissa oyó el jadeo de su pecho. Guskewau, la oscuridad, la arropó estrechamente en su sagrado manto para que nadie viera su belleza, para que nadie pudiera Jactarse de haberla visto.

Por la mañana, cuando apuntó el día, Kahgahgee, el Rey de los Cuervos, reunió a todos sus negros merodeadores, grajos y mirlos, arrendajos y cuervos, que alborotaban en las oscuras copas de los árboles, y descendieron, rápidos y sin miedo, sobre los campos de Hiawatha, sobre la tumba de Mondamín.
«¡Arrancaremos a Mondamín -dijeron- de la tumba en que está enterrado, a pesar de todos los círculos mágicos que Agua-que-ríe traza a su alrededor, a pesar de las sagradas huellas que Minnehaha imprime sobre ella!»
Pero el cauto Hiawatha, siempre previsor, atento y vigilante, había oído la desdeñosa risa cuando se rieron de él desde las copas de los árboles.
«¡Kaw!, amigos cuervos -se dijo-. ¡Kahgahgee, Rey de los Cuervos, te daré una lección que no olvidarás en mucho tiempo!»
Se levantó antes del amanecer, puso trampas por todos los maizales para atrapar a los negros merodeadores y se emboscó en el bosquecillo de pinos cercano, esperando a los grajos y los mirlos, a los arrendajos y los cuervos.
Pronto llegaron, con graznidos y alboroto, con aleteo y gritos, para llevar a cabo su obra de devastación, posándose sobre los maizales e hincando hondo sus picos y sus garras para arrebatar el cuerpo de Mondamín.
Y a pesar de toda su maña y astucia, de todo su arte en los engaños de la guerra, no detectaron ningún peligro cerca, hasta que sus garras quedaron enredadas, hasta que se vieron atrapados en las trampas de Hiawatha.
Salió éste entonces de su escondite, a grandes zancadas, y cayó pavoroso sobre ellos. Y tan espantoso era su aspecto, que el más valiente desfalleció de terror. Sin piedad acabó con ellos, golpeando a diestro y siniestro, matándolos a docenas; y colgó luego sus infelices cuerpos sin vida en lo alto de unas estacas para espantapájaros alrededor de los campos consagrados, como señal de su venganza y aviso para los intrusos.
Sólo le respetó la vida a Kahgahgee, el cabecilla, Kahgahgee, el Rey de los Cuervos, para convertirlo en rehén. Lo ató con una soga para prisioneros y lo llevó cautivo a su wigwam, a cuya cima lo sujetó firmemente con cuerdas de corteza de olmo (12).
«¡Kahgahgee, cuervo mío! -le dijo-, tú eres el cabecilla de los ladrones, el que planeaste esta maldad, el que tramaste esta tropelía. ¡Te retendré como rehén, como prenda de que tu pueblo se porte como es debido!»
Y lo dejó, ceñudo y mohíno, a la luz del sol de la mañana, en la cima de su wigwam, graznando furioso y enojado, agitando sus grandes alas negras, y luchando en vano por liberarse, en vano llamando a su pueblo.
Transcurrió el verano, y Shawondasee exhaló su aliento por todo el territorio; desde el sur mandó sus ardores, alados besos cálidos y tiernos; y el maizal creció y maduró, hasta que se alzó con todo el esplendor de sus ropajes verdes y amarillos, de sus borlas y su plumaje, y las espigas de maíz, llenas y brillantes, destellaron entre las abiertas vainas de verdor.
Entonces Nokomis, la anciana, habló y dijo a Minnehaha: «Es la Luna de las Hojas que caen; se ha recogido todo el arroz silvestre y el maíz está maduro ya punto. ¡Recojamos la cosecha! ¡Luchemos con Mondamín, despojémoslo de sus plumas y sus borlas, de sus ropas verdes y amarillas!»
Y la alegre Agua-que-ríe salió jubilosa del wigwam con Nokomis, vieja y arrugada, y llamaron a las mujeres, llamaron a los muchachos y muchachas a la cosecha de los maizales, a despancar la espiga de maíz.
En la linde del bosque, bajo los olorosos pinos, estaban sentados los ancianos y los guerreros, fumando a la sombra. En silencio no interrumpido observaban la labor, semejante a un juego, de los jóvenes y las mujeres; escuchaban su ruidosa charla, sus

risas y sus cantos. Los oían parlotear como las urracas, reír como los arrendajos, cantar como los petirrojos.
Y cada vez que una afortunada muchacha encontraba una espiga roja al despancar, una espiga de maíz roja como la sangre, gritaban todas juntas: «¡Nushka! ¡ushka! ¡Tendrás un novio, tendrás un guapo marido!»
«¡Ugh!», asentían los ancianos desde su asiento bajo los pinos.
Y cada vez que un muchacho o una muchacha encontraban una espiga encorvada, una espiga de maíz atacada por el tizón o la roya, o deforme, entonces reían y cantaban juntos, se ponían a andar a pasitos y cojeando, imitando en sus gestos y su andar a un anciano encorvado, y cantaban uno a uno o a coro: «¡Wagemin, el ladrón de los maizales! ¡Paimosaid, el que roba las espigas de maíz! (13)», hasta que los maizales resonaban de risas y en el wigwam de Hiawatha chillaba y temblaba de ira Kahgahgee, el Rey de los Cuervos, y en las copas de los árboles cercanos graznaban los negros merodeadores.
«¡Ugh!», asentían los ancianos desde su asiento bajo los pinos.

XIV

PICTOGRAFÍA

En aquellos días dijo Hiawatha: «¡He aquí que todas las cosas desaparecen y pasan! De la memoria de los ancianos se borran las grandes tradiciones, las hazañas de los guerreros, las aventuras de los cazadores; en el olvido caen toda la sabiduría de los Medas, y el arte de los Wabenos, los maravillosos sueños y visiones de los Jossakeeds, los profetas.
»Los grandes hombres mueren y son olvidados; los sabios hablan y sus palabras sabias mueren en los oídos de los que las perciben y no llegan hasta las generaciones que, aún no nacidas. esperan en la grande y misteriosa oscuridad de los días mudos que vendrán.
»En las lápidas de nuestros padres no hay representados signos ni figuras; quiénes ocupan esas tumbas, no lo sabemos, sólo sabemos que son nuestros padres.
»De quién fueron amigos, de quién parientes, de qué tótem ancestral, Águila, Oso o Castor, descendían, no lo sabemos; sólo sabemos que fueron nuestros padres.
»Cuando estamos en presencia unos de otros hablamos, pero no podemos hablar con los ausentes, no podemos mandar nuestras voces a los amigos que viven lejos, no podemos mandarles un mensaje secreto sin que el portador del mismo conozca nuestro secreto, o lo tergiverse, o lo revele a otros.»
Así habló Hiawatha, andando por el solitario bosque, reflexionando y meditando en el bosque sobre el bien de su pueblo.
Sacó sus colores del zurrón, sacó sus pinturas de distintos colores, y sobre la tersa corteza de un abedul pintó muchas formas y figuras, figuras maravillosas y raras, y cada una de ellas tenía un significado, cada una sugería una palabra o un pensamiento.
Gitche Manitú, el Poderoso, el Señor de la Vida, estaba representado por un huevo, con unas puntas que se proyectaban a los cuatro vientos de los cielos. «El Gran Espíritu está por todas partes» era el significado de este símbolo.
Mitche Manitú, el Fuerte, el terrible Espíritu del Mal, era representado como una serpiente, como una Kenabeek, la Gran Serpiente. «Muy artero, muy astuto es el Espíritu del Mal que se arrastra» era el significado de este símbolo.
La Vida y la Muerte las representó como círculos; la Vida era blanca, la Muerte, oscura. Pintó el sol, la luna y las estrellas, y pintó también al hombre y la bestia, el pez y el reptil, y bosques, montañas, lagos y ríos.
Trazó una línea recta para representar la tierra, y un arco sobre ésta para representar el cielo; blanco pintó el espacio entre ambos para representar el día, lleno de estrellitas para representar la noche. Un punto a la izquierda simbolizaba la salida del sol, un punto a la derecha su ocaso.
El mediodía lo representó con un punto en lo alto, y la lluvia y el tiempo nuboso con líneas onduladas que descendían de ahí.
Unas huellas de pisadas dirigiéndose a un wigwam eran un signo de invitación, de reunión de convidados; unas manos ensangrentadas con las palmas levantadas eran símbolo de muerte, eran un símbolo hostil.
Todas estas cosas mostró Hiawatha a su sorprendido pueblo, explicándoles su significado. Dijo: «Ved: vuestras lápidas no llevan ninguna señal, ni signo o representación alguna. Pintad figuras en ellas; cada una con los símbolos de su familia, con su propio tótem ancestral, a fin de que los que vengan después puedan distinguirlos y reconocerlos.»
y cada uno pintó en sus lápidas y en las tumbas todavía no olvidadas su propio tótem ancestral; cada cual pintó el símbolo de su casa: figuras de osos y renos, tortugas,

grullas y castores, todas ellas invertidas como señal de que su portador ya era difunto, de que el jefe que llevaba este símbolo yacía debajo, entre el polvo y las cenizas.
Y los Jossakeeds, los profetas, los Wabenos, los magos, y los hombres-medicina, los Medas, pintaron sobre cortezas y sobre pieles de gamo figuras que representaban los cantos que cantaban, para cada canto un símbolo distinto; figuras misteriosas y temibles, figuras extrañas y de vivos colores. Y cada figura tenía su significado, cada una sugería algún mágico canto.
El Gran Espíritu, una luz fulgurante que atravesaba el cielo; la Gran Serpiente, la Kenabeek, con su sangrienta cresta erecta, arrastrándose y mirando al cielo; en el cielo, el sol, que escucha, y la luna, eclipsada y extinta; la lechuza y el águila, la grulla y el halcón, y el cuervo marino, ave mágica; hombres sin cabeza, que caminan por los aires; cuerpos yacentes atravesados con flechas; sangrientas manos de muerte con las palmas levantadas; banderas sobre tumbas, y grandes caudillos guerreros que abrazaban la tierra y el cielo.
Tales como éstas eran las figuras que pintaron en la corteza de abedul y la piel de gamo. Canciones de guerra y canciones de caza, canciones de medicina y de magia, todas ellas fueron escritas con estas figuras, pues cada figura tenía su significado, cada una se refería a una canción distinta.
No fue olvidada la Canción de Amor, la más delicada de las medicinas, la magia de hechizo más poderoso, más peligrosa que la guerra o la caza. Así fue representada la Canción de Amor, éstos fueron su símbolo e interpretación: primero, una figura humana de pie, pintada con el color escarlata más brillante; es el enamorado, el músico, y el significado es: «Mi pintura me da poder sobre otros.» Luego la figura, sentada, cantando y tocando un tambor mágico; y la interpretación es: «¡Escuchad!, es mi voz la que oís, mi canto.» Luego, la misma figura de color rojo, sentada al abrigo de un wigwam; y el significado del símbolo es: «¡Vendré a sentarme a tu lado en el misterio de mi pasión! »
Luego, dos figuras, hombre y mujer, de pie y cogidos tan estrechamente de la mano que parecen formar una sola; y las palabras que así se representan son: «Veo en tu corazón, y tus mejillas se ruborizan.»
A continuación, la muchacha en una isla, en el centro de una isla; y la canción que esta figura sugiere es: «Aunque estuvieras lejos, en una isla remota, es tal el hechizo que te lanzo, tan fuerte es el mágico poder de la pasión, que podría atraerte inmediatamente hacia mí.»
Luego, la figura de la muchacha, durmiendo, y el enamorado junto a ella, susurrándole en sus sueños: «Aunque estuvieras lejos de mí, en la tierra del Sueño y el Silencio, la voz del amor llegará hasta ti.»
Y la última de las figuras era un corazón inscrito en un círculo, dibujado dentro de un círculo mágico; y la imagen tenía este significado: «Desnudo está tu corazón ante mí; a tu desnudo corazón le susurro.»
Fue así como Hiawatha, en su sabiduría, enseñó al pueblo todos los misterios de la pintura, todo el arte de la pictografía, realizada sobre la tersa corteza del abedul, la blanca piel del reno y las lápidas del poblado.

XV

EL LAMENTO DE HIAWATHA

En aquellos días los Espíritus Malignos, todos los Manitús de la maldad, temerosos de la sabiduría de Hiawatha y envidiosos de su amor a Chibiabos, de su fiel amistad y de las nobles acciones y palabras de ambos, resolvieron finalmente coaligarse contra ellos para atormentarlos y acabar con ellos.
Hiawatha, sabio y avisado, le decía a menudo a Chibiabos: «¡Oh hermano mío, no te apartes de mí, no sea que los Espíritus Malignos te causen daño!» Chibiabos, joven e imprudente, agitaba sus cabellos negros como el carbón y respondía, riendo, siempre dulce e ingenuo: «No temas por mí, hermano; el daño y la maldad no se me acercan.»
En una ocasión, cuando Peboan, el Invierno, cubría de hielo el Agua Grande, cuando los copos de nieve, cayendo en remolinos, silbaban entre las hojas secas de los robles, transformando los pinos en wigwams y cubriendo de silencio toda la tierra, salió Chibiabos, solo, sin hacer caso de las advertencias de su hermano, sin miedo a los Espíritus Malignos, a cazar el antílope astado, armado con flechas y calzado con raquetas de nieve.
Cruzaban con rápido salto el Agua Grande los ciervos delante de él.
Con el viento y la nieve él los seguía, sobre la traicionera superficie de hielo, poseído por la salvaje agitación y enajenación de la caza.
Pero debajo, los Espíritus Malignos le esperaban al acecho y quebraron el traicionero hielo bajo sus pies y lo arrastraron al fondo, enterrando su cuerpo en la arena.
Unktahee, el dios del agua, dios de los dakotas, lo sumergió en los abismos profundos del lago de Gitche Gumee.
Hiawatha, en los promontorios, lanzó un lamento de angustia tal, un lamento tan tremendo, que el bisonte se detuvo a escuchar y los lobos aullaron en las praderas, y el trueno, despertando, respondió a lo lejos: «¡Baim-wawa!»
Entonces Hiawatha se pintó la cara de negro, se cubrió la cabeza con su manto y se sentó en su wigwam a lamentarse. Siete largas semanas estuvo así, profiriendo continuamente este gemido de dolor: «¡Él está muerto, el dulce músico! ¡El más dulce de los músicos nos ha dejado para siempre, se ha ido un poco más cerca del Señor de toda música, el Señor de todo canto! ¡Oh mi hermano Chibiabos!».
Y los melancólicos abetos agitaron sus ramas de color verde oscuro sobre su cabeza, agitaron sus piñas de color púrpura, suspirando con él para consolarlo, uniendo a su lamento su propio lamento, su propia queja.
Llegó la Primavera, y todo el bosque buscó en vano a Chibiabos. Suspiró el arroyo. Sebowisha, suspiraron las cañas del prado. En las copas de los árboles cantó el azulejo, el Owaissa: «¡Chibiabos! ¡Chibiabos! ¡El dulce músico está muerto!» En el wigwam cantó el petirrojo, el Opechee: «¡Chibiabos! ¡Chibiabos! ¡Ha muerto el más dulce cantor!».
Y por la noche, iba la chotacabras por todo el bosque, lamentándose, iba la Wawonaissa gimiendo: «¡Chibiabos! ¡Chibiabos! ¡Ha muerto el dulce músico! ¡Ha muerto el más dulce cantor!»
Entonces los hombres-medicina, los Medas, los magos, los Wabenos, y los profetas, los Jossakeeds, fueron a ver a Hiawatha, construyeron una Cabaña Sagrada junto a él, para mitigar su dolor, para consolarlo. Y fueron en solemne y silenciosa procesión, llevando cada uno de ellos un zurrón de medicinas: una piel de castor, lince o nutria, llena de simples y de raíces mágicas, llena de medicamentos de mucho poder.

Cuando Hiawatha oyó sus pasos que se acercaban, dejó de lamentarse, ya no pronunció más el nombre de Chibiabos, nada preguntó, nada repuso; se descubrió la afligida cabeza, se quitó de la cara los colores de luto lentamente y en silencio, y en silencio y lentamente les siguió al Wigwam Sagrado.
Allí le dieron una pócima mágica, compuesta de Nahma-wusk, menta verde, y de Wabeno-wusk, milenrama; raíces de poder, hierbas sanativas.
Tocaron sus tambores y agitaron sus sonajas, y de uno en uno, y a coro, cantaron canciones misteriosas como éstas: «¡Soy yo! ¡Soy yo, en persona! ¡Mirad me! ¡Es la gran Águila Gris quien habla! ¡Venid, cuervos blancos, venid a escucharme! El trueno de poderosa voz me auxilia, y también lo hacen todos los espíritus invisibles. Oigo como llaman. Por todo el cielo oigo sus voces. ¡Puedo devolverte la fuerza con mi aliento, hermano! Puedo sanarte, Hiawatha!».

«jHi-au-ha!», respondía el coro; «jWay-ha-way!», decía el coro mís-
,
tICO.
«Amigas mías son todas las serpientes. jOíd como agito mi piel de
halcón! Puedo matar a Mahng, el blanco somorgujo. jPuedo disparar a tu
corazón y matarlo! iPuedo devolverte la fuerza con mi aliento, hermano!
¡Puedo sanarte, Hiawatha!»
«¡Hi-au-ha!», respondía el coro; «¡Way-ha-way!», decía el coro místico.
«¡Soy yo! ¡Soy yo en persona, el profeta! Cuando hablo, tiembla el Wigwam, se estremece de terror la Cabaña Sagrada; manos invisibles se ponen a sacudirla. Cuando camino, el cielo que piso se dobla y resuena bajo mis pies. ¡Puedo devolverte la fuerza con mi aliento, hermano! ¡Levántate y habla, oh Hiawatha!».
«¡Hi-au-ha!», respondía el coro; «¡Way-ha-way!», decía el coro místico.
Luego, agitaron sus bolsas de medicinas sobre la cabeza de Hiawatha y bailaron su danza de medicina en torno suyo. Y entonces éste se puso de pie, con rostro macilento, como un hombre que despierta de un sueño, y se halló curado de toda su enajenación. Así como el cielo se limpia de nubes, al punto huyó de su cabeza toda su triste melancolía: así como es retirado el hielo de los ríos, al punto su corazón se liberó de todo su dolor y su congoja.
Entonces llamaron todos a Chibiabos, para que acudiera desde su tumba bajo las aguas; desde las arenas del Gitche Gumee llamaron al hermano de Hiawatha. Y tan poderosa fue la magia de esa llamada, de esa invocación, que Chibiabos la oyó desde su lecho en el fondo del Agua Grande. Se levantó de la arena y escuchó. Oyó la música y los cantos, y acudió, obediente a la llamada, a la puerta del wigwam, pero no le permitieron entrar.
Por un resquicio le dieron un ascua, a través de la puerta una tea ardiendo. Lo invistieron Señor del Mundo de los Espíritus, Señor de los muertos, ordenándole que encendiera un fuego para todos aquellos que murieran en lo sucesivo, fuegos de campamento para sus acampadas nocturnas en su solitario viaje hacia el reino de Ponemah, la tierra del Más Allá.
Chibiabos se alejó lentamente del poblado de su infancia, de las casas de quienes le conocieron, pasando silencioso por el bosque, como una voluta de humo llevada por el viento. Por donde pasaba, las ramas no se movían; .por donde pisaba, la hierba no se doblaba, y las hojas caídas del año anterior no crujían bajo sus pies.
Durante cuatro días avanzó por el sendero de los muertos, alimentándose con las fresas del Hombre Muerto, cruzó el río melancólico, lo cruzó sobre el balanceante tronco, y

llegó al Lago de Plata. En la Canoa de Piedra fue trasladado a las Islas de los Bienaventurados, la tierra de las sombras y los espíritus.
En ese viaje, avanzando lentamente, vio a muchos espíritus fatigados, que jadeaban abrumados por pesadas cargas, cargados con mazas de guerra, arcos y flechas, mantos de pieles, pucheros y marmitas, y comida que los amigos les habían dado para ese viaje solitario.
«¡Ay!, ¿por qué los vivos -decían- nos agobian con estas cargas tan pesadas? Mejor sería ir desnudo, mejor ir en ayunas, que llevar estas pesadas cargas en nuestro largo y fatigoso viaje. »
Partió después Hiawatha, y vagó hacia el este, vagó hacia el oeste, enseñando a los hombres el uso de los simples, de los antídotos para los venenos y las curas para todo mal. Así fue revelado por vez primera a los mortales todo el misterio de Medamin, todo el sagrado arte de sanar.

XVI

PAU-PUK-KEEWIS

Oiréis ahora cómo Pau- Puk- Keewis, el apuesto Yenadizze, a quien la gente llamaba «Tormenta Loca», causó perturbación en el poblado; sabréis todas sus fechorías, y cómo escapó de Hiawatha; conoceréis sus prodigiosas metamorfosis, así como el final de sus aventuras.
En las playas del Gitche Gumee, en las dunas de Nagow Wudjoo, junto a la reluciente Agua Grande, se levantaba la cabaña de Pau-Puk-Keewis. Fue él quien, en su frenesí, formó estas dunas arremolinan do las arenas movedizas cuando, entre los convidados reunidos, danzó tan alegre y tan locamente en la boda de Hiawatha, cuando bailó la Danza del Mendigo para complacerles.
Ahora, en busca de nuevas aventuras, salió de su cabaña un día Pau-Puk-Keewis; entró en el poblado a toda prisa y encontró a todos los jóvenes reunidos en la cabaña del viejo Iagoo, escuchando sus historias maravillosas, sus prodigiosas aventuras.
Iagoo les estaba contando la historia de Ojeeg, la que hizo el Verano; les contaba cómo ésta hizo un agujero en el cielo, cómo trepó a su interior y dejó escapar de éste el estío, el perpetuo y agradable Verano. Les contaba cómo lo intentó primero la Nutria, cómo el Castor, el Lince y el Tejón
Intentaron por turnos la gran hazaña y desde la cima de la montaña golpearon los cielos con sus puños y sus cabezas, resquebrajando el cielo, pero sin que pudieran romperlo. Les contaba cómo el carcayú, levantándose, se aprestó al desafío, dobló sus rodillas, como una ardilla, y echó los brazos atrás, como un grillo.
«Saltó una primera vez -decía el viejo Iagoo-, saltó una vez y he aquí que el cielo se curvó, como hace el hielo en los ríos cuando las aguas crecen debajo de él. Saltó una segunda vez y he aquí que el cielo se resquebrajó, como hace el hielo en los ríos cuando las avenidas alcanzan su máxima altura. Saltó una tercera vez y he aquí que el cielo se rompió en pedazos y él desapareció en su interior; y Ojeeg, la Comadreja Pescadora, entró de un salto detrás de él. »
«¡Oíd todos! -gritó Pau-Puk-Keewis al atravesar la puerta-. ¡Estoy harto de toda esta charla, harto de las historias del viejo Iagoo y de la sabiduría de Hiawatha! ¡Aquí os traigo algo que os va a divertir más que todos esos cuentos de nunca acabar!»
Entonces sacó de su zurrón de piel de lobo, con ademán solemne, el juego del Cuenco y las Fichas, el Pugasaing, con trece piezas (14). Estaban pintadas de color blanco por un lado y de bermellón por el otro. Dos Kenabeeks o grandes serpientes; dos Ininewugs o peones; una gran maza de guerra, la Puggawaugun; y un pececillo, el Keego; cuatro piezas redondas, Ozawabeeks, y tres Sheshebwugs o patitos. Todas ellas estaban hechas de hueso y estaban pintadas, excepto las Ozawabeeks; éstas eran de latón, bruñidas por un lado y de color negro por el otro.
Las colocó en un cuenco de madera, las agitó y las arrojó al suelo frente a él. Y exclamó y dijo así explicando: «Todas las piezas han quedado con el lado de color rojo hacia arriba; una de las grandes Kenabeeks ha quedado de pie sobre el lado brillante de una pieza de latón, de una bruñida Ozawabeek: esto puntúa trece decenas y ocho».
De nuevo agitó las piezas y las arrojó al suelo frente a él. Y volvió a exclamar y decir como explicación: «Blancas son las dos Kenabeeks, blancos también los Ininewugs, los peones, rojas son las demás piezas: esto da una puntuación de cinco decenas y ocho».
De este modo enseñó Pau- Puk- Keewis el juego de azar, de este modo lo mostró y lo explicó, pasando por sus distintas suertes, sus distintas combinaciones y significados. Veinte ojos curiosos le observaban fijamente, con avidez.

«Muchos juegos -dijo el viejo lag 00- de destreza y de azar he visto en distintas naciones, a muchos he jugado en distintos países. ¡Quien juegue con el viejo Iagoo ha de tener dedos muy ligeros! Aunque te crees muy hábil, yo puedo vencerte, Pau-Puk-Keewis, puedo darte lecciones en tu juego del Cuenco y las Fichas».
Así, pues, se sentaron todos a jugar, los viejos y los jóvenes; se jugaron vestidos, armas, wampum; jugaron hasta la medianoche, jugaron hasta el amanecer. Jugaron hasta que el Yenadizze, el astuto Pau-Puk-Keewis, les hubo despojado de todos sus tesoros, de sus mejores vestidos, camisas de piel de gamo, mantos de armiño, cinturones de wampum, penachos de plumas, armas de guerra, pipas y zurrones. Veinte ojos le miraron ferozmente, como ojos de lobo le miraron.
Y el afortunado Pau-Puk-Keewis dijo: "En mi wigwam estoy solo, en mis aventuras y errabundeos he menester un compañero; de buena gana tomaría un Meshinauwa, un sirviente, que me lleve la pipa. Me juego todas mis ganancias, todos estos vestidos aquí amontonados, todo este wampum, todas estas plumas; todo me lo juego, a una tirada, por ese muchacho de ahí».
Era un joven de dieciséis primaveras, un sobrino de Iagoo; «Rostro-en-la-Niebla», le llamaban.
Así como arde el fuego en la cazoleta de una pipa, bajo las cenizas, con un color rojo profundo, de igual modo centellearon los ojos del viejo Iagoo debajo de sus pobladas cejas.
«¡Ugh!», respondió con fiereza. «¡Ugh!», dijeron todos y cada uno.
Agarró el cuenco de madera el anciano, estrechándolo entre sus huesudos dedos; agarró fuertemente el cuenco fatal, el Onagon, lo agitó violentamente y con furia, haciendo entrechocar con estrépito las fichas al arrojarlas al suelo frente a él.
Rojas salieron las dos Kenabeeks, rojo el Ininewug, rojos los Sheshebwugs, los patitos, negras las cuatro Ozawabeeks de latón, y blanco sólo el pez, el Keego: sólo sumaron cinco puntos.
Entonces Pau-Puk-Keewis, sonriendo, agitó el cuenco y arrojó las piezas; al aire las lanzó, y cayeron dispersas en torno suyo: oscuras y brillantes las Ozawabeeks, rojas y blancas las demás fichas; y derecha entre las demás quedó un Ininewug. Inmediatamente, el taimado Pau-Puk-Keewis se puso de pie entre los jugadores y exclamó: «¡Cinco dieces! ¡Yo gano!».
Veinte ojos le miraron con fiereza, como ojos de lobos le miraron, mientras él se daba la vuelta y salía del wigwam seguido por su Meshinauwa, el sobrino de Iagoo, el alto y agraciado mozuelo, que acarreaba las ganancias: camisas de gamuza, mantos de armiño, cinturones de wampum, pieles y armas.
«¡Llévalo -le dijo Pau-Puk-Keewis, señalando con su abanico de plumas-, llévalo a mi wigwam, allá a lo lejos hacia el este, en las dunas de Nagow Wudjoo!»
Ardientes y enrojecidos por el humo y el juego estaban los ojos de Pau-Puk-Keewis cuando salió al aire fresco de aquella agradable mañana de verano. Los pájaros cantaban alegres, los riachuelos corrían presurosos, !,el corazón de Pau-Puk-Keewis también cantaba de placer, como los pájaros, y latía de triunfo como los riachuelos, mientras andaba por el poblado en aquel amanecer, con su abanico de plumas de pavo, con sus penachos y copetes de plumón de cisne, hasta llegar al wigwam más apartado, a la v cabaña de Hiawatha.
Silenciosa estaba ésta, y desierta. Nadie salió a recibirle a la puerta, nadie le dio la bienvenida. Pero los pájaros cantaban en torno a ella, y entraban y salían, saltando, cantando, revoloteando, picoteando. Y sobre la cima estaba posado Kahgahgee, el Rey de los Cuervos, con ojos fieros, el cual, chillando, saludó con un batir de alas a Pau-Puk-Keewis.

«¡Todos se han ido! ¡La cabaña está vacía!», dijo para sí Pau-Puk-Keewis, rumiando una perfidia en su corazón. «No está el cauto Hiawatha, ni la estúpida Agua-que-ríe, ni la vieja Nokomis. Y han dejado la cabaña sin vigilancia. »

Cogió al cuervo del pescuezo, se lo retorció como una matraca, lo sacudió como a una bolsa de medicinas; estranguló a Kahgahgee, el cuervo, y dejó su cuerpo sin vida colgado de la cima del wigwam, como un insulto para su amo, en signo de escarnio hacia Hiawatha.

Con sigilo penetró en la cabaña y se puso a desordenar todas las cosas de la casa y arrojarlas en montones por todas partes: cuencos de madera y marmitas de barro, mantos de piel de bisonte y de castor, pieles de nutria, de lince y de armiño, como un insulto para Nokomis, en signo de escarnio hacia Minnehaha.

A continuación, Pau-Puk-Keewis se fue silbando y cantando por el bosque; silbando alegremente a las ardillas, que desde las ramas huecas de lo alto de los árboles dejaban caer sobre él sus cáscaras de bellota; cantando alegremente a los pájaros del bosque, quienes le respondían desde las frondosas ramas con un canto no menos alegre.

Trepó entonces a los promontorios rocosos que dominaban el Gitche Gumee y se situó en lo alto esperando, lleno de regocijo y de malicia, el regreso de Hiawatha. Tendido de espaldas, esperó. Debajo de él, rompían las aguas; sobre su cabeza, los cielos parecían girar vertiginosamente. A su alrededor, se cernían, agitando sus alas, los polluelos de montaña de Hiawatha, que hacían pasadas en torno suyo en bandadas, casi rozándole con las alas.

Y Pau-Puk-Keewis los mató, sin levantarse, los mató por docenas; y arrojó sus cuerpos desde el promontorio, los arrojó a la playa que se extendía a sus pies. hasta que, al fin, Kayoshk, la gaviota, posada en lo alto de un risco, gritó: "¡Es Pau-Puk-Keewis! ¡Nos está matando a cientos! ¡Enviad un mensaje a nuestro hermano, mandad nuevas a Hiawatha!».

XVII

LA PERSECUCION DE PAU-PUK-KEEWIS

Hiawatha se enfureció cuando regresó al poblado y encontró a la gente alborotada y se enteró de todas las tropelías, de la malicia y la perfidia del artero Pau-Puk-Keewis. Dio un resoplido y masculló entre dientes palabras dictadas por el enojo y el resentimiento, furiosas y zumbadoras como un avispón. «¡Mataré a Pau-Puk-Keewis! ¡Mataré a ese malvado! -dijo-. ¡El mundo no es lo bastante largo ni ancho, ni el camino suficientemente áspero o escabroso para que mi ira no pueda atraparlo, para que mi venganza no le alcance!».

A continuación, partieron Hiawatha y los cazadores en rápida persecución, siguiendo las huellas de Pau-Puk-Keewis por el bosque, hasta los promontorios en que se había detenido; pero no le encontraron. Sólo vieron en las hierbas holladas y en los arbustos de arándanos, la señal del sitio en donde había reposado.

Desde las tierras bajas que se extendían muy por debajo de ellos, desde el Muskoday, el prado, Pau- Puk- Keewis, volviéndose, les hizo un gesto de desafío, un ademán de mofa. Y desde la cumbre de las montañas gritó fuerte Hiawatha: «¡El mundo no es lo bastante largo ni ancho, ni el camino suficientemente áspero o escabroso para que mi ira no pueda atraparte, para que mi venganza no te alcance!».

Salvando rocas, cruzando ríos, atravesando bosques, sotos y matorrales, corría el taimado Pau-Puk-Keewis. Saltando como un antílope, llegó a un plácido riachuelo, en medio de un bosque, que había anegado sus márgenes. Había en el río un dique hecho por los castores, un estanque de aguas tranquilas donde los árboles hundían sus troncos y flotaban los nenúfares, donde ondeaban y susurraban los juncos.

Se subió al dique Pau-Puk-Keewis, el dique de troncos y ramas por cuyas hendeduras se escapaba el agua y sobre el cual brincaba el riachuelo.

Desde el fondo emergió el castor, que miró con dos grandes ojos asombrados, ojos que parecían hacer una pregunta al extraño, Pau-Puk-Keewis, que seguía allí de pie, con el agua hasta los tobillos, el agua reluciente y plateada del riachuelo. Y Pau-Puk-Keewis le dijo al castor, con una sonrisa: «Fresca y agradable está el agua, Ahmeek, amigo mío. Déjame sumergirme en ella, déjame descansar en tu madriguera. ¡Transfórmame en un castor como vosotros!».

Con cautela respondió el castor, con reserva dio esta respuesta: «Déjame consultarlo primero con los demás, déjame que se lo pregunte a los otros castores». Y se hundió en el agua, pesadamente, como se hunde una piedra, entre las hojas y las ramas enmarañadas del fondo.

Mientras tanto, Pau-Puk-Keewis seguía en el dique. El riachuelo saltaba por encima de sus tobillos, se escurría por las hendeduras, rompía sobre las piedras que había debajo de él y se desparramaba, calmo y sereno, delante de él. Y el sol y las sombras se filtraban a través de las ondeantes y susurrantes ramas y dibujaban pequeñas manchas relucientes sobre su cuerpo.

Desde el fondo ascendieron los castores y se asomaron a la superficie.

Primero apareció una cabeza, y luego otra, y otra, hasta que el estanque estuvo lleno de castores, lleno de negras y relucientes cabezas.

Y Pau-Puk-Keewis se dirigió a los castores, suplicante, y les dijo: «Muy agradable es vuestra morada, amigos míos, y está a resguardo de peligros. ¿No podríais, con todo vuestro ingenio, vuestro saber e inventiva, transformarme también en un castor?».

«Sí -respondió Ahmeek el castor, el Rey de todos los castores-, deslízate con nosotros hacia el fondo de estas tranquilas aguas.»

Y Pau-Puk-Keewis se hundió silenciosamente con ellos en el estanque. Negra se volvió su camisa de gamuza, negros sus mocasines y sus polainas; sus rabos de zorro y sus flecos pasaron a formar una ancha y negra cola: se había transformado en un castor .
«¡Quiero que me hagáis grande -dijo Pau-Puk-Keewis-, más grande, mayor que los otros castores!» «Sí -dijo el castor jefe-. Cuando penetres en nuestra vivienda, cuando entres en nuestro wigwam, te volveremos diez veces mayor que ninguno de nosotros.»
Así, pues, Pau-Puk-Keewis se hundió silenciosamente en las aguas claras. Encontró el fondo totalmente cubierto de troncos y ramas de árboles, gran provisión de alimentos para el invierno, montones y más montones para combatir el hambre. Encontró la entrada arqueada de la madriguera, que conducía a unas espaciosas cámaras. Y allí lo transformaron en el más grande de todos los castores, diez veces mayor que los otros. «Serás nuestro soberano -le dijeron-, jefe y rey de todos los castores».
Pero no llevaba mucho tiempo sentado Pau-Puk-Keewis, con gran pompa, entre los castores, cuando se oyó una voz de aviso del guardián, que gritaba desde su puesto entre los nenúfares: «¡Viene Hiawatha! ¡Llega Hiawatha con sus cazadores!».
Oyeron entonces una exclamación sobre sus cabezas, oyeron gritos y pisadas, un resquebrajamiento y un correntío, y el agua que los rodeaba y los cubría fue sorbida en remolinos y supieron que su dique había sido roto.
Los cazadores saltaron sobre el tejado de la cabaña y lo hundieron, y la luz del sol penetró en el interior por la hendedura. Los castores salieron de un salto por la puerta y se refugiaron en aguas más profundas, en el lecho del río. Pero el enorme Pau-Puk-Keewis no pudo pasar por la puerta, porque estaba demasiado gordo e hinchado de orgullo, estaba inflado como una vejiga.
Hiawatha le miró a través del tejado y le gritó: "¡Vanas son todas tus artimañas y argucias, vanos tus muchos disfraces! ¡Te conozco bien, Pau-Puk-Keewis!».
Con sus mazas, los cazadores le golpearon y le magullaron, mataron a golpes al pobre Pau-Puk-Keewis; lo molieron como muelen el maíz, hasta que le destrozaron el cráneo.
Seis altos cazadores, ágiles y ligeros, lo llevaron al poblado sobre una parihuela de ramas. Pero llevaron sólo el cuerpo del castor, porque el espíritu, el Jeebi que lo animaba, pensaba y sentía como Pau-Puk-Keewis, y aún seguía viviendo como Pau-Puk-Keewis.
Y Pau-Puk-Keewis se debatió y forcejeó, agitándose a un lado y a otro, como forcejean las cortinas del wigwam con sus correas de piel de gamo cuando sopla el viento glacial. Al fin, se elevó del cuerpo, tomó la forma y las facciones del astuto Pau-Puk-Keewis y desapareció en el bosque.
Pero el precavido Hiawatha vio a la figura antes de que ésta desapareciera, vio la forma de Pau-Puk-Keewis escurrirse hacia el interior de la suave sombra azulada de los pinos del bosque. Pau-Puk-Keewis se dirigió, veloz como el viento, hacia un claro en el bosque, doblegando todas las ramas que se encontraba a su paso; y tras él, como la lluvia sucede al viento, se precipitó Hiawatha.
Pau-Puk-Keewis llegó, sin aliento, hasta un lago con muchas islas en el que nadaban los gansos salvajes, los Pishnekuh, por entre los nenúfares; deslizándose entre las matas de juncos, pasando entre las islas pobladas de carrizos. Ora levantaban sus anchos picos negros, ora se hundían en el agua; ora se oscurecían en la sombra, ora relucían bajo la luz del sol.
«¡Pishnekuh! -gritó Pau-Puk-Keewis- ¡Pishnekuh, hermanos! ¡Transformadme en un ganso de brillante plumaje! Pero hacedme grande, muy grande, diez veces mayor que vosotros.»
Al punto en un ganso lo transformaron, con dos grandes y oscuras alas, con un pecho liso y redondeado y con un pico como dos grandes zaguales. Lo volvieron mayor que

los demás, diez veces más grande que cualquiera de ellos. Justo en ese momento, saliendo del bosque con un grito, llegó Hiawatha a la orilla.
Entonces los gansos, con gritos y clamoreo, alzaron el vuelo con un fuerte batir de alas; se levantaron de las herbosas islas, de los lirios y los nenúfares, al tiempo que le decían a Pau-Puk-Keewis: «Mientras vueles, no mires hacia abajo; tenlo bien en cuenta: no mires hacia abajo. De lo contrario, podría ocurrirte algún percance, podrías tener un grave contratiempo».
Voló la bandada, veloz, hacia el norte, a través de la niebla y el sol. Se alimentaron en las ciénagas y los marjales, y durmieron entre cañas y juncos. Por la mañana, mientras volaban, llevados y sostenidos por el viento del sur, que soplaba fuerte y fresco a sus espaldas, se levantó un rumor de voces humanas, se elevó un clamor de las cabañas del poblado que estaba a muchas millas por debajo de ellos. Porque la gente del poblado vieron maravillados la bandada de gansos, vieron las grandes alas de Pau-Puk-
Keewis que hendían el aire muy arriba, más anchas que dos cortinas de puerta de wigwam.
Pau-Puk-Keewis oyó los gritos, y reconoció la voz de Hiawatha y las exclamaciones de Iagoo. Y, olvidándose de la recomendación, encogió el cuello y miró hacia abajo. Y el viento que soplaba detrás de él cogió su enorme abanico de plumas y lo mandó hacia abajo dando vueltas.
En vano fue todo lo que hizo Pau-Puk-Keewis para tratar de recuperar el equilibrio. Dando vueltas fue descendiendo, contemplando alternativamente el poblado y la bandada. Vio el poblado acercarse cada vez más y la bandada retirarse cada vez más lejos. Oyó las voces que crecían en intensidad, oyó los gritos y las risas. Y dejó de ver la bandada sobre su cabeza; sólo vio la tierra debajo.
Muerto cayó el ganso, con las alas rotas, entre la gente que gritaba, produciendo un ruido sordo y lúgubre al caer. Pero su alma, su espíritu, su sombra, aún sobrevivía como Pau-Puk-Keewis; y de nuevo tomó la formas y las facciones del bello Yenadizze. Y nuevamente se lanzó hacia adelante, seguido rápido por Hiawatha, que gritaba: «¡El mundo no es lo bastante ancho, ni el camino suficientemente largo y escabroso, para que mi ira no pueda atraparte, para que mi venganza no te alcance!».
Y tan cerca de él llegó, tan cerca, que su mano ya se alargaba para agarrarlo, su mano derecha se abría para cogerlo y asirlo. Pero, justo en ese momento, el astuto Pau-Puk-Keewis se puso a girar en círculo y creó un remolino de aire, haciendo danzar el polvo y las hojas en torno suyo; y, disimulado entre los remolinos, saltó al interior de un roble hueco, se transformó en una serpiente y se escurrió por entre las raíces y la broza.
Con su mano derecha golpeó con fuerza Hiawatha el roble hueco y lo hizo astillas, que quedaron allí esparcidas por el suelo. Pero en vano, porque Pau-Puk-Keewis, de nuevo con forma humana, salió corriendo, bien a la vista, delante de él; huyó a toda prisa, en tromba, por las playas del Gitche Gumee, hacia el oeste, hasta que llegó a los promontorios rocosos,. a las Rocas Pintadas (15) de piedra arenisca, que dominaban el lago y el territorio.
Y el Viejo de la Montaña, el Manitú de las Montañas, abrió de par en par sus puertas rocosas, abrió de par en par sus profundos abismos, dando refugio a Pau-Puk-Keewis en sus cavernas oscuras y tenebrosas, dando acogida a Pau-Puk-Keewis en su lóbrega cabaña de piedra arenisca.
Hiawatha se quedó fuera, encontró cerradas las puertas ante él. Con sus mitones, Minjekahwun, golpeó en las grandes cavernas de piedra arenisca y gritó con voz de trueno: «¡Abre! ¡Soy Hiawatha!» Pero el Viejo de la Montaña no abrió, ni tampoco le contestó desde los silenciosos peñascos de piedra arenisca, desde los lóbregos abismos de roca.

Entonces levantó Hiawatha sus manos al cielo e imploró a la tempestad, llamó a Waywassimo, el rayo, ya Annemeekee, el trueno. Y éstos acudieron trayendo consigo a la noche y la oscuridad, y se abatieron sobre el Agua Grande desde las lejanas Montañas del Trueno.
Y Pau-Puk-Keewis, temblando, oyó las pisadas del trueno, vio los encendidos ojos del rayo. Y tuvo miedo, se acurrucó y tembló.
Entonces Waywassimo, el rayo, golpeó en las puertas de las cavernas con su maza de guerra, golpeó los prominentes peñascos de piedra arenisca. Y el trueno, Annemeekee, gritó al interior de las cavernas, diciendo:
«¿Dónde está Pau-Puk-Keewis?» y los peñascos se desmoronaron y sepultaron al taimado Pau-Puk-Keewis. Muerto quedó el bello Yenadizze bajo las ruinas rocosas, muerto en su propia forma humana.
Y aquí terminaron sus locas aventuras, sus trampas y ardides, sus artimañas y argucias, todas sus diabluras, todos sus juegos y danzas, sus cortejos a las muchachas.
Entonces el noble Hiawatha tomó el alma de Pau-Puk-Keewis, su espíritu, su sombra, y dijo así: «¡Ah Pau-Puk-Keewis! No volverás a buscar aventuras en forma humana; nunca más, con chanzas y risas, harás danzar en remolinos al polvo y las hojas. Sin embargo, allí arriba en los cielos te cernerás y volarás en círculos: te transformaré en un águila, en la Keneu, la gran Águila guerrera, jefe de todas las aves del cielo, jefe de los polluelos de Hiawatha».
Y el nombre de Pau-Puk-Keewis sigue vivo en la memoria del pueblo; todavía perdura entre los cantores y los narradores. Y en invierno, cuando los copos de nieve se arremolinan en torno de las cabañas, cuando el viento racheado sopla enloquecido y silba sobre el humero, todos exclaman:
«¡Ahí va Pau-Puk-Keewis! ¡Baila por el poblado y recoge su cosecha!».

XVIII

LA MUERTE DE KWASIND

A lo largo y ancho de las naciones se extendieron el nombre y la fama de Kwasind. Nadie se atrevía a luchar con él, ningún hombre podía competir con Kwasind. Pero los malévolos Puk- Wudjies, el envidioso Pequeño Pueblo, los duendes y los enanos, intrigaron y conspiraron contra él.

"Si ese odioso Kwasind -dijeron-, si ese tipo grande y violento continúa así por más tiempo, rompiendo todo lo que toca, haciéndolo todo pedazos, y llenando el mundo de asombro, ¿qué será de los Puk-Wudjies?, ¿quién tendrá interés por los Puk-Wudjies ? j Nos pisoteará como setas, nos echará a todos al río y dará nuestros cuerpos como pitanza a los perversos Nee-ba-naw-baigs, los Espíritus del Agua!»

Así, pues, airados, el Pequeño Pueblo conspiró contra el Hombre Fuerte, se conjuraron todos para asesinar a Kwasind; sí, se propusieron librar el mundo del audaz, imperioso, cruel, arrogante y peligroso Kwasind.

Ahora bien, esa fuerza prodigiosa que poseía Kwasind residía solamente en su coronilla. Y en ésta estaba asimismo su debilidad: sólo ahí podía ser herido; en ninguna otra parte podía atravesarle un arma, en ningún otro sitio podía dañarle. E incluso ahí, la única arma que podía herirle, que podía matarle, era una piña de pino o de abeto. Éste era el secreto fatal de Kwasind, que ningún mortal conocía. Pero el astuto Pequeño Pueblo, los Puk-Wudjies, conocían el secreto, sabían cuál era el único modo de matarlo.

Así, pues, reunieron muchas piñas, piñas de pino, azules piñas de abeto, en el bosque que bordea el Taquamenaw, las llevaron a la orilla del río y las depositaron en grandes montones allí donde los rojos peñascos de la ribera se proyectan sobre el río. Allí esperó la llegada de Kwasind, escondido, el malévolo Pequeño Pueblo.

Era una calurosa tarde de verano. El aire estaba en calma y el río se arrastraba mansamente. Inmóviles estaban las sombras durmientes; los insectos brillaban al solo se deslizaban sobre el agua, llenando el aire soñoliento con un zumbido, semejante a un grito de guerra lejano.

Río abajo llegaba el Hombre Fuerte; con su canoa de abedul llegaba Kwasind, bajando lentamente por la corriente del perezoso Taquamenaw, aplanado por el calor, adormilado por el silencio.

De las ramas que se proyectaban sobre el río, de las ramas colgantes de los abedules descendía dulcemente el Espíritu del Sueño; rodeado por sus huestes aéreas, por sus invisibles servidores, descendía el Espíritu del Sueño, Nepahwin. Y como la Dush-kwo-ne-she de metálicos reflejos, la libélula, se cirnió sobre la soñolienta cabeza de Kwasind.

A los oídos de éste llegó un murmullo como de olas muriendo en una playa, como de aguas que se desplomaran a lo lejos, como de viento soplando entre los pinos. Y Kwasind sintió en su frente unos golpes asestados por diminutas y etéreas mazas de guerra, manejadas por las adormecedoras legiones del Espíritu del Sueño, Nepahwin, como si alguien le arrojara el aliento.

Al primer golpe de sus mazas de guerra, le invadió a Kwasind una gran somnolencia; al segundo, dejó de remar; al tercero, el paisaje se fue oscureciendo ante su vista y Kwasind quedó profundamente dormido.

Permaneció sentado como un ciego y fue siguiendo río abajo; siguió bajando por el Taquamenaw, pasando por debajo de los abedules temblones, por debajo de los boscosos promontorios, por debajo del campamento de campaña de los enanos, los Puk-Wudjies.

Allí estaban éstos, armados y esperando. Le arrojaron las piñas desde lo alto y le alcanzaron en los fornidos hombros, en su indefensa coronilla.
«¡Muera Kwasind!», fue el súbito grito de guerra del Pequeño Pueblo.
Y Kwasind se inclinó de un lado y cayó, sumergiéndose en el río de cabeza, como se sumerge una nutria. Y la canoa de abedul, abandonada, vacía, fue llevaba por la corriente río abajo y, volcada, fue a la deriva.
No se volvió a ver a K wasind. Pero el recuerdo del Hombre Fuerte perduró mucho tiempo entre la gente, y cada vez que la gélida tempestad rugía por el bosque, y las ramas, sacudidas y agitadas, crujían y gemían, y se rompían en dos, todos exclamaban: «¡Es Kwasind! ¡Es Kwasind, que está recogiendo leña para la lumbre!».

XIX

LOS ESPÍRITUS

Nunca desciende el buitre en el desierto sobre su presa, sobre el bisonte enfermo o herido, sin que otro buitre, observando desde su alta atalaya de los aires, vea la calada y lo siga. Y un tercero se abate tras el segundo, saliendo del invisible éter. Primero es sólo un punto en el horizonte y luego un buitre, hasta que las alas oscurecen el aire.
De igual modo, las calamidades nunca vienen solas. Como si observaran y esperasen, escudriñándose mutuamente los movimientos, cuando se abate la primera, las otras vienen detrás, congregándose como una bandada en torno a su víctima, enferma y herida. Primero es sólo una sombra, luego una pena, hasta que la aflicción oscurece el aire.
Ahora, por toda la triste región del Norte, el poderoso Peboan, el Invierno, soplando sobre bs lagos y los ríos, había transformado sus aguas en roca. Se sacudía de sus cabellos los copos de nieve, hasta que las llanuras quedaban cubiertas de blancor, un llano ininterrumpido, como si el Creador, descendiendo, las hubiera alisado con su mano.
Por el ancho bosque gimiente vagaba el cazador con sus raquetas de nieve; en el poblado trabajaban las mujeres: majaban maíz o adobaban las pieles; y los jóvenes jugaban en grupos, sobre el hielo, al ruidoso juego de la pelota y bailaban sobre la llanura la danza de las raquetas de nieve.
Un oscuro anochecer, después de la puesta del sol, Agua-que-ríe estaba sentada en su wigwam con la vieja Nokomis, esperando oír los pasos de Hiawatha regresando a casa después de la caza.
La lumbre brillaba en sus rostros, pintando en ellos vetas carmesí; en los ojos de la vieja Nokomis brillaba con luz trémula, como la acuosa luz de la luna; en los de Agua-que-ríe brillaba como el sol en el agua. A sus espaldas se agazapaban sus sombras en los rincones del wigwam, y el humo, enroscándose sobre sus cabezas, subía y se aplastaba por el cañón de la chimenea.
En aquel momento, la cortina de la puerta fue levantada lentamente desde el exterior; el fuego del hogar intensificó su brillo por un instante, y por un momento quebró su curso la voluta de humo, mientras dos mujeres penetraban en silencio en el wigwam. Cruzaron el umbral sin ser rogadas, y sin mediar palabra ni ademán de saludo se sentaron en el suelo, en el rincón más apartado, agazapándose entre las sombras.
A juzgar por su aspecto y sus ropas, no parecían ser del poblado; tremendamente pálidas y ojerosas, se quedaron allí sentadas con aspecto triste y en silencio, temblando y acurrucadas en las sombras.
¿Fue el viento que soplaba en lo alto de la chimenea, que lo susurró al interior del wigwam? ¿Fue la lechuza, la Koko-koho, ululando en el sombrío bosque? Lo cierto es que una voz dijo en el silencio: «¡Esos son cadáveres cubierto de ropas, son aparecidos que vienen del reino de Ponemah, de la tierra del Más Allá!».
A casa llegó por fin Hiawatha, de regreso de su cacería en el bosque, con los cabellos cubiertos de nieve y el ciervo rojo en sus hombros. Arrojó su carga inanimada a los pies de Agua-que-ríe, y ésta lo encontró más noble, más apuesto que cuando fue por vez primera a cortejarla y arrojó el ciervo ante ella, como señal de sus deseos, como una promesa de futuro.
Luego, Hiawatha se volvió y vio a las extrañas, acurrucadas, agazapadas en las sombras, y se dijo: «¿Quiénes serán? ¿Qué extraños invitados tiene Minnehaha?» Pero no hizo

ninguna pregunta a las desconocidas, sólo habló para darles la bienvenida a su cabaña y ofrecerles su comida y su hogar.
Cuando la cena estuvo lista y se hubo troceado el venado, las dos pálidas invitadas, las extrañas, levantándose de un salto de las sombras, agarraron los pedazos escogidos, el blanco sebo del venado, reservado para Agua-que-ríe, para la esposa de Hiawatha. Y sin pedir nada ni dar las gracias, devoraron con avidez los bocados y volvieron rápidamente a las sombras del rincón del wigwam.
Ni una sola palabra pronunció Hiawatha, ni un solo movimiento hizo Nokomis, ni un gesto Agua-que-ríe; no se vio cambio alguno en sus facciones. Sólo Minnehaha susurró dulcemente: «Están hambrientas. Que hagan lo que más les plazca; que coman, pues están famélicas».
Muchos días alborearon y se oscurecieron, muchas noches se sacudieron la luz del día, como se sacude el pino los copos de nieve de la medianoche de sus ramas. Día tras día, las invitadas permanecían sentadas en el wigwam, en silencio; pero, por la noche, lloviera o rutilaran las estrellas, salían al bosque y volvían trayendo leña al wigwam, trayendo piñas de pino para prender, siempre en silencio y siempre tristes.
Y siempre que Hiawatha regresaba de pescar o de cazar, cuando la cena estaba lista y se habían hecho las porciones, salían de su oscuro rincón las pálidas invitadas, las extrañas, agarraban los pedazos escogidos, reservados para Agua-que-ríe, y sin ser censuradas ni preguntadas volvían deprisa a confundirse con las sombras.
Ni una sola vez tuvo Hiawatha para ellas una palabra o una mirada de reproche; ni una sola vez hizo la vieja Nokomis un gesto de impaciencia; ni una sola vez mostró Agua-que-ríe resentimiento por este atropello.
Todo lo soportaban en silencio, para que los derechos del invitado y la virtud de la liberalidad no sufrieran menoscabo por una mirada, por una palabra.
Una noche, en el wigwam tenuemente iluminado por los tizones que aún ardían, por la mortecina lumbre, Hiawatha, siempre vigilante, oyó un suspiro repetido, oyó un sollozo como de pena.
Se levantó de su lecho, una lanuda piel de bisonte, retiró la cortina de piel de gamo y vio a las pálidas invitadas, las sombras, incorporadas en sus lechos y sollozando en el silencio de la medianoche. Y dijo: «¡Oh invitadas!, ¿por qué están tan afligidos vuestros corazones, que sollozáis así a madianoche? Por ventura la vieja Nokomis, o mi esposa, mi Minnehaha, os han agraviado o herido por descortesía, o han faltado a los deberes de la hospitalidad?».
Entonces las sombras dejaron de llorar, dejaron de sollozar y lamentarse, y dijeron con voz dulce: «Somos espíritus de los difuntos, almas de los que en otro tiempo vivieron entre vosotros. De los dominios de Chibiabos, hemos venido a probaros, hemos venido a advertiros. Nos llegan llantos y lamentos a las Islas de los Bienaventurados; yesos lamentos de angustia de los vivos, que reclaman a sus amigos muertos, nos entristecen con una inútil pena. Por este motivo hemos venido a probaros. Nadie nos conoce, nadie nos presta atención. Sólo somos una carga para vosotros, y vemos que los difuntos no tiene sitio entre los vivos. ¡Piensa en esto Hiawatha! Habla de ello al pueblo, para que en lo sucesivo no entristezcan más con lamentos a las almas de los difuntos en las Islas de los Bienaventurados.
»No coloquéis cargas tan pesadas en las tumbas de aquellos a quienes enterráis, tal cantidad de pieles y wampum, de pucheros y marmitas, pues los espíritus desfallecen bajo su peso. Dadles sólo comida para el camino, dadles solo fuego para alumbrarse. Cuatro días dura el viaje del espíritu al país de las sombras, cuatro son sus solitarios campamentos nocturnos; cuatro veces deben encender sus fuegos. Por lo tanto, cuando enterréis a un muerto, encended un fuego sobre su tumba cuatro veces, cuando se

aproxime la noche, para que el alma, en su viaje, no esté privada de la alegre lumbre, para que no ande a tientas en la oscuridad.

»¡Adiós, noble Hiawatha! Os hemos sometido a prueba; a prueba hemos puesto vuestra paciencia, con el insulto de nuestra presencia, con el atropello de nuestros actos. Hemos comprobado que sois nobles y magnánimos. No falléis en la prueba más fuerte, no desfallezcáis en la lucha más dura.»

Cuando los espectros terminaron de hablar, una repentina oscuridad se adueñó del silencioso wigwam. Hiawatha oyó un susurro como de vestidos que arrastraban por su lado, vio que la cortina de la puerta era levantada por una mano invisible, sintió el frío aliento del aire de la noche, y por un instante distinguió la luz de las estrellas. Pero no volvió a ver a los espectros, no vio más a los espíritus errantes del reino de Ponemah, de la tierra del Más Allá.

XX

HAMBRE

¡Ah, qué largo y triste Invierno! ¡Ah, qué frío y cruel invierno! Cada vez más gruesa era la capa de hielo que recubría los lagos y los ríos, cada vez más espeso el manto de nieve que tapizaba el paisaje; nieve que el viento llevaba y apilaba por todo el bosque, en torno al poblado.

Apenas podía el cazador abrirse un camino desde su enterrado wigwam; con sus mitones y sus raquetas de nieve, en vano caminaba por el bosque, buscando algún animal o ave, sin encontrar ninguno. No veía rastros de ciervos ni de conejos, no descubría huellas en la nieve; y en el bosque espectral, el cazador caía e, incapaz de levantarse por causa de su debilidad, moría allí de hambre y de frío.

El hambre y la fiebre causaban estragos. Los niños gemían, las mujeres se angustiaban. Toda la tierra estaba enferma y hambrienta; hambriento estaba el aire a su alrededor, hambriento el cielo sobre sus cabezas; y las hambrientas estrellas del firmamento les miraban fijamente como ojos de lobos.

En el wigwam de Hiawatha entraron otras dos invitadas, tan silenciosas y tristes como los dos espectros. No esperaron a ser rogadas, no parlamentaron a la puerta, sino que se sentaron, sin una palabra de saludo, en el sitio de Agua-que-ríe y miraron con ojos lívidos y hundidos al rostro de ésta.

Y la primera dijo: «¡Mírame bien! ¡Soy el Hambre, Bukadawin!» y la otra añadió: «¡Mírame bien! ¡Soy la Fiebre, Ahkosewin!».

Y la bella Minnehaha se estremeció a sus miradas, escalofríos le produjeron sus palabras. Se acostó en su lecho, en silencio, ocultó el rostro y no respondió; se acostó temblando, tiritando, ardiendo, por las miradas que le lanzaron, por las terribles palabras que pronunciaron.

Hiawatha, loco de angustia, se lanzó hacia el bosque desierto. Su corazón albergaba una pena mortal, pero en su rostro se dibujó una absoluta firmeza. En su frente brotó el sudor de la angustia, pero se congeló y no llegó a resbalar .

Cubierto de pieles y armado para la caza, con su poderoso arco de fresno, su aljaba llena de flechas y sus mitones, Minjekahwun, Hiawatha se dirigió a grandes zancadas, con sus raquetas de nieve, hacia el vasto y vacío bosque.

«¡Poderoso Gitche Manitú! -gritó, alzando el rostro hacia el cielo en esa amarga hora de angustia-. ¡Da alimento a tus hijos, oh Padre! ¡Danos comida, o habremos de perecer! ¡Dame comida para Minnehaha, para mi moribunda Minnehaha!»

Por todo el bosque, vasto y vacío, resonó aquel grito de desolación, pero no hubo otra respuesta que el eco de su grito, el eco que repetía: «¡Minnehaha, Minnehaha!».

Todo el día anduvo Hiawatha de un lado para otro por aquel sombrío bosque, cuyas espesuras les habían dado sombra cuando llevó a su joven esposa hasta su casa, desde la tierra de los dakotas, en los gratos días del verano, de aquel inolvidable verano. Entonces los pájaros cantaban en la fronda, los riachuelos reían y brillaban, y el aire estaba lleno de fragancias; y la hermosa Agua-que-ríe dijo con voz que no tembló: «¡Te seguiré, esposo mío!».

Mientras, en el wigwam, con Nokomis y con esas dos lúgubres invitadas que la observaban, el Hambre y la Fiebre, yacía la Amada, la moribunda Agua-que-ríe.

«¡Escucha! -dijo ella-. Oigo un fragor y un bramido. Oigo las cascadas de Minnehaha que me llaman desde lejos.» «No, niña mía -dijo la vieja Nokomis-; es el viento que sopla entre los pinos.»

«¡Mira! -dijo ella-. ¡Veo a mi padre de pie, solo, a la puerta de su wigwam, que me llama con señas desde la tierra de los dakotas!» «No, niña mía -dijo la vieja Nokomis-; es el humo que flota y ondea.»

«¡Ay! -dijo ella-. Los ojos de Pauguk me miran fijamente en la oscuridad. Noto sus dedos de hielo apretando los míos. ¡Hiawatha! ¡Hiawatha!»

Y el afligido Hiawatha, a muchas millas de distancia, en el lejano bosque, en las apartadas montañas, oyó aquel súbito grito de angustia, oyó la voz de Minnehaha que le llamaba en la oscuridad: «¡Hiawatha! ¡Hiawatha!».

Por campos de nieve desiertos y sin caminos, bajo ramas cargadas de nieve, volvía Hiawatha a su hogar a toda prisa, con las manos vacías y el corazón lleno de pesar, cuando oyó a Nokomis gimiendo y lamentándose:

«¡Wahonowin! ¡Wahonowin! ¡Ojalá hubiera muerto yo en tu lugar! ¡Ojalá fuera yo quien estuviera muerta, y no tú! ¡Wahonowin! ¡Wahonowin!».

Y Hiawatha se precipitó al interior del wigwam. Vio a la vieja Nokomis balanceándose de un lado para otro y gimiendo, y vio a su adorada Minnehaha muerta y fría ante él. Y el corazón se le partió y profirió un grito de angustia tal, que el bosque gimió y se estremeció; y hasta las mismas estrellas del cielo temblaron y se estremecieron con su angustia.

Entonces se sentó, mudo e inmóvil, en el lecho de Minnehaha, a los pies de Agua-que-ríe, esos pies diligentes que nunca más correrían ligeros a su encuentro, que nunca más le seguirían. Se cubrió el rostro con ambas manos, y durante siete días con sus noches permaneció allí sentado, como si estuviera desvanecido, sin habla, inmóvil, ignorante de si era de día o de noche.

Luego, enterraron a Minnehaha; cavaron una tumba para ella en la nieve, en el bosque profundo y sombrío, bajo los quejumbrosos abetos. La vistieron con sus mejores ropas, la envolvieron en sus mantos de armiño, y la cubrieron de nieve, blanca como el armiño. Así enterraron a Minnehaha.

Y por la noche encendieron un fuego, cuatro veces lo encendieron sobre su tumba, para alumbrar a su alma en su viaje hacia las Islas de los Bienaventurados. Desde la puerta Hiawatha lo veía arder en el bosque, iluminando los sombríos abetos. Levantándose de la cama, insomne, de la cama de Minnehaha, lo observaba desde la puerta, de pie, para que no se apagara, para que no la dejase a oscuras.

«¡Adiós, Minnehaha! -dijo-. ¡Adiós, mi Agua-que-ríe! Mi corazón yace enterrado contigo, todos mis pensamientos caminan junto a ti.

¡No vuelvas a las fatigas, no vuelvas a los sufrimientos, aquí donde el Hambre y la Fiebre consumen el corazón y matan el cuerpo! ¡Pronto mi tarea habrá concluido, pronto seguiré tus pasos a las Islas de los Bienaventurados, al Reino de Ponemah, la tierra del Más Allá!»

XXI

LA «HUELLA DEL HOMBRE BLANCO»

En su cabaña situada junto a un río, junto a un río helado, estaba sentado un anciano, triste y solitario. Blanca como un ventisquero era su cabeza. Su fuego ardía pálido y débil, y el anciano temblaba y tiritaba, envuelto en su Waubewyon, su desgarrada pelliza de pieles blancas. Sólo oía rugir la tempestad por el bosque, sólo veía la nieve arremolinarse, silbar y amontonarse.
Las brasas se volvían blancas cenizas, y el fuego poco a poco se iba apagando, cuando un hombre joven cruzó el umbral con paso decidido.
La sangre de la juventud encendía sus mejillas, y sus ojos eran dulces como las estrellas en Primavera. En sus labios se dibujaba una hermosa sonrisa, que llenó toda la cabaña de luz. Llevaba la frente ceñida con hierbas olorosas, y en la mano llevaba un ramo de flores, que inundaron de fragancia toda la cabaña.
«¡Ah, hijo mío! -exclamó el anciano-. Mis ojos se alegran de verte. Siéntate aquí en la estera, a mi lado; siéntate aquí, junto a las agonizantes brasas, y pasemos la noche juntos. Cuéntame tus extrañas aventuras, háblame de las tierras a las que has viajado; yo te hablaré de mis proezas, te contaré mis numerosas y admirables hazañas.»
El anciano sacó de un zurrón su pipa de la paz, muy vieja y de extraña hechura. La cazoleta estaba hecha de piedra roja, y el cañón era una caña emplumada. Llenó la pipa con corteza de sauce, puso un ascua sobre ella y se la ofreció a su huésped, el desconocido, y se puso a hablar así: «Cuando yo expelo mi aliento a mi alrededor, cuando soplo sobre el paisaje, los ríos se detienen, el agua se vuelve dura como roca».
Y el hombre joven, sonriendo, respondió: «Cuando yo expelo mi aliento a mi alrededor, cuando soplo sobre el paisaje, brotan las flores en los prados, y los ríos, cantando, se precipitan hacia adelante.»
«Cuando yo sacudo mis cabellos canos -añadió el anciano, frunciendo mucho el ceño-, toda la tierra se cubre de nieve, todas las hojas caen de las ramas y se marchitan. Pues yo soplo y, ¡zas!, ya no están. De los lagos y las ciénagas alzan el vuelo los gansos silvestres y las garzas, y se van volando a regiones lejanas. Pues yo hablo y, ¡zas!, desaparecen. Y adondequiera que se encaminen mis pasos, todos los animales del bosque se esconden en cuevas y madrigueras, y la tierra toda se vuelve dura como el pedernal.»
«Cuando yo sacudo mis ondeantes rizos -dijo el hombre joven, riendo dulcemente-, caen chaparrones de lluvia cálida y agradable y las plantas levantan sus cabezas con regocijo. A sus lagos y ciénagas vuelven los gansos silvestres y las garzas, a su hogar vuelve como una flecha la golondrina. Cantan el azulejo y el petirrojo. Y adondequiera que se encaminen mis pasos, todos los prados se cubren de flores, los bosques se llenan de música, los árboles se adornan con hojas.»
Mientras hablaban, la noche había huido. Y del lejano reino de Wabun, de su reluciente cabaña de plata, vestido y pintado como un guerrero, llegó el sol, que dijo: «¡Miradme! ¡Soy Gheezis, el gran sol! ¡Miradme!».
Entonces, los labios del anciano enmudecieron, y el aire se volvió cálido y agradable. Y encima del wigwam se pusieron a cantar dulcemente el azulejo y el petirrojo, el arroyo empezó a murmurar, y un aroma de hierba fresca se esparció por la cabaña.
Y Segwun, el joven, vio más claramente a la luz del día el helado rostro que tenía frente a sí: ¡era Peboan, el Invierno! Las lágrimas brotaban de sus ojos, como arroyos que se forman al derretirse los lagos, y su cuerpo fue encogiéndose y menguando, mientras el

estentóreo sol seguía subiendo en el cielo, hasta que se disipó en el aire y desapareció en la tierra.
Y el hombre joven vio ante sí, sobre la piedra del hogar del wigwam, allí donde el fuego había estado humeando y ardiendo sin llama, a la más temprana flor de la Primavera, la «Bella de la Primavera», la claitonia, vio a la Miskodeed en flor .
Así fue como llegó la Primavera, con todo su esplendor, a la región del Norte, después de aquel frío inaudito; así fue como llegaron los pájaros y las flores, las hojas y la hierba.
Volando sobre el viento hacia el norte, como flechas, como enormes flechas arrojadas al cielo, pasaban en grandes bandadas los cisnes, los Mahnahbezee, de voz semejante a la humana. Y en largas hileras, ondeando, torciendo, como una cuerda de arco partida en dos, llegaron las ocas blancas, Waw-be-wawa. Y en parejas, o volando de uno en uno, llegaron Mahng, el somorgujo, de estrepitosas alas, la garza azul, la Shuh-shuh-gah,
y la perdiz blanca, la Mushkodasa.
En los matorrales y los prados trinaba el azulejo, el Owaissa; en la cima de las cabañas cantaba el petirrojo, el Opechee; en la espesura de los pinos arrullaba la paloma torcaz, la Omemee. Y el afligido Hiawatha, cuya pena infinita le dejaba sin habla, oyó sus voces que le llamaban y salió de su sombría cabaña y contempló el cielo, contempló la tierra y las aguas.
Iagoo, el gran viajero, el gran fanfarrón, volvía ahora a su hogar de sus errabundeos por el este, de las regiones de la mañana, de la reluciente tierra de Wabun; volvía repleto de nuevas y extrañas aventuras, de muchos prodigios y muchas maravillas.
Y las gentes del poblado le escucharon cuando les contó sus maravillosas aventuras, y, riendo, le respondieron así: «¡Ugh! ¡Este es Iagoo! ¡No puede ser más que él! ¡No hay otro capaz de contemplar tantas maravillas! »
Había visto, decía, una extensión de agua mayor que el Agua Grande, más ancha que el Gitche Gumee, y tan amarga que nadie podía beberla.
Los guerreros se miraron unos a otros, se miraron las mujeres, y sonriendo dijeron: «¡Eso no puede ser! ¡Kaw! ¡No puede ser!»
«Sobre esta agua -siguió diciendo Iagoo-, vi llegar una gran canoa con alas. Llegó volando, mayor que un bosque de pinos, más alta que los árboles más altos.»
Y los viejos y las mujeres se miraron unos a otros, riendo disimuladamente, y dijeron: «¡Kaw! ¡No lo creemos!»
«De su boca -aseguró lagoo- salieron para saludarme Waywassimo, el rayo, y Annemeekee, el trueno.» Y los guerreros y las mujeres se rieron en voz alta del pobre Iagoo y dijeron: «¡Kaw! ¡Vaya historias nos cuentas!»
«Dentro de ella -prosiguó él- venían muchas gentes; en la gran canoa con alas había un centenar de guerreros. Tenían las caras pintadas de blanco, y pelo en la barba.» y los guerreros y las mujeres se rieron y se mofaron a gritos, como los cuervos en las copas de los árboles, como los cuervos sobre los abetos. «¡Kaw! -dijeron-. ¡Vaya mentiras nos cuentas! ¡No vayas a pensar que nos las creemos!»
El único que no se reía era Hiawatha, y al final les habló gravemente y respondió a sus befas y sus chanzas con estas palabras:
«Todo lo que nos cuenta Iagoo es verdad. Yo lo vi en una visión: vi la gran canoa con alas, vi los hombres de caras blancas, vi la llegada de esas gentes con barba en el navío de madera, procedentes de las regiones de la mañana, de la reluciente tierra de Wabun.
»Gitche Manitú, el Poderoso, el Gran Espíritu, el Creador, los manda aquí con una misión, con un mensaje para nosotros. Por allí donde pasan cría enjambres la abeja, la Ahmo, productora de miel; allí donde pisan crece una flor desconocida entre nosotros, la "Huella del Hombre Blanco". (Nota del editor: Nombre que se da al llantén)

»¡Demos la bienvenida a esos extranjeros, saludémosles como amigos y hermanos! y cuando vengan a vernos, ofrezcámosles la mano derecha de la amistad sincera. Gitche Manitú, el Poderoso, me comunicó esto en mi visión.

»Y también pude contemplar, en esa visión, todos los secretos del futuro, de los días lejanos que vendrán. Contemplé la marcha hacia el oeste de las naciones desconocidas y populosas. La tierra entera se llenaba de gentes inquietas, que se afanaban, luchaban y trabajaban; gentes que hablaban lenguas diversas y numerosas, pero en cuyos pechos latía un único corazón. En los bosques resonaban sus hachas, en todos los valles subía el humo de sus ciudades, por los lagos y los ríos navegaban raudas sus grandes canoas de trueno.

»Luego pasó ante mis ojos una visión más sombría, más triste, vaga y nebulosa. Vi a nuestra nación dispersa, olvidadiza de mis consejos, debilitada, guerreando unos contra otros. Vi los restos de nuestro pueblo emigrar hacia el oeste, impetuosos y afligidos, como un nubarrón de tormenta, como las hojas marchitas del Otoño.»

XXII

LA PARTIDA DE HIAWATHA

En las riberas del Gitche Gumee, junto a la reluciente Agua Grande, estaba Hiawatha una agradable mañana de verano a la puerta de su wigwam, esperando.
El aire era fresco, la tierra, luminosa y alegre; y ante sus ojos, atravesando los rayos del sol, pasaban volando en dorados enjambres, hacia el oeste, en dirección al bosque cercano, las Ahmo, las abejas, las productoras de miel, zumbando, cantando bajo el sol.
El cielo brillaba con todo su esplendor sobre su cabeza, el lago se extendía llano ante él. Del fondo de éste emergía el esturión, reluciente, centelleando al sol; en sus riberas, el gran bosque se reflejaba en el agua, y la copa de cada árbol tenía su sombra, inmóvil, bajo el agua.
Como se disipa la bruma de la superficie del agua, como se levanta la niebla de los prados, del mismo modo había desaparecido todo rastro de pesar de la frente de Hiawatha. Con una sonrisa de alegría y de triunfo, con mirada exultante, como alguien que contempla, en una visión, lo que ha de ser y aún no es, estaba Hiawatha de pie, esperando.
Sus manos estaban levantadas al sol, con las palmas vueltas hacia éste, y por entre sus dedos separados, los rayos del sol caían sobre su rostro y moteaban de luz sus hombros desnudos, como cuando caen sobre un roble por las aberturas que dejan sus hojas y sus ramas.
En la brumosa lejanía, entre las neblinas matinales, se adivinaba algo que surgía y se levantaba del agua; ora parecía nadar, ora volar, y se acercaba cada vez más.
¿Se trataba de Shingebis el colimbo, o del pelícano, el Shada? ¿O era la garza real, la Shuh-shuh-gah? ¿O acaso la oca blanca, Waw-be-wawa, reluciendo con el agua que le resbalaba por su lustroso cuello y sus plumas?
No era una oca ni un colimbo, ni tampoco un pelícano o una garza, lo que nadaba o volaba en la brillante bruma de la mañana, sino una canoa de abedul con remos que subía y bajaba en el agua, chorreando y brillando al sol. Y en su interior venían unas gentes de la lejana tierra de Wabun; de los más remotos reinos de la mañana llegaba el Jefe de Negra Sotana, el Profeta, el Sacerdote de la Oración, el rostro pálido, con sus guías y sus compañeros.
Y el noble Hiawatha, con sus manos extendidas en alto, en señal de bienvenida, esperó, jubiloso, hasta que la canoa de abedul rozó con los relucientes guijarros y varó en la arenosa playa; hasta que el Jefe de Negra Sotana, el rostro pálido, con la cruz sobre su pecho, puso pie en la arenosa margen.
Entonces el gozoso Hiawatha, en voz alta, les habló de este modo: «¡Hermoso es el sol, extranjeros, cuando de tan lejos venís a vernos! Todo nuestro poblado en paz os espera, todas nuestras puertas están abiertas para vosotros: podéis entrar en todos nuestros wigwams, pues os damos la mano derecha del corazón.
»¡Jamás mostró la tierra una lozanía igual, nunca tuvo tal brillo el sol, como tienen hoy cuando venís de tan lejos a vernos! Nunca estuvo tan tranquilo nuestro lago, nunca tan libre de rocas y bancos de arena, pues vuestra canoa de abedul, al pasar, se ha llevado las rocas y los bancos.
»Nunca tuvo nuestro tabaco un aroma tan dulce y agradable, nunca fueron tan bellas de contemplar las anchas hojas de nuestros maizales, como nos lo parecen esta mañana en que venís de tan lejos a vernos (16).»

Y el Jefe de Negra Sotana respondió, con un ligero balbuceo, diciendo palabras desconocidas todavía: «¡Que la paz sea contigo, Hiawatha, contigo y con todo tu pueblo; la paz de la oración y la paz del perdón, la paz de Cristo, el gozo de María!»
Entonces el generoso Hiawatha condujo a los extranjeros a su wigwam, los acomodó sobre pieles de bisonte, sobre pieles de armiño. Y la diligente Nokomis les sirvió comida en escudillas de madera de tilo y les ofreció agua en cazos de madera de abedul; y llenó y encendió el calumet, la pipa de la paz, para que fumaran.
Todos los ancianos del poblado, todos los guerreros de la nación, todos los Jossakeeds, los profetas, los Wabenos, los magos, y los Medas, los hombres-medicina, fueron a dar la bienvenida a los extranjeros.
«Es muy bueno, oh hermanos -dijeron-, que vengáis de tan lejos a vernos.» Se sentaron en círculo a la entrada, fumando en silencio sus pipas y esperando ver a los extranjeros, aguardando recibir su mensaje. Y el Jefe de Negra Sotana, el rostro pálido, salió del wigwam a saludarlos, balbuciendo un poco al hablar, diciendo palabras desconocidas aún. «Es muy bueno, oh hermano -le dijeron-, que vengas de tan lejos a vernos.»
Entonces el Jefe de Negra Sotana, el Profeta, comunicó al pueblo su mensaje, dijo el propósito de su misión. Les habló de la Virgen María, y de su santo Hijo, el Salvador. Les dijo cómo, en épocas pasadas y en lejanas tierras, El había vivido en este mundo como ahora nosotros.
Les contó cómo ayunó, rezó y trabajó; cómo los judíos, la raza maldita, se burlaron de él, lo azotaron y lo crucificaron; y cómo se levantó de la tumba en que lo habían enterrado y de nuevo caminó con sus discípulos y subió al cielo.
Y los jefes respondieron, diciendo: «Hemos escuchado tu mensaje, hemos oído tus palabras sabias. Pensaremos en lo que nos dices. Es muy bueno para nosotros, oh hermanos, que vengáis de tan lejos a vernos.» Entonces se levantaron y se fueron cada cual a su wigwam, y contaron a los muchachos y las mujeres la historia de los extranjeros que el Señor de la Vida les había mandado desde la brillante tierra de Wabun.
Pesada se volvió la tarde de verano con el calor y el silencio. Soñoliento, el bosque susurraba en torno del sofocante wigwam; adormecida, el agua murmuraba en la playa. En los maizales, estridente e incansable, chirriaba el saltamontes, Pah-puk-keena. Y los huéspedes de Hiawatha, fatigados por el calor del estío, dormían en el bochornoso wigwam.
Poco a poco fueron descendiendo sobre el ardiente paisaje el crepúsculo vespertino y el frescor, y los largos rayos del sol arrojaron sus dardos, casi horizontalmente, al interior del bosque, atravesando sus escudos de sombra, llegando hasta sus más recónditas espesuras, escudriñando cada soto, cada valle, cada cañada.
Sus huéspedes dormían aún en el silencioso wigwam, cuando Hiawatha se levantó, se despidió de la vieja Nokomis y, hablando muy bajo, para no despertarles, le dijo a ésta: «Voy a emprender un largo viaje, oh Nokomis, que me llevará a las puertas del Ocaso, a las regiones del Viento de los Lares, de Keewaydin, el Viento del Noroeste. Pero te dejo a estos huéspedes a tu cuidado. Ocúpate de que nunca se les cause daño, que nunca les inquiete el temor, ni tampoco el peligro o la sospecha; que nunca les falte techo y comida en la cabaña de Hiawatha.»
Salió y se dirigió al poblado, a despedirse de los guerreros, de los jóvenes, y habló de este modo, persuasivo: «Voy a emprender un largo viaje, oh hermanos míos. Muchas lunas y muchos inviernos vendrán y pasarán antes de que vuelva a veros. Pero os dejo a mis huéspedes. Escuchad sus sabias palabras, escuchad la verdad que os revelan, pues el Señor de la Vida los ha mandado desde la tierra de la luz y la mañana.»

En la playa, Hiawatha se volvió y dijo adiós con la mano. Echó su canoa de abedul a las claras y luminosas aguas; desde los guijarros de la playa, la empujó al agua y le susurró: «¡Hacia el oeste! ¡Hacia el oeste!»
Y la canoa se lanzó como una flecha hacia adelante.
Y el sol poniente arreboló las nubes, encendió todo el cielo, como una pradera, y dejó una larga estela de esplendor sobre el agua. Y por esta estela, como por un río, navegó Hiawatha hacia poniente, hacia el ígneo ocaso, hacia los vapores de color púrpura, hacia el crepúsculo vespertino.
Y sus gentes, desde la ribera, lo vieron alejarse, subiendo y bajando en el agua, hasta que la canoa de abedul pareció elevarse muy alto en ese mar esplendoroso, hasta que se hundió en los vapores como la luna nueva, hundiéndose lenta, lentamente en la purpúrea lejanía.
Y dijeron: «¡Adiós para siempre!» Dijeron: «¡Adiós, Hiawatha!» y los bosques, sombríos y solitarios, conmovidos hasta lo más hondo de sus oscuras espesuras, susurraron: «¡Adiós, Hiawatha!» y las olas que lamían la playa murmuraron, sollozando: «¡Adiós, Hiawatha!» y la garza, la Shuh-shuh-gah, en su morada entre las ciénagas, gritó: «¡Adiós, Hiawatha!»
De este modo partió Hiawatha el Bienamado, en el esplendor del ocaso, en las brumas purpúreas del atardecer, hacia las regiones del Viento de los Lares, del Viento del Noroeste, Keewaydin, hacia las Islas de los Bienaventurados, el reino de Ponemah, la tierra del Más Allá.

APÉNDICE

Esta Edda india -si así puedo llamarla- se basa en una tradición, muy extendida entre los indios de Norteamérica, relativa a un personaje de nacimiento milagroso que les fue enviado para limpiar sus ríos, sus bosques y sus pesqueras, y para enseñarles las artes de la paz. Las distintas tribus le daban nombres diversos, tales como Michabou, Chiabo, Manabozo, Tarenya-wagon y Hiawatha. Schoolcraft ofrece una noticia de este personaje en sus Algic Researches, vol. I, p. 134; y en su History, Condition and Prospects of the Indian Tribes of the United States, parte III, p. 314 se puede encontrar la versión iroquesa de esta tradición, recogida de labios de un jefe onondaga.

En esta vieja tradición yo he entretejido otras curiosas leyendas indias, sacadas principalmente de las distintas e importantes obras de Schoolcraft, con quien el mundo literario ha contraído una gran deuda por su celo infatigable por rescatar del olvido muchas de las tradiciones legendarias de los indios.

La acción del poema se desarrolla entre los ojibways, en la ribera meridional del Lago Superior, en la región comprendida entre las «Pictured Rocks» y la «Grand Sable».

VOCABULARIO

Adjidaumo, la ardilla roja.
Agua Grande, el Lago Superior.
Ahdeek, el reno.
Ahkosewin, la fiebre.
Ahmeek, el castor .
Annemeekee, el trueno.
Apukwa, un junco.
Saim-wawa, el retumbo del trueno.
Semahgut, la vid.
Sena, el faisán.
Sukadawin, el hambre.
Cheemaun, una canoa de abedul.
Chetowaik, el avefría.
Chibiabos, el músico; amigo de Hiawatha; Señor de la Tierra de los Espíritus.
Dahinda, la rana.
Dush-kwo-neshe, o Kwo-neshe, la libélula.
Esa, ¡Bah!
Ewa-yea, nana.
Gheezis, el sol.
Gitche Gumee, el Agua Grande: Lago Superior.
Gitche Manitú, el Gran Espíritu, el Señor de la Vida.
Gushkewau, la oscuridad.
Hiawatha, el Sabio; el Maestro; hijo de Mudjekeewis, el Viento del Oeste, y de Wenonah, hija de Nokomis.
Iagoo, un gran fanfarrón y gran narrador.
Ininewug, peones en el Juego del Cuenco.
Ishkoodah, fuego; un cometa.
Jeebi, el espíritu.
Jossakeed, un profeta.
Kabibonokka, el Viento del Norte.
Kagh, el erizo.
Kago, ¡No (lo hagas)!
Kahgahgee, el cuervo.
Kaw, no.
Kaween, desde luego que no.
Kayoshk, la gaviota.
Keego, un pez.
Keewaydin, el Viento del Noroeste, el Viento de los Lares.
Kenabeek, una serpiente.
Keneu, la gran águila guerrera.
Kenozha, el lucio (pequeño).
Koko-koho, la lechuza.
Kuntasoo, el Juego de los Huesos de Ciruela.
Kwasind, el Hombre Fuerte.
Kwo-neshe, o Dush-kwo-neshe, la libélula.
Luna de las Noches Claras, Abril.
Luna de las Hojas, Mayo.
Luna de las Fresas, Junio.

Luna de las Hojas que caen, Setiembre.
Luna de las Raquetas de Nieve, Noviembre.
Mahnahbezee, el cisne.
Mahng, el somorgujo.
Mahn-go-taysee, valiente, de corazón de somorgujo.
Mahnomonee, arroz silvestre.
Mama, el pájaro carpintero.
Maskenozha, el lucio.
M eda, un hombre-medicina.
Meenahga, el arándano.
Megissogwon, el gran Pluma-Perlada, un mago, el Manitú de la Salud.
Meshinauwa, portador de la pipa.
Minjekahwun, los mitones de Hiawatha.
Minnehaha, Agua-que-ríe; una cascada en una corriente que desagua en el Mississippi, entre Fort Snelling y las Cascadas de St. Anthony. La esposa de Hiawatha.
Minne-wawa, un sonido agradable, como el del viento en las hojas de los árboles.
Mishe-Mokwa, el Gran Oso.
Mishe-Nahma, el Gran Esturión.
Miskodeed, la «Bella de la Primavera», la Claytonia Virginica.
Mondamín, el maíz.
Mudjekeewis, el Viento del Oeste, padre de Hiawatha.
Mudway-aushka, rumor de las aguas que mueren en la playa.
Mushkodasa, la perdiz blanca.
Nagow Wudjoo, las Dunas del Lago Superior.
Nahma, el esturión.
Nahma-wusk, menta verde.
Nee-ba-nawbaigs, genios de las aguas.
Nenemoosha, dulce amada.
Nepahwin, el sueño.
Nokomis, abuela; madre de Wenonah.
Nasa, padre.
Mushka, ¡Mira! ¡Mira!
Odahmin, la fresa.
Okahahwis, el arenque.
Omemee, la paloma torcaz.
Onagon, un cuenco.
Onaway, ¡Despierta!
Opechee, el petirrojo.
Osseo, Hijo del Lucero de la Tarde.
Owaissa, el azulejo.
Oweenee. esposa de Osseo.
Ozawabeek, una pieza redonda de cobre o latón del Juego del Cuenco.
Pah-puk-keena, el saltamontes.
Pauguk, la muerte.
Pau-Puk-Keewis, el apuesto Yenadizze, Tormenta Loca.
Pauwating, Sault Sainte Marie.
Peboan, el invierno.
Pemmican, carne de ciervo o de bisonte seca y machacada.
Pezheekee, el bisonte.
Pishnekuh, el ganso silvestre.

Ponemah, el Más Allá.
Pugasaing, el Juego del Cuenco.
Puggawaugun, una maza de guerra.
Puk-Wudjies, enanitos de los bosques.
Sah-sah-jewun, reciales.
Sahwa, la perca.
Segwun, la primavera.
Shada, el pelícano.
Shahbomin, la grosella.
Shah-shah, hace mucho tiempo.
Shaugodaya, cobarde.
Shawgashee, el ástaco.
Shawondasee, el Viento del Sur.
Shaw-shaw, la golondrina.
Sheshebwug, patitos: fichas del Juego del Cuenco.
Shingebis, el colimbo.
Showain nemeshin, ¡Ten piedad de mí!
Shuh-shuh-gah, la garza azul.
Soan-ge-taha, de corazón fuerte.
Subbekashe, la araña.
Suggema, el mosquito.
Ugh, sí.
Ugudwash, el peje-sol.
Unktahee, el Dios de las Aguas.
Wabasso, el conejo; el Norte.
Wabeno, mago, prestidigitador.
Wabeno-wusk, milenrana.
Wabun, el Viento del Este.
Wabun Annung, la Estrella del Este, el Lucero de la Mañana.
Wahonowin, un grito de lamento.
Wah-wah-taysee, la luciérnaga.
Wampum, cuentas de conchas.
Waubewyon, pelliza de pieles blancas.
Wawa, ganso salvaje.
Wawbeek, peñasco.
Waw-be-wawa, la oca blanca.
Wawonaissa, la chotacabras.
Way-muk-kwana, la oruga.
Wendigoes, gigantes.
Wenonah, madre de Hiawatha, hija de Nokomis.
Yenadizze, un holgazán y jugador; un dandy.

NOTAS

1 Este valle, llamado actualmente Norman's Kill, se encuentra en el condado de Albany, Nueva York.
2 George Catlin, en su Letters and Notes on the Manners, Customs, and Condition of the North American lndians, vol. II, p. 160, ofrece una interesante referencia del Coteau des Prairies y de la cantera de piedra roja para pipas. Dice así: «Aquí (de acuerdo con sus tradiciones) se produjo el nacimiento misterioso de la pipa roja, que ha enviado sus humos de paz y de guerra hasta los más remotos confines del continente; que ha visitado a todo guerrero y dejado pasar por su enrojecido cañón el irrevocable juramento de guerra y desolación. Y aquí, también, nació el calumet de la paz y fue adornado con sus plumas de águila, el cual ha esparcido su humo conmovedor por todo el país y apaciguado el furor del salvaje despiadado.
»El Gran Espíritu convocó aquí, en época remota, a todas las naciones indias; y, erguido sobre el precipicio del peñasco de roja piedra para pipas, rompió un fragmento del mismo y labró con él una enorme pipa dándole vueltas entre sus dedos. Fumó en ella y esparció su humo sobre todos ellos, y en dirección al Norte, al Sur, al Este y al Oeste. Y les dijo que esta piedra era roja (que era su carne), que debían usarla para hacer sus pipas de la paz, que les pertenecía a todos por igual, y que la maza de guerra y el cuchillo de arrancar cueros cabelludos no debían ser alzados en aquel lugar.
»Con la última bocanada de su pipa, la cabeza del Gran Espíritu desapareció en una gran nube, y toda la superficie del peñasco, en una extensión de varios quilómetros, quedó fundida y vidriada. Se abrieron dos hornos en su base, y dos mujeres (Tso-mec-cos-tee y Tso-mec-cos-te-won-dee), espíritus guardianes del lugar, penetraron en ellos en medio de una gran llamarada. Y todavía se las puede oír allí, respondiendo a las invocaciones de los sumos sacerdotes o los hombres-medicina, quienes las consultan cuando visitan este sagrado lugar.»
3 Esta anécdota la cuenta Heckewelder. En su relación sobre las naciones indias, describe un cazador indio dirigiéndose a un oso con casi estas mismas palabras. “Yo estaba presente -dice-- cuando fue lanzada esta curiosa invectiva. Cuando el cazador hubo despachado al oso, le pregunté cómo podía pensar que el pobre animal comprendiera lo que le decía.
“Ah, sí -me respondió-, el oso me comprendió muy bien: ¿No reparó en lo avergonzado que estaba cuando yo lo vituperaba?"» (Transactions of the American Philosophical Society, vol. I, p. 240).
4 Heckewelder, en una carta publicada en las T ransactions of the American Philosophical Society, vol. IV, p. 260, afirma que esta tradición está muy extendida entre los mohicanos y los delawares. Dice así: «Cuentan lo siguiente: que entre todos los animales que poblaron antiguamente este país, éste era el más fiero; que era mucho más grande que el mayor de los osos comunes, con un cuerpo sorprendentemente largo, y todo él desprovisto de pelo (excepto por un mechón blanco en el dorso)... La historia de este animal era objeto de conversación entre los indios, especialmente cuando cazaban en el bosque. Les he oído asimismo decir a sus hijos pequeños, cuando éstos lloraban: "¡Calla, que el oso desnudo te oirá, vendrá y te devorará!".
5 “El paisaje que rodea Fort Snelling es de gran belleza. Las Cascadas de St. Anthony son bien conocidas de los viajeros y de quienes han leído trabajos sobre los indios. A mitad de camino entre el fuerte y estas cascadas se encuentran las “Pequeñas Cascadas”, de 40 pies de altura, en una corriente que vierte sus aguas en el Mississippi. Los indios las llaman "Minehah-hah", "aguas rientes".» (Mrs. Eastman, Dacotah, or Legends of the Sioux, Introd. p. II).

6 Foster y Whitney dan una descripción de la «Grand Sable» o grandes dunas del Lago Superior en su Report on the Geology of the Lake Superior Land District, parte II, p. 131: «La Grand Sable posee un interés paisajístico apenas inferior al de las "Rocas Pintadas". El explorador pasa abruptamente de una costa de arena consolidada a otra de materiales disgregados. Y aunque en un caso los acantilados son menos escarpados, en el otro alcanzan una mayor altitud. Uno ve ante sí una larga franja de costa, que semeja un enorme banco de arena, de más de 350 pies de altitud, sin rastro de vegetación. Subiendo a lo alto, se observan unos montículos redondeados de arena movediza, con algún que otro grupo de árboles, que destacan como oasis en el desierto.»
7 La versión original de esta canción se encuentra en Litell, Living Age, vol. XXV, 45.
8 La tradición fantástica acerca del Cisne Rojo puede encontrarse en Schoolcraft, Algic Researches, vol. II, p. 9.
Tres hermanos estaban cazando como consecuencia de una apuesta que se habían cruzado sobre cuál de ellos cobraría primero una pieza.
«No debían cazar otro animal-dice la leyenda- que no fuera el que cada uno de ellos tenía por costumbre cazar. Partieron en distintas direcciones. Odjibwa, el menor, no había ido muy lejos cuando vio un oso, animal que no podía cazar, según el acuerdo. Lo siguió de cerca y lo atravesó con una flecha, que dio con el oso en el suelo. Aunque esto era contrario a la apuesta, se puso inmediatamente a desollarlo, cuando, de repente, algo de color rojo tiñó todo el aire en torno suyo. Se frotó los ojos, creyendo que éstos le engañaban, pero sin resultado, porque la roja tonalidad persistió. Finalmente percibió a lo lejos un extraño sonido. Primero parecía una voz humana, pero después de haber avanzado un trecho en la dirección de la que procedía el sonido, llegó a las orillas de un lago y pronto vio el objeto de su búsqueda. En el centro del lago nadaba un bellísimo Cisne Rojo, cuyo plumaje refulgía al sol y que de vez en cuando emitía el mismo sonido que él había oído. Lo tenía a tiro de flecha, y, tensando la cuerda del arco al máximo, apuntó bien y disparó. La flecha no produjo ningún efecto. Volvió a disparar una y otra vez, hasta vaciar su carcaj. El cisne seguía allí mismo, describiendo círculos en el agua, estirando su largo cuello y sumergiendo su pico en el agua, indiferente a las flechas que le lanzaban. Odjibwa regresó corriendo a su casa y cogió todas sus flechas y las de sus hermanos. Volvió y las lanzó todas. Luego, se quedó mirando fiiamente a la hermosa ave. Y entonces recordó haber oído decir a sus hermanos que en la bolsa de medicinas de su difunto padre había tres flechas mágicas. Se puso otra vez en camino, pues su afán de matar al cisne superaba todos sus escrúpulos. En cualquier otra ocasión, habría considerado sacrílego abrir la bolsa de medicinas de su padre, pero ahora agarró apresuradamente las tres flechas y volvió corriendo al lugar, deiando los demás contenidos de la bolsa esparcidos por toda la cabaña. El cisne todavía estaba allí. Disparó la primera flecha con gran precisión, y dio muy cerca. La segunda dio más cerca todavía. Mientras cogía la última flecha, sintió que su brazo cobraba más vigor, y, arrojándola con energía, vio cómo atravesaba el cuello del cisne. Esto, sin embargo, no impidió que el cisne alzara el vuelo, cosa que hizo, primero lentamente, agitando sus alas y elevándose poco a poco en el cielo, y luego volando raudo hacia donde se ponía el sol.» (pp. 10-12).
9 La versión original de esta canción puede encontrarse en Onéota, p. 15.
10 Los indios sienten una gran veneración por el maíz. "Lo consideran un cereal tan importante y divino -escribe Schoolcraft-, que sus narradores de historias inventaron varias, en las cuales esta idea viene simbolizada en la forma de un don particular del Gran Espíritu. Los algonquinos odjibwa, que lo conocen como Mon-da-min, eso es, el grano de ese Espíritu, poseen una bonita historia al respecto, en la cual el tallo completo

con sus inflorescencias aparece descendiendo del cielo en forma de un apuesto joven, como respuesta a las plegarias hechas por un muchacho durante el ayuno que celebraba su ingreso en la edad viril.

»Es bien sabido que la siembra y la recogida del maíz, por lo menos en las tribus aún sin colonizar, son tareas reservadas exclusivamente a las mújeres y los niños, y algunos viejos imposibilitados. Lo que tal vez no se sepa es que este trabajo no es obligatorio y que las mujeres lo asumen como un justo equivalente, a su entender, de la ingrata y constante tarea, realizada por el otro sexo, de proveer de carne y de pieles, con la caza, y de defender sus poblados de sus enemigos, manteniendo alejados de sus territorios a los intrusos. Una buena ama de casa india considera esto parte de sus prerrogativas, y se enorgullece de tener una buena provisión de grano a fin de ejercer su hospitalidad u honrar debidamente la de su marido al obsequiar a los invitados de la cabaña.» (Onéola, p. 82.)

11 Una muestra singular de la creencia, compartida por ambos sexos, de que los pasos eiecutados por una mujer ejercen una misteriosa influencia en la vegetación y los insectos, la encontramos en una antigua costumbre, relativa a la siembra del maíz, que me contaron. Era costumbre de la esposa del cazador, cuando se había terminado de sembrar un campo de maíz, escoger la primera noche oscura o muy nublada para dar una vuelta, en secreto y sans habillement, en torno a ese campo. Con este fin, salía con disimulo de la cabaña, al anochecer, sin llamar la atención, y se dirigía a un lugar apartado y oculto, donde se quitaba toda la ropa. Entonces, cogiendo su matchecota o prenda de vestir principal con una mano, la arrastraba en torno al campo. Se creía que esto garantizaba una cosecha abundante e impedía que los insectos y lombrices atacaran el grano. Se imaginaba que éstos no podían traspasar la línea mágica.» (Onéota, p. 83.)

12 «Estas sogas se hacen con corteza de olmo, hirviéndola y luego sumergiéndola en agua fría... El jefe de una expedición guerrera suele llevar varias sujetas en torno a su cintura, y si durante el combate alguno de sus jóvenes guerreros hace un prisionero, es su obligación llevarlo inmediatamente al jefe, para que éste lo ate, responsabilizándose de su custodia.» (Tanner, Narrative of Captivity and Adventures, p. 412.)

13 “Si alguna de las jóvenes que se dedican a despancar encuentra una espiga roja, esto es signo de que tendrá un valiente pretendiente, y se considera un regalo apropiado para algún joven guerrero. Pero si la espiga es encorvada y termina en punta, sea del color que sea, todo el grupo grita: «wa-ge-min». Esta palabra es el símbolo de un ladrón en el maizal. Se considera la representación de un viejo agachándose al penetrar en el terreno. Si se hubiera empleado el escoplo de Praxíteles para crear esta imagen, no podría transmitir con mayor viveza al espíritu del alegre grupo la idea de un ratero robándoles su favorito mondamin...

»El sentido literal de esta palabra es el de "espiga de maíz deforme o encorvada", pero la espiga así denominada es un símbolo convencional para referirse a un viejecito que roba espigas de maíz. De este modo una simple palabra se convierte, en estos curiosos idiomas, en el fértil progenitor de muchas ideas. Y podemos percibir así el motivo por el cual la palabra wagemin puede, por sí sola, provocar el regocijo en el grupo de muchachas ocupadas en despancar .

»Esta palabra sirve de base a la canción del maíz, tal como la cantan las tribus algonquinas del norte. Se empareja con la palabra Paimosaid, una forma permutativa del sustantivo indio derivado del verbo pim-o-sa, caminar. Su significado literal es "el que camina", "el caminante", pero la idea que transmite es la de "el que anda de noche para robar maíz". Ofrece, por lo tanto, un cierto paralelismo en la expresión con la palabra anterior.» (Onéota, p. 254.)

14 Este Juego del Cuenco es el principal juego de azar de las tribus indias del Norte.

Schoolcraft se ocupa particularmente del mismo en Onéota, p. 85.
"Este juego -dice-- resulta fascinante para algunos indios. Apuestan adornos, armas, ropas, canoas, caballos, todo lo que poseen, en realidad. Y se dice que apuestan incluso sus mujeres y sus hijos, y que llegan a dar en prenda su propia libertad. No he presenciado casos de apuestas tan extremadas, ni creo que este juego sea de uso generalizado. Queda restringido más bien a un determinado tipo de personas, que tienen un rango aparte en la sociedad india como jugadores, hombres que no destacan como cazadores o guerreros, ni como proveedores regulares de sustento para sus familias. Entre éstos se encuentran aquellos que reciben el nombre de lenadizze-wug, esto es, vagabundos, fanfarrones o petimetres.
»Difícilmente puede clasificarse entre los juegos populares de entretenimiento, con los cuales se adquiere destreza y habilidad Generalmente he visto que los jefes y hombres más serios de las tribus, que animan a los jóvenes a jugar a la pelota, y que no dejan de asistir a las competiciones deportivas corrientes para observar, sancionar y aplaudir a éstos, hablan en términos despreciativos de este juego de azar. No obstante, no puede negarse que, en el Oeste, algunos jefes han contribuido con su ejemplo a reforzar la fascinación de este juego.» Véase también su History, Conditions, and Prospects of the lndian Tribes, parte II, p. 72.
15 El lector hallará una larga descripción de las «Pictured Rocks» (Rocas Pintadas) en el Report on the Geology of the Lake Superior Land District, parte II, p. 124, de Foster y Whitney, de donde tomo este fragmento:
"Las Rocas Pintadas pueden ser descritas, en términos generales, como una serie de peñascos de piedra arenisca que se extienden a lo largo de cinco millas por la orilla del Lago Superior y que, en la mayoría de lugares, se alzan verticalmente desde la misma agua, sin playa alguna en su base, hasta una altura que oscila entre los cincuenta y los casi doscientos pies. Si se tratara simplemente de una hilera de acantilados, no merecerían, por lo que se refiere a altura o extensión, un lugar entre las grandes curiosidades naturales, aunque una reunión como esa de estratos rocosos lamidos por las aguas del gran lago no carecería, en cualquier caso, de grandiosidad. Para el viajero, que navega bordeando su base en su frágil canoa, constituirían siempre un objeto de temor, pues el retroceso del oleaje, la costa rocosa, que no ofrece abrigo alguno durante millas, el cielo encapotado, el viento que se levanta, todo ello excitaría su temor, induciéndole a remar con más vigor hasta dejar atrás la temible pared.
»Pero en las Rocas Pintadas se dan dos características que proporcionan al paisaje un aspecto maravllloso y casi único. La primera, la forma curiosa como la acción del lago, que durante sIglos ha arrojado contra su base un embate semejante al del océano, ha excavado y erosionado los acantilados; la segunda, la forma, igualmente curiosa, como grandes porciones de la superficie han sIdo veteadas con franjas de brillantes colores. A esta última circunstancia se debe el nombre con el que conoce estos riscos el viajero americano; mientras que el quele dan los viajeros franceses ("Les portails") deriva de la primera peculiaridad, con mucho la más notable.
»La expresión "Rocas Pintadas" se viene usando desde hace mucho tiempo, pero no hemos podido averiguar cuando fue aplicada por vez primera. Parece ser que los primeros viajeros quedaron más impresionados por la sorprendente distribución de colores en su superficie, que por la asombrosa variedad de formas de los mismos acantilados...
»Nuestros viajeros contaban muchas leyendas acerca de las bromas del Menni-bojou que hay en esas cavernas; y como respuesta a nuestras preguntas, parecían dispuestos a forjar historias sin fin sobre las hazañas de esta divinidad india.»

16 De este modo, y con estos mismos saludos, recibieron los illinois al Padre Marquette. Véase su Voyages et Découvertes, Sección V.